

**Resumen del curso de
‘Cristianismo’ del
Profesor Antonio Oliver**

Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la *Maioricensis Schola Lullística*, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

Índice

Introducción	5
El hombre	7
Iteración hombre y cultura	11
El largo camino hacia los dioses	15
La creación desemboca en Navidad	19
El lenguaje mitológico	23
La nostalgia del paraíso	28
Series como dioses	32
La sacralidad del vivir humano	36
El mundo del más allá	40
La idolatría	44
La idolatría en la religión	47
Religión producto humano	50
Jesús y su Ser	54
Las fórmulas	57
La teofanía final	61
Nacimiento y vida de Jesús	65
El hombre como valor	69
El hombre como poder y como juez	73
El hombre como meta	76
El hombre en peligro	80
El hombre en tentación	83
La nueva mentalidad	87
El hombre, autor de su biografía	90
El hombre y su futuro	93
El cristiano es Dios que viene	96
El hombre nuevo	100
Lo sagrado y lo profano	104
El hombre como ser y deber ser	108
El otro es mi hermano	111
La comunidad	114
El mundo y el otro como sacramento	117

La gracia	121
La gracia en los sacramentos	124
Creer, una relación personal	127
Lo que al creer esperamos	129
Desmoronamiento del mundo	133
El malestar de la cultura	137
La salida del materialismo	141
Los confines del mundo	147
Autonomía del mundo	153
La creación como misterio y proyecto	158
La redención de la materia	164
La resurrección	168
Feminismo y revelación	173
María como Madre	177
El corazón de la vida	181

Introducción

Este documento trata de resumir cuatro cursos de Cristianismo que el P. Antonio Oliver impartió en Madrid entre los años 1989 y 1992.

Cada curso conforma unas 20 horas de audio por lo que se calculan casi 100 horas de audio que han sido transcritas y luego resumidas empleando Inteligencia Artificial (ChatGpt) para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos de los cuatro cursos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

Primera parte

Desde el hombre hacia Dios

El hombre

Empecemos con el tema y el título: *El hombre*. Y notemos bien que el hombre del que vamos a hablar lo estudiamos porque estamos empezando un curso de cristianismo. Pero, si hemos de hablar del cristianismo y del ser cristiano, ¿no es este un tema religioso? Y empezamos por el hombre. Ya viene la primera pregunta: ¿o es que lo religioso del mundo no es el hombre? ¿Qué es lo religioso? El cristianismo, de entrada, ya nos pone ante una situación revolucionaria. Religioso, ¿qué es? Será Jesucristo quien va a desmontar pieza por pieza todo el templo de la religiosidad, cuando es, como decimos ahora, pagana. No que sea mala, sino que ha de ser otra.

El ser religioso por esencia es el hombre. Dios no es religioso. Faltaba más. Dios no es religioso. ¿Qué es religión? Ya lo sabemos. Religión es la unión del hombre con Dios, la dependencia. Si este es Dios y este es el hombre, religión es esta cuerda, la unión, la dependencia, la religación, la atadura del hombre con Dios. Muy bien. Es decir, religión es aquello que ata al hombre con Dios. ¿Dios tiene religión? Dios está atado consigo mismo. No necesita nada para que lo aten. No tiene religión. Más todavía: hay hombres que no creen en Dios y son unos desgraciados. Bueno, el único ser que por definición no puede creer en Dios de ninguna manera —no es que no quiera; el hombre a veces no quiere o no sabe—, el único ser que no puede creer en Dios es Dios mismo. ¿Cómo va a creer Dios en sí mismo si se posee, si se tiene y si se es? La fe es una salida, un don sobrenatural que sale del hombre, dada por Dios, y se dirige hacia Dios. Yo creo en Dios porque no lo poseo, sino que camino hacia Él. Bueno, pues Dios no puede creer en sí porque se posee y ya está en sí mismo. Luego Dios no tiene fe. Dios no puede emitir un acto de fe. Dios no cree. Creer es propio del hombre. He aquí, pues, que el ateo, por definición, es Dios mismo. Naturalmente. Faltaba que Dios creyera en sí. Creer es no poseer. Nosotros creemos, caminamos en la fe con la esperanza, dice San Pablo. Dios no camina ni está en la fe. Dios es. Es decir, que el único ser que puede creer y que puede tener religión es el hombre.

Cuando se habla del cristianismo en la tradición medieval se habla de Dios hacia el hombre. Se dice quién es Dios, qué hizo Dios, la obra de Dios en el hombre, que es Jesucristo, a través de la Virgen María. Y luego, al final, la Iglesia, la comunión de los santos, la resurrección de los muertos. Todo esto se dice y se imparte, y el hombre, el catecúmeno, el que está sentado, recibe como una esponja o rechaza como una piedra. Porque sucede que cuando se habla de Dios se habla de Dios sin más, sin tener en cuenta que el ser creyente, que es el hombre, es un ser personal; es decir, que no se repite nunca. Aquí dentro no hay dos personas iguales. Y entre todos los que han existido en la historia, miles de millones, y todos los que existirán, nadie

aparecerá como yo. Nadie. Y la religión, si es auténtica religión, coge al hombre no por un pelo, ni por una mano, ni por el corazón, sino que lo coge en las profundidades de su ser. La religión hoy invade las bodegas o no es religión; es farsa. Y hay mucha farsa en religión, también en el cristianismo. Esta línea que nos une con Dios no nos coge un pelo y nos ata a Dios. Esta línea o nos nace en el centro del ser o no existe; es falsa. Yo puedo decir que creo en Dios, pero si ese creer en Dios no me coge el cogollo del ser, yo no creo en Dios.

Dios entra y, cuando entra, se posesiona del ser. Y resulta que como Dios no puede dejar de actuar, si Dios se posesiona del ser, automáticamente diviniza el ser de uno. Y como Dios es infinito e inmortal, un hombre cogido por la raíz por Dios empieza a crecer en inmortalidad, en libertad, en intensidad, en totalidad. Dios, por tanto, o no hace nada o coge al hombre por el ser. Y acabo de decir que las bodegas del hombre, la personalidad de uno, es irrepetible. ¿Quién soy yo, por tanto, para coger a Dios y metérselo a este hombre por donde sea? Pensad en la educación de un niño o de un adulto. Tú te sientas aquí y, seas quien seas, yo te hablo de Dios. Lo recibes o lo vomitas. Esto es inicuo. Dios es totalmente respetuoso de la libertad humana que Él ha creado. Por tanto, no queda más remedio que tomar al catecúmeno, sentarlo y preguntarse: ¿por dónde y cómo le voy a meter yo a Dios de forma que le quepa en la raíz de su persona, que es una raíz que no se repite en ninguna otra persona de toda la historia?

Aquí está una de las causas del ateísmo actual. Dios es el de siempre y la gente, millones ya, pasa de Dios. ¿Por qué pasa? Porque entiende que de Dios se puede pasar. Si paso, es que puedo pasar. Pero de Dios no se puede pasar, porque para poder pasar de Dios se necesita a Dios. Para decir “Dios no existe” se necesita que Dios exista y te dé fuerza para decirlo. Pero como hablamos tan mal de Dios, y tan superficialmente, y tan masificadamente, la gente que no lo siente en su ser piensa que se puede ir de Él y que no pasa nada. Como ven, el problema es siempre el hombre. ¿Cómo se lo vamos a decir al hombre? Este Dios del cual vamos a hablar a través del cristianismo —Cristo es el revelador de Dios— o no es nadie o es todo el empuje de las fuerzas positivas que hacen mi ser. Que yo quiera ser libre, esto es Dios. Que yo no quiera que me pise nadie, esto es Dios. Que yo sea capaz de vender mi casa e irme a China, esto es Dios. Que yo quiera una sociedad más libre, esto es Dios.

Dios nunca le llega al hombre como una coacción. Esto es típico de Jesucristo. Las mitologías solían hablar de Dios como de una fuerza que adviene al hombre y le adviene a veces totalmente inoportuna, como una devastación. Algunos profetas del Antiguo Testamento lo vieron así. Pero la verdad fundamental no es esa. La verdad fundamental es que Dios nunca le llega al hombre como una imposición, como una cadena, como una esclavitud. Cuando tú percibes en ti que Dios te estorba, ese no es Dios. Cuando Dios viene y se mete como una

noche infiltrando oscuridad, diluyendo las cosas, ese no es Dios. Dios es aquello en lo que vivimos, nos movemos y somos. Dios es aquello que hace que las cosas sean. El ser crea los tres estados fundamentales del hombre: la lógica, la ética y la estética. Si yo soy, ya pienso; ya soy ético; ya soy elegante. Los cristianos decimos que de Dios hay que pensar bien y, en consecuencia, obrar bien: lógica y ética. Pero nunca decimos que hay que ser presentables. Y esto es la estética. Un cristiano que es ético, que piensa correctamente según el credo, pero que es sucio, impresentable, despistado, no es plenamente cristiano.

Hay que confesarse de ser feos. Ser feos significa no ser puntuales, irritarse, hacer un mal papel, plantar a la gente, oler mal, manejar mal la empresa, mentir. Todo esto es estética. El cristiano debe presentarse como estético además de otras cosas. Hay una obra de Urs von Balthasar, **La teología como estética**, una maravilla difícil de leer, escrita en la madurez de su vida. El cristianismo, entre otras cosas, es una estética, una forma de ir por la vida elegante como Jesús. Jesús topaba un leproso y lo curaba. Y el cristiano, ¿qué hace? ¿Topa un sano y lo deja leproso? Cristo llega y dice: “La paz sea contigo”. El cristiano deja la paz detrás de sí, no la guerra ni el malestar. Ya vamos teniendo puntos de vista.

Ahora empezamos con el hombre al cual hemos de demostrar a Dios. Y estamos diciendo que el hombre es un ser que, sobre todo en el siglo XX —o más bien ya del XXI—, es muy especial. El siglo XXI no es una fecha. Es una actitud. Es un mundo nuevo. Y el mundo nuevo lo hace siempre el hombre nuevo. El hombre viejo es el no hombre. Lo que hace que yo sea viejo es lo que no tengo de humano, porque lo humano siempre va hambriento tras las novedades. Por eso es tan sospechoso un hombre que ya no quiere novedades. El hombre viejo hay que enterrarlo. El hombre nuevo crece constantemente en nosotros. El hombre occidental siempre camina. Eso es definir al hombre total. El hombre siempre va hacia adelante, no siempre hacia lo mejor, pero siempre hacia lo bueno y nuevo. Aunque no sea lo mejor, es nuevo. Y eso es magnífico para un hombre. La fe es justamente una aventura, algo siempre nuevo.

Cuando se trata del hombre, nos preguntamos: ¿quién es el hombre? A esta pregunta responden los humanismos. Y hay humanismos para todos los gustos. Ahora el humanismo lo invade todo. Las universidades ya tienen cátedras de humanismo y antropología. El hombre preocupa. Pero las nuevas realidades no están en la política, ni en la economía, ni siquiera en ciertas formas de religión. Están en el hombre. Menos Dios y más hombre. Porque Dios está en el corazón del hombre. Hay quien se entiende directamente con Dios y aplasta al hombre. Este miente. Y hay quien dice que de Dios no entiende nada pero ama a su hermano. Dice San Juan: este conoce a Dios. Claro que Dios existe. Dios lo es todo. Pero a Él accedemos a través del hombre. El hombre es el catecúmeno, el que quiere aprender quién es Dios en el siglo XXI. Pero además el hombre

es el único lugar donde podemos encontrar a Dios. Por el hombre pasa Dios. Y por eso las religiones que hablan mucho de Dios y oprimen al hombre no conocen a Dios. El cristiano es aquel que lleva a Dios en las rendijas del ser. El hombre es el núcleo de Dios y Dios es el Dios de los vivos, no de los muertos.

El hombre que se instala está muerto. El hombre no llega nunca. Cristo cuenta la parábola del rico que llenó sus graneros y dijo: "Alma mía, come, bebe y disfruta". Y Cristo responde: "Necio, esta noche te pedirán cuenta de tu vida". Aquel que es cristiano y ya está instalado en su cristianismo, ese está muerto. El mundo está lleno de cristianos viejos que ya se lo saben todo. Estos estorban. Es mejor un no cristiano con inquietudes que un cristiano sin inquietudes. El hombre es siempre desigual. Nunca se contenta. No es afán de novedades: es responsabilidad consigo mismo. Uno alcanza una altura solo para divisar desde ella otra altura. Siempre hay cumbres nuevas que esperan y llaman. Y el hombre que se queda en un peldaño se fosiliza.

Iteración hombre y cultura

La cristología es, ante todo, un modo de acercarse a Cristo. Y el método no es un simple procedimiento exterior, una estructura previa o una especie de jaula donde después se coloca el contenido. El método ya es doctrina. La manera en que se habla de Cristo es ya una forma de enseñar quién es Cristo. Por eso, antes incluso de entrar en el núcleo del cristianismo, es necesario comprender desde dónde se inicia el camino.

Hablar de cristología es hablar de Cristo, del saber sobre Cristo. Pero hablar de Cristo es también hablar de Dios, porque Cristo es el Hijo de Dios. Sin embargo, no se comienza hablando directamente de Dios. Quien espere venir a un curso de cristianismo para que le expliquen quién es Dios, se equivoca desde el principio. Nadie sabe quién es Dios. “A Dios nadie le ha visto nunca.” Dios no es un objeto que pueda explicarse. Es la vida misma habitando en el interior del hombre. Y eso no se define: se vive.

Existe una manera tradicional de hacer teología que ha consistido durante siglos en descender desde Dios hasta el hombre, como si pudiera colocarse un gancho en Dios y descolgarse desde allí hasta la existencia humana. Ese fue el método de la escolástica. Funcionó mientras el mundo entero giraba todavía alrededor de Dios y el hombre se concebía como dependiente de Él. Pero el problema es evidente: nadie puede colocar un gancho en Dios. No hay dónde sujetarlo. Quien intenta bajar desde Dios hasta el hombre termina desplomándose a mitad de camino.

El camino auténticamente cristiano es el inverso: ascender desde el hombre hasta Dios. El hombre religioso de todas las épocas ha querido buscar directamente a Dios, entrar en Él de golpe, alcanzar el absoluto inmediatamente. Y ése es también el drama contemporáneo de muchos ateos: buscan a Dios directamente y no lo encuentran. Tampoco el cristianismo pretende encontrarlo así.

San Juan lo expresa con claridad absoluta: “A Dios nadie le ha visto nunca. El que ama a su hermano, ése conoce a Dios.” Ahí aparece el verdadero método cristiano. No existe acceso a Dios que no pase por el hombre. El camino no va de Dios al hombre, sino del hombre hacia Dios. Cristo mismo lo formula cuando afirma: “Lo que hagáis a mis pequeños, a mí me lo hacéis.” Ignorar al hombre es ignorar a Dios. Amar al hombre es entrar ya en el conocimiento de Dios.

El Evangelio de Mateo desarrolla esta idea de manera radical en la escena del juicio final. Mateo escribe para una comunidad profundamente marcada todavía por la mentalidad judía,

obsesionada con el final de los tiempos, el juicio definitivo y la intervención espectacular de Dios. Y, sin embargo, cuando describe el juicio final, no coloca a Dios en el centro, sino al Hijo del Hombre. La medida definitiva del ser humano no será una doctrina, ni una práctica religiosa, ni un conjunto de ritos, sino el hombre mismo.

Cristo aparece sentado como juez y separa a la humanidad en dos grupos. Pero el criterio de separación no es religioso en el sentido tradicional. No pregunta quién acudió al templo, quién cumplió los preceptos o quién conocía mejor la ley. La pregunta decisiva es otra: “Tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Estuve desnudo y me vestisteis. Estuve en la cárcel y vinisteis a verme.” El centro del juicio es el comportamiento con el hombre concreto.

La sorpresa de la escena es absoluta. Quienes creían estar salvados descubren que no lo están. Y quienes jamás imaginaron hallarse a la derecha del juez aparecen allí colocados. Incluso aquellos que protestan diciendo: “Señor, comimos y bebimos contigo”, reciben la respuesta definitiva: “Lo que no hicisteis con mis pequeños, a mí me lo negasteis.” La religión, sin amor al hombre, queda vacía. Las prácticas religiosas por sí mismas no salvan nada.

El cristianismo consiste precisamente en esto. “En esto conocerán que sois míos: en que os amáis unos a otros.” No dice Cristo que serán reconocidos por acudir al templo, ni por cumplir ritos, ni siquiera por la perfección doctrinal. El único signo definitivo es el amor.

Por eso toda cristología que no empiece por el hombre deja de ser verdaderamente cristiana. Puede convertirse en filosofía religiosa, en moral o en religión natural, pero no en cristianismo. El hombre es el punto de partida y también el punto de llegada. La salvación misma se decide en la relación con el hermano.

Cuando Dios quiso revelarse plenamente, no eligió un relámpago, ni una voz celestial, ni una aparición abstracta. Se hizo hombre. Jesucristo es la revelación de Dios en forma humana. El hombre es, desde entonces, el lugar donde Dios se manifiesta. Cada ser humano se convierte en una teofanía, en una manifestación de Dios. Golpear al hombre es golpear una revelación de Dios. Amar al hombre es entrar en contacto con Dios mismo.

San Agustín resumió esta intuición con una frase definitiva: “Ambula per hominem et pervenies ad Deum.” Camina a través del hombre y llegarás a Dios. Métete en la historia humana, en el sufrimiento humano, en el amor humano, en los sueños y fracasos humanos, y allí terminarás encontrando a Dios. Fuera del hombre no hay camino posible.

Por eso, en un curso entero dedicado a la cristología, puede dedicarse un año completo exclusivamente al estudio del hombre. No es una desviación del tema: es el único camino legítimo para acercarse a Cristo. Incluso si alguien muriera antes de completar el camino, bastaría con estar ya caminando por el hombre.

La pregunta decisiva aparece entonces inevitablemente: ¿quién es el hombre? ¿Quién soy yo, que necesito pasar por el otro para llegar a ser plenamente yo mismo? Y también: ¿quién es ese otro hombre que resulta imprescindible para mi propia realización?

El ser humano posee una profundidad inmensa. Cada hombre necesita de todos los demás para llegar a ser lo que está llamado a ser. Cada persona contiene algo que a las demás les falta. En cada hombre hay dimensiones todavía no realizadas por otros. La humanidad entera aparece así unida en una inmensa construcción común.

Pero esta dependencia no se limita a los hombres presentes. Cada ser humano es heredero de toda la humanidad pasada. El Paleolítico vive todavía en nosotros. Los griegos, los romanos, los árabes, las generaciones enteras de la historia permanecen actuando dentro de cada conciencia. Y también el futuro influye ya en nosotros, porque cada acción presente prepara el mundo de quienes vendrán después.

El hombre no es únicamente solidario con toda la humanidad. Lo es también con toda la creación. Necesita las flores, el agua, el aire, las estrellas. El universo entero forma parte de su propia realidad. Dañar la naturaleza es dañarse a sí mismo. La separación entre hombre y mundo es una ilusión.

Edgar Morin describía esta transformación diciendo que está muriendo el concepto insular del hombre. Durante siglos, el hombre vivió como una isla, aislado de los demás y separado de la naturaleza. Después comenzó a descubrirse como península: unido al continente, pero todavía defendiendo pequeñas fronteras. Ahora empieza a surgir el hombre continental, consciente de pertenecer a una única humanidad y a un único cosmos.

La humanidad entera se ha convertido en una aldea global. Lo que sucede en cualquier rincón del planeta repercute inmediatamente sobre todos. Un incendio en la Amazonía afecta al aire del mundo entero. Una crisis en un país remoto altera la vida económica de continentes enteros. El hombre empieza lentamente a descubrir que todo está conectado.

Pero incluso este descubrimiento no basta para definir completamente al hombre. Porque el hombre es todavía aventura abierta. Mientras exista futuro humano, no podrá existir una definición definitiva del hombre. El hombre está siempre haciéndose.

Toda antropología cerrada acaba falseando la realidad humana. El hombre no puede entenderse desde una visión limitada o insular. Necesita pensarse en totalidad: con toda la humanidad pasada, presente y futura, y con toda la creación entera.

El drama del siglo XX es precisamente haber exaltado una inteligencia separada del amor. El hombre moderno admira su racionalidad, su técnica, su capacidad científica, pero olvida que antes que inteligencia es también sentimiento, voluntad y capacidad de amar. Una inteligencia sin amor puede fabricar bombas capaces de destruir el mundo cuarenta veces. Y después necesita gastar cantidades inmensas para desmontarlas.

El hombre contemporáneo posee más medios que nunca, más técnica que nunca, más información que nunca, y sin embargo vive profundamente desazonado. Ha conquistado el exterior y perdido el interior. Ha roto su vínculo con la naturaleza y con ello ha roto también el vínculo consigo mismo.

Está muriendo una antropología limitada, una visión estrecha del hombre. Y nace lentamente otra conciencia: la de un ser humano ilimitado, abierto a toda la humanidad y a toda la creación. Precisamente por eso, hablar de Dios obliga necesariamente a hablar del hombre. Porque aquello ilimitado que habita en el hombre es lo que el cristianismo llama Dios.

El largo camino hacia los dioses

El hombre, desde el comienzo de su historia, ha buscado a Dios. Pero el camino religioso no ha sido recto ni simple. Ha sido un camino largo, lleno de tanteos, errores, intuiciones y descubrimientos. Y el cristianismo sólo puede entenderse si antes se comprende este larguísimo proceso humano. Porque el destinatario del cristianismo es el hombre mismo, y hablar de Dios sin pasar por el hombre conduce inevitablemente a una abstracción vacía.

El lugar donde Dios se revela es el hombre. Cuando Dios quiso mostrarse, no apareció como una fuerza exterior ni como una idea abstracta, sino en una vida humana concreta. Por eso, quien quiera acercarse a Dios ha de atravesar necesariamente la experiencia humana. “A Dios nadie le ha visto nunca. El que ama a su hermano, ése conoce a Dios.” El conocimiento de Dios no pertenece a la pura razón. No basta comprender al hombre: es necesario amarlo.

La humanidad recorrió durante milenios un largo camino hacia los dioses. Y ese camino comenzó con la experiencia del límite. El hombre primitivo descubrió muy pronto que existía un territorio que podía dominar y otro que escapaba completamente a su control. Podía aprender a cazar, domesticar animales, cultivar cereales, construir refugios. Pero no podía detener una tormenta, evitar una inundación, impedir una epidemia ni frenar la muerte. Había fuerzas superiores ante las cuales el hombre se sentía radicalmente impotente.

Así nacieron los dioses. Los dioses fueron, en un primer momento, la personificación de aquello que el hombre no podía controlar. El cielo, los rayos, la enfermedad, la muerte, el terremoto o la sequía aparecían como territorios dominados por seres más poderosos que el hombre. Allí donde el hombre encontraba su límite, comenzaba el territorio divino.

Por eso puede decirse que, en una primera etapa de la historia religiosa, es el hombre quien crea a los dioses. Los dioses nacen de la pequeñez humana. Si el hombre lo pudiera todo, no existirían dioses. Ésa fue la gran intuición de Feuerbach: los dioses aparecen allí donde el hombre descubre su impotencia.

Pero esta relación con los dioses no era todavía amorosa. El hombre primitivo desarrolló dos actitudes fundamentales ante lo divino: reverencia y temor. Reverencia porque los dioses eran poderosos y no debían ser desafiados. Temor porque podían destruirlo todo sin previo aviso. El hombre aprendió a mantenerse a distancia de los dioses, procurando no llamar demasiado su atención.

De ahí nace la idea del tabú. Existen lugares, tiempos y objetos pertenecientes a los dioses que no deben tocarse. Montañas sagradas, templos, piedras especiales, días reservados, personas consagradas. Todo ello queda protegido por el temor religioso. Quien invade el territorio de los dioses provoca su ira.

La historia religiosa de la humanidad está llena de estos gestos. Moisés oye una voz que le ordena quitarse las sandalias porque el suelo que pisa es tierra sagrada. El árbol prohibido del paraíso no puede tocarse porque pertenece al ámbito divino. El hombre vive así rodeado de límites invisibles.

Y este miedo ancestral continúa latiendo todavía dentro del hombre moderno. El temor de provocar a los dioses sigue vivo bajo formas aparentemente racionales. Cuando todo marcha demasiado bien, aparece la sospecha de que algo terrible sucederá pronto. Cuando alguien posee demasiada fortuna, demasiado éxito o demasiada felicidad, siente casi instintivamente que los dioses acabarán vengándose. Es el viejo miedo primitivo que sigue respirando dentro de la sangre humana.

Pero la historia religiosa no se detuvo ahí. Con el paso de los siglos apareció una segunda gran etapa: ya no es el hombre quien crea a los dioses, sino los dioses quienes crean al hombre. El Génesis representa claramente este giro cuando afirma que Dios creó el cielo, la tierra, las plantas, los animales y finalmente al hombre.

Ahora el hombre ya no se siente frente a los dioses, sino dependiente de ellos. El hombre aparece colgado de Dios, sostenido por Él. Si Dios retirara su mano, el hombre dejaría de existir. Surge entonces la conciencia de dependencia absoluta.

Y esta nueva relación cambia completamente la actitud religiosa. Si antes el hombre procuraba mantenerse lejos de los dioses, ahora busca acercarse a ellos. Porque depende de ellos para vivir. Y nace así el sacrificio.

El sacrificio consiste en ofrecer algo valioso a los dioses para obtener su favor. Una vaca, una cosecha, una parte de la riqueza, incluso vidas humanas. El hombre intenta hacerse amigo de Dios mediante dones y renunciaciones. El sacrificio se convierte en una forma de asegurar la protección divina.

Junto al sacrificio aparece también la magia. La magia no es todavía religión auténtica. Es precisamente lo contrario. Mientras la religión consiste en que el hombre está en manos de Dios,

la magia intenta poner a Dios en manos del hombre. El hombre cree descubrir fórmulas secretas capaces de obligar a Dios a actuar en favor suyo.

Por eso el nombre divino adquiere una importancia enorme. En las culturas antiguas, conocer el verdadero nombre de algo significaba poseerlo. Adán pone nombre a los animales porque domina sobre ellos. Del mismo modo, pronunciar correctamente el nombre de Dios parecía permitir cierto control sobre Él.

De ahí nacen las prácticas mágicas, las fórmulas rituales, las oraciones convertidas en mecanismos automáticos, los gestos supersticiosos y las promesas interesadas. El hombre intenta manipular a Dios para ponerlo de su parte.

Muchas veces la religión degeneró en esta magia. El hombre creyó que bastaba cumplir ciertos ritos externos para garantizarse la protección divina. Sacrificios, ayunos, ceremonias o rezos podían convertirse fácilmente en instrumentos para domesticar a Dios.

Sin embargo, el cristianismo romperá radicalmente con esta lógica. La relación con Dios no puede reducirse a manipulación ni a intercambio interesado. El sacrificio exterior no salva por sí mismo. Tampoco la magia religiosa transforma verdaderamente al hombre.

Toda esta larga historia fue creando una visión dual del mundo. Arriba estaba Dios; abajo, el hombre. Arriba el cielo; abajo la tierra. Arriba lo sagrado; abajo lo profano. El alma era buena; el cuerpo sospechoso. La otra vida valía más que ésta. Todo quedó dividido en pares opuestos.

El cristianismo aparecerá precisamente como superación de este dualismo. En Cristo, Dios y el hombre dejan de ser realidades separadas. Lo divino y lo humano se unen. La síntesis cristiana consiste en descubrir que Dios habita dentro del hombre y que el hombre participa ya de la vida divina.

Por eso el cristianismo no puede pensar en términos de separación radical entre esta vida y la otra. La vida eterna no comienza después de la muerte: empieza aquí. El hombre comienza ya en la tierra aquello que será plenamente en Dios.

Dios no es simplemente un ser exterior situado por encima del hombre. Dios es aquello más interior del hombre, aquello que hace que el hombre sea verdaderamente él mismo. Si se eliminara a Dios del hombre, el hombre se quedaría vacío de sí mismo.

Martin Buber expresó esta tragedia religiosa de manera estremecedora. La palabra “Dios” ha sido la más atacada y maltratada de toda la historia humana. Sobre ella los hombres han

descargado sus miedos, angustias y violencias. En nombre de Dios se ha matado, se ha perseguido y se han justificado atrocidades.

La humanidad ha llenado la palabra “Dios” de sangre y de terror. Las religiones, muchas veces, deformaron completamente el rostro divino. Los hombres proyectaron sobre Dios sus propias miserias y terminaron construyendo imágenes grotescas de lo divino.

Pero, a pesar de todo, la palabra “Dios” nunca desaparece completamente. Sigue ligada a la esperanza humana, al sufrimiento humano y al deseo profundo de plenitud. El hombre no ha podido vivir nunca totalmente separado de la experiencia de lo sagrado.

Por eso la religión puede definirse finalmente como dependencia del hombre respecto a Dios. Pero esta dependencia no significa pequeñez humillante. Significa algo mucho más profundo: el hombre tiene tal dimensión interior que sólo el infinito puede sostenerlo.

El hombre está colgado del infinito. Ninguna realidad limitada basta para sostener plenamente al ser humano. El dinero no basta. El poder no basta. El éxito no basta. Ni siquiera el amor humano basta completamente. Todo termina rompiéndose si el hombre intenta apoyarse únicamente en realidades finitas.

Sólo el infinito puede soportar el peso del hombre. Sólo Dios puede sostener plenamente el deseo humano.

Por eso la religión no consiste en rebajar al hombre, sino precisamente en descubrir su inmensa grandeza. El hombre posee un peso infinito. Tiene un deseo infinito. Lleva dentro de sí una sed que ninguna realidad limitada puede apagar.

El largo camino religioso de la humanidad termina conduciendo lentamente hacia este descubrimiento: Dios no está simplemente fuera del hombre. Dios habita en lo más profundo del hombre mismo. Y toda la aventura religiosa no ha sido otra cosa que el intento humano de descubrir esa presencia escondida.

La creación desemboca en Navidad

Vamos a hacer una pequeña interrupción para presentar la Navidad desde la revelación. Esto presenta muchos problemas porque todavía no hemos terminado el primer curso de Cristología y la Navidad pertenece al segundo curso. Todo lo que falta por decir este año es justamente el pesebre en el cual va a nacer el Mesías, y por tanto queda mucho más de medio curso por delante. Sin embargo, no está mal adelantar algo de un personaje que luego aparecerá plenamente y llamará más la atención. Esto es lo que vamos a hacer ahora. Hay además una dificultad importante: los cristianos tenemos sabidos y aprendidos de memoria los textos de Mateo y Lucas, los grandes relatos de la Navidad del Señor, pero posiblemente son los textos peor leídos de todo el Evangelio. Conviene olvidar muchas cosas y partir de una tabla rasa. A veces sabemos algo, pero precisamente eso que creemos saber nos impide escuchar el verdadero mensaje que llevan siglos transmitiendo los relatos de la infancia del Señor. Existen lecturas muy superficiales de estos textos. Sobre este tema hay obras monumentales, como El nacimiento del Mesías, de Raymond Brown, o Los evangelios de la infancia, de Antoine Laurentin. En esos libros está prácticamente todo lo que se ha dicho sobre el nacimiento del Mesías. San Juan no habla del nacimiento; habla de Dios en la eternidad. San Marcos comienza con el bautismo de Jesús. Solo Mateo y Lucas narran la infancia del Señor. Todo lo que sabemos sobre ella procede exclusivamente de esos relatos.

Mateo y Lucas escriben cuarenta años después de la muerte del Señor, después además de la destrucción de Jerusalén por Tito en el año setenta. Las comunidades cristianas eran pequeñas y los evangelistas escriben precisamente para esas pequeñas comunidades. Lo que hoy nos cuesta entender es que aquellas primeras comunidades poseían unas claves de lectura que nosotros ya no tenemos. El Evangelio leído literalmente no dice nada. Dice lo que no dice cuando se lee superficialmente. La dificultad consiste en reconstruir el mundo en el cual fueron escritos los evangelios. Allí muchas cosas eran evidentes. Nosotros estamos a dos mil años de distancia y por eso necesitamos volver a aprender cómo se leía entonces. La Navidad no debe contarse como hoy suele hacerse, reducida a champagne y turrón. El veinticinco de diciembre es un día igual que cualquier otro, a menos que dentro del hombre suceda algo que le dé sentido. Si dentro de uno no sucede nada, no es Navidad. La verdadera pregunta es cómo se cuenta la Navidad para que suceda.

La clave fundamental que entendían perfectamente los primeros cristianos es que el nacimiento de Cristo, es decir, la aparición de Cristo en la tierra en la mitad de los tiempos, es la eclosión

misma de la creación. Cristo revela hacia dónde apuntaba toda la creación desde el principio. La creación comenzó a rodar, pero nadie supo realmente hacia dónde se dirigía hasta que llegó Cristo. El nacimiento de Cristo es el sentido de la creación. San Juan empieza diciendo: “En el principio era el Verbo”. Está comentando directamente el Génesis. El Génesis comienza diciendo: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra”. San Juan responde: “En el principio era el Verbo”. Aquel por quien existe todo es el Verbo. El nacimiento de Cristo se cuenta siempre en términos de creación. Esto significa que la creación desemboca en Cristo y solo cobra sentido en Él. Más aún: “En Él se hicieron todas las cosas y sin Él no se hizo nada de cuanto se hizo”. Dios comienza a crear porque sabe que cabalgando sobre las aguas de la creación llegará el Mesías, meta y sentido de todo. Dios no crea improvisadamente para arreglar luego un desastre causado por el hombre. Todo estaba ya previsto desde el principio. Dios crea porque Cristo va a venir.

Los evangelistas presentan la creación y el hombre nuevo en paralelo. La primera creación solo se entiende desde la segunda creación, que es Cristo. En el Génesis, antes de la creación, el Espíritu flotaba sobre las aguas del caos. Había una disponibilidad absoluta, una nada llena de posibilidad. El Espíritu fecundaba esa disponibilidad y surgía el milagro de la creación. Los evangelistas copian exactamente esa estructura. La segunda creación sucede cuando el Espíritu se cierce sobre la disponibilidad absoluta de María. La virginidad de María no debe entenderse simplemente en sentido físico, sino como disponibilidad total. Virginidad significa que solo Dios puede estrenar a una persona. Cuando el hombre pone todo su interior delante de Dios y dice: “Haz aquí lo que quieras”, entonces sucede el milagro. La primera creación surge del Espíritu sobre la disponibilidad; la segunda creación surge del Espíritu sobre la disponibilidad de María. La primera produce el universo; la segunda produce el nacimiento de Cristo. Así, el nacimiento de Cristo debe entenderse como la meta final de toda la creación. Toda la creación venía empujando hacia Cristo. Dios había hablado antes por las montañas, por los profetas, por la historia, por la creación entera. Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos habló finalmente en su Hijo. Todo lo disperso se concentra definitivamente en Cristo.

Los evangelios de la infancia no son una crónica escrita en directo. Nadie tomaba notas mientras Jesús vivía. Los discípulos tardaron cuarenta años en escribir los Evangelios. Solo después de la resurrección comprendieron verdaderamente quién era Jesús. La luz de la Pascua es la que permite comprender toda la vida de Cristo. Todos los Evangelios son postpascuales. Los evangelistas narran el nacimiento de Cristo desde la luz de la resurrección. El hecho histórico está iluminado desde la Pascua. Además escriben para comunidades vivas. San Mateo y San Lucas se preguntan cómo contar el nacimiento de Cristo de manera que Cristo nazca realmente dentro de quienes escuchan. Lo importante no es únicamente si algo ocurrió históricamente; lo

importante es si aquello que se cuenta tiene fuerza para hacer nacer algo dentro del hombre. Los evangelistas quieren contar la Navidad de manera que suceda.

San Lucas comienza diciendo que César Augusto ordenó un censo y que José y María se pusieron en camino hacia Belén. Esto es decisivo. El Mesías nace de una pareja que camina. Solo quienes están en camino pueden celebrar Navidad. Los inmóviles, los instalados, los que llevan siglos pensando exactamente igual, no encuentran al Mesías. Los judíos esperaban que Dios apareciera en Jerusalén, en el Templo, entre los sacerdotes. San Lucas rompe completamente ese esquema. Dios aparece en Nazaret, en una casa humilde y ante una mujer. No aparece en el Templo, ni en Jerusalén, ni ante los sacerdotes. Dios llega siempre donde el hombre no lo espera. El Mesías nace además de noche. Dios es siempre sorpresa radical. Nunca llega como el hombre imagina, ni por donde el hombre imagina, ni cuando el hombre imagina.

No había lugar en la posada. Cristo no nace en los lugares establecidos. Nace en una grieta de la creación, al borde del camino, como si viniera desde las profundidades mismas del universo. Dios no nace en las casas de los ricos ni en las instituciones consolidadas. Nace en el corazón abierto de la creación. María da a luz a un niño y lo coloca en un pesebre. Dios pudo venir de cualquier otra manera. Pudo aparecer como un rey poderoso, como un guerrero, como un hombre lleno de majestad. Sin embargo quiso venir como un niño pequeño, necesitado, vulnerable. Junto al niño aparecen María y José. Ambos representan la disponibilidad total. María acepta el misterio sin comprenderlo completamente. José también cruza la frontera del misterio. Los dos se fían de Dios. Los ángeles representan precisamente esa frontera entre Dios y el hombre. Cuando el hombre toca a Dios aparece el ángel. El ángel le dice a María: “No temas”. El mismo mensaje aparece constantemente: no temer.

Después aparecen los pastores. Los pastores son nómadas, gente en camino, hombres despiertos en la noche. Herodes dormía en su palacio. Los sacerdotes permanecían encerrados en sus seguridades. Los pastores, en cambio, vigilaban. El ángel les anuncia: “No temáis. Os anuncio una gran alegría”. El nacimiento del Mesías es alegría. Y les da una señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. La señal de Dios es un niño. El niño representa la verdadera dimensión del hombre. El hombre auténtico es vulnerable, necesitado de amor, abierto, mendigo de comprensión. El siglo veinte es un siglo de hombres logrados y por eso está agotado. El futuro pertenece al niño. El niño no tiene pasado; es puro futuro. Por eso Cristo dirá después: “Si no os hacéis como niños, no entraréis”. El pesebre significa además otra cosa. Belén significa “casa del pan”. María coloca al niño en el lugar donde comen los animales porque Cristo es el pan del mundo. Es colocado allí para que todos puedan alimentarse de Él.

San Mateo introduce a los magos. Son extranjeros, astrólogos, paganos. También ellos descubren al Mesías a través de la creación, siguiendo una estrella. Toda la creación apunta hacia Cristo. La Navidad significa que toda la creación llevaba siglos avanzando oscuramente hacia un punto culminante y que un día, en una grieta de la historia, nació el Mesías, explicación definitiva de todo lo creado. Todo el relato de Navidad está construido sobre una única actitud fundamental: ponerse en camino. María, José, los pastores y los magos viven abiertos al futuro. La creación entera está en marcha. La creación no terminó cuando Dios creó el mundo; continúa avanzando hacia su plenitud. Dios no nace en las cosas prefabricadas ni en las seguridades inmóviles. Donde la creación permanece viva y abierta, allí puede nacer el Mesías.

El lenguaje mitológico

Quiero recordar, después del comienzo de esta década noventa, la última de este siglo, que desde las hambres y apetencias del hombre emprendemos un camino de investigación que nos conduce hacia el infinito. Ese es el método que estamos siguiendo. Cuando hablamos de Dios solemos hacerlo de forma equivocada: hablamos de Dios a las personas, cuando en realidad habría que hablar desde las personas hacia Dios. Hay que ir al hombre, descubrir qué pan necesita y ofrecerle justamente ese pan. Dios es pan para todas las hambres, pero nosotros no. Muchas veces ofrecemos el pan que tenemos sin preguntarnos si es el pan que el otro necesita. Por eso tantas veces producimos rechazo, incompreensión o vacío. Dios, en cambio, se presenta siempre como respuesta a una pregunta concreta, y como cada persona tiene su propia pregunta y su propio tiempo de preguntar, Dios se ofrece de forma distinta en cada caso. Desconocer al hombre es desconocer a Dios. Y ese hombre al que debemos conocer eres tú mismo. La humanidad entera está contenida en cada individuo. El caminar de la humanidad es también el caminar de cada uno de nosotros.

Ese caminar humano nos viene transmitido por las mitologías. Las mitologías son el gran depósito donde la humanidad ha ido dejando las respuestas o intentos de respuesta a las preguntas fundamentales. Hoy nos interesan especialmente dos temas: el problema del mal y el mito de Caín y Abel, es decir, el hombre enemigo del hombre. Estamos haciendo antropología no como un fin en sí mismo, sino como preparación para la cristología. La antropología es una filosofía del hombre, una investigación sobre quién es realmente el hombre en sus profundidades. Esa investigación es difícil de hacer directamente sobre uno mismo, porque al mirarnos de cerca todo se vuelve microscópico. Por eso el hombre proyecta sobre la humanidad entera las preguntas que lleva dentro. La historia de la humanidad es el yo individual ampliado hasta dimensiones inmensas. Al estudiar el devenir humano estamos contestando realmente a la pregunta “¿quién soy yo?”.

La humanidad, caminando a lo largo de los siglos, ha elaborado teorías para intentar responder a las preguntas fundamentales. Las preguntas superficiales tienen respuestas inmediatas: el hambre se resuelve en un supermercado, la sed en un grifo. Pero las preguntas profundas no tienen soluciones tan simples. “¿Quién soy yo?”, “¿para qué estoy aquí?”, “¿qué sentido tiene mi vida?”. Esas preguntas constituyen el núcleo del hombre. El hombre no vive principalmente de pan. Puede tener comida y bebida y aun así morir de tristeza o desesperación. Desde el primer día de la existencia humana aparecen estas preguntas profundas. El hombre primitivo ya se

sorprende ante la realidad y siente una inquietud que no sabe resolver. Esa inquietud queda retratada en las mitologías.

La mitología no significa lo que normalmente se cree. A principios de siglo se entendía por mitología algo falso, algo inventado, algo que no había sucedido. Pero eso es un error. Un mito es algo que, siendo histórico, desborda tanto la historia que no puede expresarse solo con palabras racionales, sino que necesita lenguaje simbólico. El mundo de los mitos es el mundo de los símbolos. El hombre primitivo descubrió inmediatamente que las experiencias más profundas no cabían dentro del lenguaje corriente. Ni los gruñidos, ni los gestos, ni después las palabras podían contener aquello que el hombre sentía. Por eso recurrió al símbolo, a la música, a la danza, a la pintura, a la poesía. La música habla sin palabras. Un cuadro puede decir más que un tratado entero. Cuando una experiencia humana desborda completamente la palabra, nace el mito.

Por eso decir que Cristo es un mito no significa negar su existencia, sino todo lo contrario: significa que la realidad de Cristo supera infinitamente cualquier descripción puramente histórica. Lo mismo sucede cuando se dice que Hitler es un mito. Nadie entiende con eso que Hitler no existió, sino que representa simbólicamente algo que desborda el simple hecho histórico. El hombre está tejido de mitos. La mitología no es un adorno cultural, sino la textura misma de lo humano. Las grandes experiencias humanas no caben dentro del lenguaje racional y por eso necesitan imágenes, cuentos, símbolos y relatos. La humanidad entera vive mucho más en el mundo simbólico que en el mundo puramente lógico.

La mitología pertenece naturalmente al ámbito religioso porque la religión intenta responder precisamente a las preguntas fundamentales. No es que las religiones se hayan apropiado de los mitos; es que las religiones nacen dentro del mundo mítico. Si el hombre pudiera expresar perfectamente todo lo que experimenta, existiría sólo gramática, no religión. La religión aparece porque el hombre experimenta cosas que lo desbordan. Navidad, por ejemplo, es una mitología en el sentido más profundo del término. Un niño histórico desborda de tal manera la historia que detrás de él aparece Dios mismo.

Todas las mitologías comienzan con el tema de la creación. Todas saben que el mundo empezó, que no existe por sí mismo. Y todas presentan ese comienzo como algo armonioso, luminoso y perfecto. El Génesis dice que Dios paseaba con Adán a la brisa de la tarde. La creación aparece como una primavera maravillosa donde los dioses y los hombres estaban en diálogo. Pero inmediatamente surge una pregunta: si todo empezó tan bien, ¿por qué ahora va todo tan mal? Si

el paraíso existió, ¿por qué vivimos en medio del dolor, la violencia y el sufrimiento? Ahí aparece el problema del mal.

La humanidad antigua se debatió siempre entre dos visiones. Una afirmaba que todo va de mal en peor, como un candelabro cuya luz disminuye poco a poco hasta extinguirse. La otra invertía el candelabro y veía la historia como un crecimiento progresivo desde la oscuridad hacia la luz. El hombre primitivo observaba cómo los días disminuían hasta diciembre y temía que el sol desapareciera para siempre. Luego descubría con alivio que la luz volvía a crecer. Toda la historia humana está simbolizada ahí. La mitología no habla tanto de hechos históricos como de estructuras profundas del ser humano. Cuando el Génesis dice que al principio todo era maravilloso, no está diciendo necesariamente que históricamente hubiera un paraíso perfecto, sino que el hombre lleva dentro la intuición de que la realidad debería ser así. El paraíso representa el núcleo más profundo del deseo humano.

El Génesis explica entonces la caída. Todo comenzó bien, pero algo se rompió. El relato de Adán y Eva no pretende narrar simplemente un hecho histórico concreto, sino expresar algo esencial sobre el ser humano. Lo que se cuenta como historia es en realidad ontología, una descripción del fondo mismo del hombre. El hombre es problemático porque dentro de él existe una posibilidad de ruptura. El Génesis recoge antiguas mitologías orientales y las sintetiza diciendo que Dios creó al hombre, es decir, lo humano. Lo humano aparece luego dividido en masculino y femenino. Adán representa lo masculino; Eva, lo femenino. No son simplemente dos individuos concretos, sino dos dimensiones de lo humano.

El Génesis nace en un contexto patriarcal y por eso presenta a Eva como salida de Adán, como una costilla extraída del hombre. El relato refleja el conflicto histórico entre patriarcado y matriarcado. Pero más allá de esa intención histórica hay otra intuición más profunda. Lo humano descubre el sexo, la diferencia, la alteridad. Y ahí reaparece la maravilla de la creación. Cuando Adán descubre a Eva, la creación vuelve a florecer. El amor rehace el paraíso. La naturaleza misma parece transformarse cuando aparece el amor.

Entonces surge la serpiente. La serpiente dialoga con Eva y le pregunta por qué no come del árbol prohibido. Eva escucha porque representa la curiosidad humana, la apertura hacia lo desconocido. La serpiente le dice que si come será como Dios. Y aquí aparece uno de los puntos centrales del relato. Eva no peca porque quiera ser Dios. Esa es precisamente la grandeza del hombre. El hombre está llamado a ser Dios. Toda la cristología afirmará eso. Cristo se encarna para que el hombre llegue a participar de la vida divina. El problema de Eva no es querer ser Dios, sino creer que puede llegar a serlo por un atajo inmediato.

La serpiente sabe perfectamente cuál es el deseo más profundo del hombre y por eso la tentación funciona. Apenas aparece el pensamiento humano surge el deseo de infinito. El hombre quiere más, quiere llegar al final, quiere romper todos los límites. Ahí comienza la hominización verdadera. Lo que distingue al hombre del animal es precisamente esa capacidad de desear lo infinito. Eva simboliza el momento en que el ser humano descubre su vocación absoluta. El pecado consiste en querer alcanzar la meta sin recorrer el camino. El hombre llegará a ser Dios, pero a través de toda la vida, a través del sufrimiento, del crecimiento y de la historia entera.

Por eso Dios expulsa al hombre del paraíso. No como castigo arbitrario, sino como introducción en la libertad. El paraíso es el estado protegido de la infancia. Fuera del paraíso comienza la tarea humana. Allí el hombre tendrá que trabajar la tierra, soportar el dolor, luchar contra la oposición del mundo y crecer lentamente. La libertad empieza precisamente cuando termina la protección absoluta. El hombre sale al mundo para realizar por sí mismo aquello que en el paraíso quiso alcanzar de golpe.

Después aparecen Caín y Abel. No representan simplemente dos hermanos históricos, sino dos formas fundamentales de existencia humana. Caín es agricultor, sedentario; Abel es pastor, nómada. Toda la humanidad se divide entre estas dos maneras de vivir. El sedentarismo y la trashumancia son dos formas de buscar la plenitud humana. El relato bíblico refleja antiquísimas experiencias históricas. El agricultor pertenece al neolítico, a la estabilidad, a la organización sedentaria. El pastor pertenece al mundo más antiguo, al nomadismo primitivo.

El Génesis dice que Dios se complació en el sacrificio de Abel y no en el de Caín. Esto no significa simplemente que uno ofreciera mejores animales o mejores frutos. El relato apunta mucho más hondo. El hombre sedentario tiende a instalarse, a alejarse del misterio, a creer que ya posee la realidad. El nómada, en cambio, permanece abierto, inseguro, en camino. El pastor simboliza al hombre que no se instala jamás definitivamente. Por eso Abel agrada a Dios. No porque sea moralmente mejor, sino porque representa al hombre abierto al infinito.

Caín termina matando a Abel. La estabilidad mata al movimiento. El hombre instalado elimina al hombre abierto. La historia humana queda así atravesada por una lucha constante entre dos formas de existir: la seguridad y el camino, la posesión y la búsqueda. Israel mismo nacerá como un pueblo nómada, arrancado de Egipto y conducido por el desierto. Dios parece preferir siempre al hombre en marcha antes que al hombre instalado.

Todo este lenguaje es mitológico porque intenta expresar mediante símbolos las estructuras profundas de la existencia humana. Las grandes preguntas no pueden responderse con lógica superficial. Necesitan imágenes, relatos y símbolos que permitan tocar el núcleo mismo del hombre. La mitología no es un error infantil de la humanidad, sino el modo más profundo que tiene el hombre de hablar de sí mismo y de Dios.

La nostalgia del paraíso

Conviene recordar el hilo general que estamos siguiendo durante estas lecciones. Estamos haciendo un curso de Cristología desde el hombre hacia Dios, de tal manera que no olvidemos nunca que Dios se siembra sobre el hombre. Ese ha sido uno de los grandes olvidos de la Iglesia durante siglos: hablar de Dios sin preocuparse del lugar humano donde Dios cae. Un hombre titubeante llevará a Dios de forma titubeante; un hombre destruido llevará a Dios de forma destruida; un hombre mal construido hará imposible que la presencia de Dios sea salvadora. Por eso insistimos tanto este año en los presupuestos humanos, en la plataforma sobre la cual Dios adviene al hombre. Solemos manejar muy bien a Dios y muy mal al hombre. Cogemos a Dios y lo embotellamos dentro del hombre, sea quien sea ese hombre, y luego nos extraña que al cabo de unos años ese hombre haya perdido a Dios o incluso viva de espaldas a Él. No ha sido Dios quien ha fallado, sino la mala preparación del hombre que debía recibirlo. La tarea de este primer año consiste justamente en estudiar las bases humanas sobre las cuales puede sostenerse verdaderamente la experiencia de Dios.

Para ello estamos recorriendo una historia de la antropología religiosa, es decir, el devenir del hombre en cuanto se pregunta por la divinidad. Hemos llegado al tema de la creación del hombre y a la bifurcación que el Génesis presenta inmediatamente después: Caín y Abel. Caín es agricultor, sedentario; Abel es pastor, nómada. Dos formas de ser hombre. Uno puede instalarse y disfrutar del patrimonio que posee o puede vivir buscando constantemente algo más allá de lo que tiene. El Génesis lanza ya un juicio sobre estas dos maneras de existir. Abel, el nómada, ofrece a Dios lo mejor de su rebaño y Dios se complace en él. Caín, el sedentario, entrega a Dios las espigas vacías y Dios no encuentra complacencia en él. No estamos hablando todavía directamente de Dios, porque no se puede hablar de Dios sin tener disponible al hombre. Cuando alguien habla de Dios ignorando a quien escucha, en realidad está hablando en el vacío. La verdadera tarea consiste en despertar dentro del hombre aquello que ya lleva en la sangre, hacer que descubra que Dios no le viene impuesto desde fuera, sino que le nace desde el fondo mismo de la vida.

Preparar al hombre para Dios no significa inyectarle doctrinas ni moldearlo artificialmente. Significa conocerlo. Sócrates lo resumía en el “conócete a ti mismo”. Abrir al hombre y descubrir cómo se mueve por dentro, cómo nacen sus ríos, sus mares, sus montañas interiores, cómo se pone y se levanta el sol sobre su territorio interior. Cuando el hombre empieza a verse verdaderamente, descubre que crece hacia lo infinito. Todo lo que haremos en los años

posteriores supondrá este trabajo previo. Muchas dificultades posteriores respecto a la cristología nacen precisamente de no haber comprendido este fundamento antropológico. La cristología es demasiado seria como para poder construirse sobre un hombre cerrado, inmóvil o superficial.

El Génesis presenta dos posibilidades humanas fundamentales. Caín representa la estabilidad, la acumulación, la instalación. Abel representa el movimiento, la búsqueda, la trashumancia. Y el relato bíblico es durísimo: donde Dios no encuentra complacencia nace el desierto. La ausencia de Dios no es simplemente un problema religioso; es la destrucción progresiva de lo humano. Caín termina matando a Abel. Allí donde el hombre pierde relación con lo divino, la vida se convierte en desierto y el hombre comienza a destruir a su hermano, la naturaleza, el aire, los ríos y finalmente a sí mismo. El siglo XX entero parece una gigantesca actualización del relato de Caín. Una civilización de espaldas a la trascendencia termina haciendo imposibles las relaciones humanas y destruyendo incluso el planeta donde vive.

En medio de esta reflexión reaparece Eva, la gran figura del paraíso. Eva muerde la fruta prohibida porque la serpiente le promete: “Seréis como Dios”. Y en eso Eva no se equivoca. El hombre está hecho precisamente para llegar a ser como Dios. Esa es la gran intuición de toda la cristología posterior. El problema no está en desear la divinidad, sino en querer alcanzarla instantáneamente, sin camino, sin crecimiento y sin historia. Eva quiso llegar a la meta mordiendo una manzana, como si el hombre pudiera realizarse plenamente mediante un acto aislado. Pero la divinidad es tarea de toda la vida. Cristo mismo nacerá niño para recorrer toda la existencia humana y realizar lentamente en sí mismo la plenitud del hombre. El error de Eva fue querer alcanzar en un instante aquello que solo puede lograrse caminando.

Por eso Dios expulsa al hombre del paraíso. No como castigo arbitrario, sino porque el paraíso es solo punto de partida. Fuera de él comienza la verdadera libertad. Allí el hombre tendrá que sembrar, sufrir, equivocarse, amar, trabajar y construir lentamente aquello que desea. El paraíso dado debe transformarse en paraíso conquistado. La vida humana es precisamente ese recorrido. Y de ese recorrido nacen las mitologías. Mircea Eliade decía que el tejido mismo del hombre es la mitología. Todo lo que el hombre ha descubierto sobre sí mismo a través del dolor, el esfuerzo, las guerras, las lágrimas y las alegrías se ha condensado en relatos simbólicos. La mitología es la secreción de la humanidad a lo largo de los siglos.

Si el hombre no hubiese sido expulsado del paraíso jamás habría descubierto quién es realmente. Solo el conflicto, la oposición y la resistencia revelan la profundidad humana. Las mitologías son el rastro de ese descubrimiento. Y todas ellas coinciden en algo esencial: el

hombre solo se realiza caminando. El sedentario no comprende nunca lo humano. El hombre verdaderamente vivo es el que sigue buscando incluso cuando parece haber encontrado algo definitivo. Por eso el Evangelio cuenta la parábola del rico que llena sus graneros y finalmente se sienta satisfecho diciendo: “Alma mía, descansa”. Y esa misma noche muere. El hombre que se sienta sobre su patrimonio está muerto espiritualmente. Lo humano es caminar siempre.

A partir de Abel nacen los grandes patriarcas bíblicos, especialmente Abraham. Abraham es la gran figura del hombre religioso. Vive en Ur de Caldea, es rico, poderoso, tiene tierras, esclavos, rebaños y estabilidad absoluta. Y un día lo sagrado irrumpe en su vida. Aquí aparece la experiencia religiosa fundamental. Rudolf Otto describía lo sagrado como *tremendum*: aquello que hace temblar. El hombre percibe lo divino como algo inmenso, incontrolable, situado más allá de su dominio. Lo sagrado pertenece al territorio que el hombre no puede manipular. De ahí nace la distinción entre lo sagrado y lo profano, entre aquello que el hombre domina y aquello que lo supera. El hombre paleolítico ya intuía esa frontera. Sabía que había un territorio inaccesible donde habitaban los dioses y deseaba constantemente asomarse a él.

Abraham experimenta justamente esa irrupción de lo sagrado. Y cuando Dios le habla no le ofrece seguridad ni descanso. Le dice simplemente: “Deja tu tierra”. Ahí aparece la definición más profunda del hombre. Dios nunca estabiliza; siempre pone en marcha. El hombre verdaderamente humano es el que abandona lo seguro y emprende un camino hacia una tierra desconocida. La gran revelación consiste precisamente en descubrir que Dios no señala metas definitivas dentro de este mundo. Dios siempre está más allá. Por eso Abraham debe caminar sin saber exactamente hacia dónde va.

Jesús repetirá exactamente el mismo esquema cuando diga al joven rico: “Déjalo todo y sígueme”. La presencia de Dios se reconoce porque despierta ganas de caminar. Donde algo se pone en movimiento, allí está Dios; donde todo se paraliza, allí la vida se extingue. El hombre religioso auténtico no es el que acumula seguridades espirituales, sino el que acepta vivir en búsqueda permanente.

Abraham es llamado “nuestro padre” porque representa precisamente la estructura profunda del hombre. Un hombre que lo deja todo para dirigirse hacia lo desconocido. Las grandes religiones monoteístas reconocen en él su origen común. Abraham es consanguíneo del hombre verdadero. El hombre es esencialmente un nómada interior. Incluso Israel nace así: saliendo de Egipto, abandonando las ollas llenas y entrando en el desierto. Es mejor caminar por el desierto que instalarse definitivamente en una falsa seguridad.

Toda esta reflexión permite entender el verdadero significado del paraíso. El hombre nace en el paraíso porque necesita un paisaje humano para existir. El Génesis describe cuidadosamente cómo primero aparecen las aguas, las plantas, los animales, el cielo y finalmente el hombre. El hombre necesita el cosmos entero para poder existir. Destruir la naturaleza es destruir al hombre mismo. El paraíso no es un detalle decorativo del relato bíblico; es la descripción simbólica de la grandeza humana. El hombre necesita un universo entero para sostenerse.

Pero ese paraíso inicial no basta. Dios expulsa al hombre de él para que aprenda a construirlo por sí mismo. La existencia humana se convierte entonces en un movimiento continuo: paraíso inicial, nomadismo y paraíso final. El hombre nace en una situación dada —una historia, una sangre, unas tendencias heredadas— y desde ahí emprende el camino de construirse a sí mismo. La libertad no consiste en partir de cero, sino en caminar a partir de una herencia concreta. El hombre recibe un paraíso inicial y debe transformarlo mediante toda su vida en un paraíso conquistado.

El nomadismo es por tanto constitutivo del hombre. Quien se instala deja de ser plenamente humano. El hombre solo se realiza mientras permanece abierto al futuro. Por eso la verdadera teofanía consiste siempre en una invitación a caminar. Dios en el hombre son ganas de caminar. Y las ganas de caminar son la señal de que Dios está vivo dentro del hombre.

Series como dioses

Tenemos una gran lección por delante. Se trata de hablar de la religión. Es un tema muy difícil de exponer, pero muy brillante si se expone decentemente bien, puesto que el material de que disponemos es luminoso, sobre todo luminoso en el sentido de que ilumina todo el comportamiento religioso. Esta reflexión no pretende destruir la religión. Todo lo contrario. Quiere esclarecer qué es eso que tanto buscamos y que, en el fondo, es Dios mismo.

La religión es aquello que distingue al hombre primitivo. Apenas aparece el hombre en la Tierra, aparece ya la religión. Allí donde pudiéramos encontrar restos humanos, si junto a esos restos apareciera un instrumento rudimentario, concluiríamos que estamos ante presencia humana. Y si pudiéramos detectar un sentimiento religioso, aunque no fuera materialmente visible, tendríamos la prueba definitiva de que ese ser era verdaderamente humano. La capacidad que tiene el hombre primitivo para oler en el aire algo que está más allá de sí mismo, eso es religión.

El hombre apenas levantado del suelo, todavía torpe, todavía casi animal, intuye ya que existen fuerzas más allá de él. Truenos, lluvias, inundaciones, fenómenos que no controla y que percibe como algo superior. Sabe que hay algo, aunque no pueda definirlo. Sabe que está ahí, pero no lo alcanza. Esa percepción es el origen de la religión y está presente en todos los pueblos de la Tierra.

No existe cultura sin sentimiento religioso. De hecho, sería más fácil detectar rastros de religiosidad en una caverna prehistórica que en nuestro Occidente moderno. Dentro de mil años, quizá los arqueólogos encuentren menos señales religiosas en nuestra civilización que en aquellas culturas primitivas. Y eso resulta terrible, porque aquellos hombres dejaron más huellas visibles de lo sagrado que nosotros.

Las religiones están revisando profundamente sus posturas. No porque quieran contemporizar, sino porque las sacudidas históricas obligan a repensar todo. Los creyentes avanzan recibiendo golpes. La religión fuerte es la religión del martirio. Sin mártires no hay religión; solo existe una burguesía religiosa vacía.

Cuando una religión piensa exactamente igual que pensaba antes, es falsa. La garantía de la religión es que nunca piensa lo mismo. Dios no habla nunca de la misma manera. Dios llama como llamó a Abraham: "Déjalo todo y sígueme hacia una meta que ya te enseñaré". El creyente camina sin saber adónde va. Los que creen saber exactamente adónde van son los incrédulos.

A lo largo de la historia, los hombres han hablado de Dios y con Dios de maneras muy diferentes. Y eso es decisivo. La religión es tan antigua como el hombre, pero también lo es el desacuerdo religioso. Nunca los hombres se han puesto de acuerdo sobre lo que es Dios. Si estuvieran de acuerdo, significaría que lo pueden manipular, y la religión, por definición, no se manipula.

Dios es la palabra más atacada de todas las palabras humanas. Y no son solo los incrédulos quienes la atacan. También los creyentes la maltratan constantemente. “Si Dios existiera...”, “si Dios fuera bueno...”. Quienes más deforman la idea de Dios son precisamente quienes más hablan de él.

En nombre de Dios se han hecho guerras, cruzadas, matanzas. La palabra Dios ha sido manchada, vituperada, cargada con todas las angustias humanas. Los hombres han matado y han muerto en nombre de Dios. Han pintado figuras grotescas y debajo han escrito “Dios”. Han dividido el mundo con religiones enfrentadas. Han utilizado el nombre de Dios para separar cuando Dios debería unir.

Sin embargo, la palabra Dios nunca ha sido olvidada. Sigue siendo la esperanza y el sufrimiento de la humanidad. Aunque haya sido deformada y profanada, permanece viva.

La religión es la relación entre el hombre y Dios. No es ni Dios ni el hombre, sino el vínculo entre ambos. Religión significa precisamente eso: estar ligado. Pero ese vínculo define al hombre mismo. El hombre nace ya orientado hacia algo más grande que él.

Un hombre sin esa orientación sería un hombre encerrado en sí mismo, autosuficiente, limitado a sus propios años, a su propio cuerpo, a sus pequeñas verdades. Pero el hombre no se basta a sí mismo. Nace con necesidad de colgarse de algo mayor. Y si se cuelga de algo demasiado pequeño, lo arrastra consigo al hundirse.

Solo lo infinito puede sostener al hombre. Solo Dios puede soportar el peso del hombre sin caer. Por eso el hombre necesita trascendencia. Lo que hace grande al hombre no es que se baste a sí mismo, sino que necesita algo más grande que él.

Desde el principio de la historia humana, el hombre busca engancharse a ese “más allá”. Pero en ese camino aparecen mediaciones. Las religiones se atraviesan en la ruta y le dicen al hombre: “Si quieres llegar a Dios, haz esto, cumple esto, obedece esto”. Y el hombre termina colgándose de la religión en lugar de colgarse de Dios.

Ese es el gran peligro. Cuando la religión se presenta como meta y no como camino, deja de ser verdadera religión. La religión solo es auténtica cuando sirve de puente hacia Dios. Cuando se absolutiza, se convierte en idolatría.

El ateísmo nace muchas veces precisamente ahí. El hombre se cuelga de estructuras religiosas, de normas, de instituciones, y cuando esas estructuras se hunden, cree que se ha hundido Dios. Pero no era Dios lo que sostenía su vida, sino un clavo falso.

Por eso el lugar donde más fácilmente nace el ateísmo es dentro de la propia religión. Muchos abandonan la fe diciendo que todo era mentira, pero en realidad nunca habían llegado hasta Dios; se habían quedado detenidos en las mediaciones.

Todas las religiones de la Tierra poseen tres elementos fundamentales: un código de conocimientos, una moral y una casta sacerdotal. Un sistema teológico, un conjunto de leyes y un grupo de especialistas religiosos. El cristianismo histórico también ha funcionado así.

Pero entonces aparece Jesucristo. Y Jesucristo no se coloca atravesado en el camino, sino que sale al encuentro del hombre. No se presenta como una mediación más, sino como Dios mismo acercándose al hombre.

Cristo respeta profundamente todo el esfuerzo humano. No viene a destruir, sino a dar plenitud. Comprende los errores, las búsquedas, incluso las guerras y las deformaciones religiosas. Acepta la debilidad humana, pero rechaza radicalmente tres cosas: los escribas, los fariseos y los sacerdotes cuando convierten la religión en meta.

“Ay de vosotros, escribas”. Los teólogos que creen poseer a Dios y enseñan sus propias ideas como si fueran definitivas.

“Ay de vosotros, fariseos”. Los que convierten el cumplimiento moral en el centro absoluto y se sienten superiores por observar normas.

“Ay de vosotros, sacerdotes”. Los que se apropian de la religión y la convierten en poder.

Cristo provoca continuamente estas situaciones. Cuando sus discípulos arrancan espigas en sábado, los fariseos se escandalizan. Y Cristo pregunta: “¿El sábado es para el hombre o el hombre para el sábado?”. La ley debe servir al camino del hombre hacia Dios, no convertirse en una cárcel.

Lo mismo sucede cuando cura en sábado. Si la ley religiosa impide aliviar el sufrimiento humano, entonces la ley ha dejado de conducir a Dios.

La religión auténtica nunca puede ser meta. Solo puede ser camino. Por eso los primeros cristianos no llamaban “religión” al cristianismo, sino “camino”.

El gran drama es que todas las religiones terminan tentadas de convertirse en absolutos. Y cuando eso sucede, generan ateísmo. Porque tarde o temprano el hombre descubre que aquello no podía sostenerlo.

El ateo suele ser alguien que colgó su vida de un falso absoluto y vio cómo se derrumbaba. En realidad, el ateo está demostrando indirectamente que solo Dios puede sostener verdaderamente al hombre.

La religión verdadera consiste en atravesar constantemente todas las mediaciones sin detenerse en ninguna. La misa, la moral, la teología, las instituciones, todo eso puede ayudar, pero ninguna de esas cosas es Dios.

Eva representa justamente el deseo humano de ser Dios. Y ese deseo es legítimo. El error no estuvo en querer llegar a Dios, sino en creer que podía alcanzarlo por un atajo inmediato, comiendo una manzana. No existen atajos. El camino hacia Dios dura toda la vida.

Cada vez que una religión promete salvación automática por cumplir ciertas prácticas, repite la tentación de la serpiente. El hombre debe atravesar todas esas realidades y seguir avanzando.

Los peligros de la fe no están fuera de la religión, sino dentro de ella. El verdadero riesgo es detenerse antes de llegar a Dios.

Maldito el hombre que cuelga su fe de otro hombre. La fe solo puede sostenerse en Dios. Todo lo demás termina cayendo.

La religión es camino, nunca meta.

La sacralidad del vivir humano

La palabra Dios ha sido la más manoseada de todas las palabras humanas y, además de manoseada, vituperada, conculcada y rebajada muchas veces. Sin embargo, nunca los hombres, a lo largo del tiempo y de la manipulación de la palabra, han logrado acabar con ella ni con su contenido. A partir de esta constatación, se hace necesario estudiar críticamente la religión. Y precisamente un curso de cristianismo exige antes que nada un concepto crítico de religión, porque el cristianismo quiere ser una inmersión absoluta en la religión y, al mismo tiempo, una depuración implacable de todo concepto religioso y de toda relación falsa con Dios.

Cuando el cristianismo pierde su capacidad crítica y deja de cuestionar sus propias formas religiosas, cae como religión y ya no tiene nada que ofrecer al mundo. Curiosamente, cuanto más se acepta cualquier forma religiosa sin discernimiento, más se empobrece el espíritu. Y cuanto más severamente se examina la religión, más se descubre que las verdaderas riquezas espirituales no proceden de las estructuras religiosas, sino de una presencia de Dios que está más allá de todas ellas.

Creer no significa poseer respuestas definitivas. Creer es soportar preguntas. La religión no resuelve problemas; los propone todos. Dios no es un seguro de vida ni una tranquilidad establecida. Dios es una sed inmensa, un temblor permanente, una inquietud que vuelve cada mañana con nuevas preguntas. Dios aparece como pájaros salvajes que cruzan el amanecer, nunca domesticados, nunca previsibles.

La palabra Dios está cargada de contradicciones. En su nombre se han hecho guerras y también actos de amor. Ha servido para justificar persecuciones y también para calmar desesperaciones humanas. Pero antes de cualquier afirmación sobre Dios hay que comprender una cosa esencial: todo lo que sabemos de Dios son manifestaciones de Dios, nunca Dios mismo.

Para los griegos, Dios estaba relacionado con la luz, con aquello que se ve de golpe. Para los hebreos, Dios era voz, algo que se escucha lentamente, sucesivamente. En ambos casos, el hombre no accede directamente a Dios, sino a emisiones de Dios, a señales, a huellas, a teofanías. Dios permanece siempre más allá de sus manifestaciones.

Nadie ha visto jamás a Dios. Lo que el hombre ve son reflejos, rayos, palabras, indicios. Cuando alguien cree haber capturado a Dios definitivamente y haber entendido exactamente cómo es, empieza la violencia religiosa. Entonces aparecen quienes afirman que Dios es de una manera

concreta y condenan cualquier otra percepción distinta. Ahí nacen las inquisiciones, las herejías y las guerras religiosas.

Por eso el hombre primitivo comprendió algo decisivo: existen realidades más allá de él mismo. El rayo, la tempestad, la peste, la inundación, todo aquello que no podía controlar, lo obligaba a reconocer que el mundo no terminaba en sus propias capacidades. El hombre descubrió que había preguntas cuyas respuestas no estaban dentro de él.

La religión nace exactamente ahí: en la conciencia de que existen realidades superiores al dominio humano y en la intuición de que esas realidades contienen respuestas. El hombre primitivo pudo haberse limitado a decir “no sé”. Pero no se detuvo ahí. Dijo: “No lo sé, pero existe una respuesta”. Ese salto es la religión.

La religión comienza cuando el hombre entiende que no es la medida absoluta de todas las cosas. Existen fenómenos que lo superan, preguntas que lo atraviesan y respuestas situadas más allá de él mismo. Lo sagrado aparece entonces como el territorio de las grandes preguntas y también de las grandes respuestas.

Una vez descubierto esto, el hombre quiso relacionarse con lo divino. Inventó el sacrificio, la oración y la magia. El sacrificio nace como intento de acercarse a los dioses, de agradecerles, de conseguir su favor. El agricultor neolítico ofrecía las primeras espigas de trigo esperando que la cosecha siguiente fuera todavía mejor.

La oración surgió como súplica dirigida a los dioses. Y junto a ella apareció la magia: la idea de que los dioses podían ser manipulados. Si el sacrificio funcionaba una vez, el hombre repetía el gesto esperando controlar los resultados futuros. Así nacía la tentación mágica.

La magia consiste en creer que Dios puede quedar sometido a la voluntad humana. Y eso es exactamente lo contrario de la religión. Religión significa que el hombre está en manos de Dios. Magia significa que Dios está en manos del hombre.

Cuando alguien piensa que por repetir ciertas prácticas Dios está obligado a actuar de una determinada manera, ha caído en la magia. La religión auténtica no intenta dominar a Dios. Acepta precisamente que Dios permanece libre y trascendente.

La oración puede ser religiosa o mágica. Es religiosa cuando el hombre se coloca dentro de la voluntad de Dios. Es mágica cuando pretende imponerle a Dios los propios deseos. El hombre pide muchas veces cosas malas creyendo que son buenas. Por eso Dios no concede todo lo que se le pide. No porque no escuche, sino porque escucha demasiado profundamente.

El hombre primitivo, aun equivocándose con la magia, acertó en algo fundamental: descubrió que existe relación entre lo humano y lo divino. Descubrió que el hombre puede dirigirse hacia Dios y que Dios puede irrumpir en la vida humana.

A partir de ahí nacen las primeras expresiones visibles de religiosidad: la danza, la fiesta, los ritos, el arte y el mito. La religión no puede verse directamente, porque es una relación interior. Pero deja huellas visibles en la cultura humana.

El arte es el esfuerzo por expresar aquello que las palabras no consiguen decir. El hombre siente más de lo que puede expresar. Por eso inventa la música, la pintura, la poesía. El arte nace cuando el lenguaje resulta insuficiente.

Toda auténtica experiencia artística es religiosa, porque intenta ir más allá de lo visible. La poesía, la música y la pintura son formas de atravesar la realidad cotidiana para alcanzar dimensiones más profundas del ser.

El mito cumple la misma función. El mito transforma hechos concretos en realidades trascendentes. No describe simplemente acontecimientos históricos; revela estructuras profundas de la existencia humana.

Por eso todas las religiones empiezan hablando del paraíso. El paraíso no es simplemente un lugar perdido en el tiempo; es la intuición de que el hombre necesita un mundo armonioso para existir plenamente. El paraíso expresa la nostalgia humana de plenitud.

El hombre necesita árboles, ríos, pájaros, amaneceres, estrellas. Necesita sentir que el mundo está vivo y recién creado. La infancia conserva precisamente esa capacidad de asombro original. El niño vive todavía en el paraíso porque todo le sorprende.

Cuando el hombre pierde la capacidad de asombro, empieza a morir espiritualmente. El hombre verdaderamente religioso es aquel que sigue sorprendiéndose ante la existencia.

La religión nace de esa inquietud fundamental. El hombre no acepta quedarse encerrado dentro de sus propios límites. Apenas aparece en el mundo, ya empieza a empujar contra el techo de la realidad buscando algo más allá.

Por eso incluso el ateísmo conserva una raíz religiosa. El ateo sigue negándose a aceptar límites definitivos. Sigue buscando romper fronteras. El impulso religioso permanece incluso dentro de la negación.

El hombre siempre ha querido atravesar el techo del mundo visible. Ha querido relacionarse con aquello que lo supera. Y esa tensión permanente hacia lo infinito constituye el núcleo más profundo de la religión.

La muerte misma fue interpretada por el hombre primitivo desde esta intuición religiosa. Los muertos eran enterrados en posición fetal, como esperando un nuevo nacimiento. Mucho antes de formular doctrinas sobre la resurrección, el hombre intuía ya que la muerte no podía ser el final absoluto.

Toda la historia religiosa de la humanidad nace de esta experiencia: el hombre descubre que hay algo más allá de sí mismo, siente que puede relacionarse con ello y se niega a aceptar que la realidad termine en lo visible.

La religión no es una estructura fija ni una colección de normas. Es la inquietud infinita del hombre buscando aquello que lo trasciende.

El mundo del más allá

El hombre descubrió muy pronto que existían dos territorios distintos. Uno era el territorio visible, manipulable y cotidiano: la tierra. El otro era un territorio misterioso, superior, inalcanzable y lleno de fuerzas que escapaban completamente a su control: el cielo. El hombre primitivo comprendió que vivía en un mundo que podía dominar parcialmente, pero que existían realidades más fuertes que él: la tormenta, el rayo, la peste, el huracán, el amor, la muerte y las fuerzas invisibles que atravesaban la existencia humana. Y lo verdaderamente decisivo es que, apenas tomó conciencia de ese otro territorio, no se resignó a permanecer encerrado en el suyo. No dijo simplemente: “Existe otro mundo, pero no me pertenece”. Inmediatamente empezó a preguntarse cómo alcanzarlo.

Ese impulso resulta sorprendente. El hombre tenía ya un territorio suficientemente amplio donde vivir. La tierra era enorme, hermosa y llena de posibilidades. Sin embargo, desde el principio de la historia humana, el hombre apuntó hacia arriba. Quiso atravesar los límites de su propia condición. Por eso aparecen en todas las culturas primitivas símbolos que representan el intento de ascender al cielo: montañas sagradas, árboles cósmicos, escaleras divinas, zigurats y torres. El hombre quería abrir un agujero en la frontera entre la tierra y el cielo. Quería atravesar el límite que separaba lo humano de lo divino.

Los zigurats babilónicos representan precisamente este deseo. Eran torres construidas en espiral que pretendían acercar al hombre hasta los dioses. La Torre de Babel expresa simbólicamente ese intento grandioso y desesperado de alcanzar el cielo. También aparecen árboles sagrados en muchas culturas: árboles gigantescos cuyos troncos unían el mundo humano con el mundo divino. Del mismo modo, las montañas eran consideradas lugares donde el hombre podía acercarse a los dioses porque parecían tocar el cielo.

Pero además de estas construcciones visibles, el hombre buscó otros caminos hacia lo divino. El éxtasis, la embriaguez ritual, las orgías sagradas, las experiencias místicas y los estados alterados de conciencia fueron interpretados como momentos en los que el hombre lograba escapar fugazmente de la tierra y entrar en contacto con el territorio de los dioses. También la muerte fue entendida como el gran paso hacia ese otro mundo.

La gran pregunta es por qué el hombre nunca se contentó con su propia tierra. ¿Por qué insistió siempre en alcanzar aquello que parecía prohibido? ¿Por qué no dejó el cielo para los dioses y

permaneció tranquilamente en su mundo? La respuesta es que el hombre, aunque no lo supiera claramente, intuía que aquel territorio superior era más suyo que la propia tierra donde habitaba. El hombre vive en la tierra, pero no termina de sentirse completamente en casa en ella. Hay dentro de él una nostalgia permanente de algo que todavía no posee.

Todas las religiones primitivas expresan esta intuición mediante el mito del paraíso perdido. El hombre habría sido expulsado de un lugar originario de plenitud y desde entonces viviría desterrado. La nostalgia del paraíso atraviesa toda la historia humana. El hombre siente que existe una plenitud que perdió o que todavía no ha alcanzado. Por eso ninguna meta terrenal consigue satisfacerlo definitivamente. El dinero, el placer, el poder o el éxito producen una satisfacción momentánea, pero inmediatamente dejan un vacío nuevo. Cuando el hombre alcanza algo, descubre enseguida que sigue faltando algo más.

Esa nostalgia no es nostalgia del pasado, sino del futuro. El paraíso no está simplemente detrás del hombre, sino delante de él. El hombre vive empujado hacia una plenitud futura que todavía no posee. Y precisamente por eso nunca se resigna completamente a lo que tiene. Todo lo humano aparece como insuficiente. El hombre desea siempre más.

El cristianismo interpreta esta situación diciendo que el hombre busca el cielo porque el cielo ya habita dentro de él. Dios no sería simplemente una realidad externa, situada lejos del hombre, sino aquello más profundo que sostiene interiormente al propio hombre. El hombre está hecho de una dimensión infinita. Lo infinito tira constantemente de él desde dentro. Por eso el hombre protesta contra todos los límites. Por eso nunca se conforma del todo. Por eso siempre intenta ir más allá.

De este modo, el cielo deja de ser únicamente un lugar físico o lejano. El cielo es aquello que hace posible la verdadera profundidad del hombre. El hombre vive exteriormente sobre la tierra, pero interiormente está orientado hacia el infinito. La auténtica patria del hombre no sería solamente la tierra visible, sino aquello invisible que sostiene su existencia.

A partir de aquí aparece otra idea fundamental: todo lo visible es una manifestación de lo invisible. Las cosas visibles muestran una realidad superficial, pero al mismo tiempo esconden algo más profundo que las sostiene. Una montaña no es solo una montaña. Una amistad no es solo una amistad. Un hombre no es únicamente lo que enseña exteriormente. Todo lo visible apunta más allá de sí mismo.

Las cosas visibles funcionan como signos que remiten continuamente a otra realidad más profunda. Cuando el hombre se queda únicamente en la superficie de las cosas, no comprende

realmente lo que ve. Solo comprende verdaderamente cuando atraviesa lo visible y descubre aquello invisible que lo sostiene.

Por eso se afirma que “lo visible es una visión de lo invisible”. Las cosas visibles no existen por sí mismas de manera aislada. Son expresión de algo más profundo. El mundo entero funciona como una invitación permanente a descubrir aquello que no se ve directamente.

El cristianismo llamó a esta dinámica “sacramento”. El sacramento no es únicamente un rito religioso concreto. Es una forma de entender toda la realidad. Todo enseña y esconde al mismo tiempo. Todo muestra una cara visible y, simultáneamente, apunta hacia una profundidad invisible.

El hombre mismo es un sacramento. Exteriormente enseña una vida concreta, un cuerpo, una historia y una personalidad visible. Pero aquello que verdaderamente lo sostiene no es visible. Lo más profundo del hombre permanece oculto. Y precisamente por eso el hombre invita constantemente a ser descubierto más allá de su superficie.

La amistad también funciona de esa manera. La amistad se da, pero nunca se agota completamente. Siempre deja abierta una profundidad mayor. Lo mismo sucede con el amor, el arte, la belleza y todas las experiencias humanas verdaderamente importantes. Se muestran y se esconden a la vez. Nunca se entregan del todo. Siempre apuntan más allá de sí mismas.

Todo el universo aparece entonces como un inmenso juego de revelación y ocultamiento. Las cosas se muestran parcialmente mientras esconden aquello que las hace posibles. La creación entera funciona como una gran teofanía: una manifestación de Dios.

Las religiones primitivas interpretaban las teofanías de forma puntual. El rayo, la peste o la inundación eran vistos como irrupciones excepcionales de lo divino dentro del mundo humano. Pero el cristianismo radicaliza completamente esta visión. Ya no existen únicamente momentos concretos donde Dios aparece. Toda la realidad está constantemente sostenida por Dios desde dentro.

Por eso desaparece la separación rígida entre lo sagrado y lo profano. Durante siglos, las religiones distinguieron claramente entre espacios sagrados y espacios ordinarios. Los templos, las montañas sagradas o ciertos objetos religiosos pertenecían al ámbito divino; el resto del mundo era considerado profano.

Sin embargo, si Dios sostiene interiormente toda la realidad, entonces toda la realidad posee una dimensión sagrada. El hombre es sagrado. La naturaleza es sagrada. La vida cotidiana es sagrada. Todo participa de una profundidad divina.

El cristianismo lleva esta idea todavía más lejos cuando afirma que en Cristo la humanidad y la divinidad ya no aparecen separadas. Cristo sería precisamente el lugar donde Dios y el hombre coinciden plenamente. Lo que hace plenamente humano al hombre es justamente la presencia de Dios en él.

Así, el hombre deja de ser únicamente un ser terrestre que aspira al cielo. El hombre aparece como un ser atravesado constantemente por el infinito. Vive en tensión entre lo visible y lo invisible, entre la tierra y el cielo, entre lo finito y lo eterno.

Toda la existencia humana se convierte entonces en una peregrinación continua. El hombre camina constantemente hacia aquello que lo supera. Nunca termina de llegar del todo. Vive apoyando los pies en la tierra, pero con la cabeza orientada hacia el cielo.

Esa tensión permanente es precisamente la grandeza del hombre. El hombre no es únicamente un ser limitado que desea el infinito desde fuera. Es un ser finito habitado por el infinito.

La idolatría

La gran tentación del hombre religioso no ha sido nunca dejar de creer, sino detenerse. La idolatría no consiste simplemente en adorar estatuas, becerros de oro o figuras paganas. La idolatría es algo mucho más profundo y peligroso: convertir en definitivo aquello que solo era provisional, instalarse en una etapa del camino y hacer de ella una meta absoluta. El hombre cae en idolatría cuando transforma en eterno algo que únicamente servía para avanzar.

La historia de Israel está llena de este drama. El Antiguo Testamento repite constantemente la misma acusación: “Habéis doblado la rodilla ante maderos y piedras”. Pero esos maderos y piedras no eran solamente objetos materiales. Representaban cualquier realidad convertida en absoluto. Israel no dejaba de buscar a Dios; el problema era que constantemente confundía a Dios con algo intermedio. Y exactamente el mismo peligro atraviesa toda la historia del cristianismo.

El hombre tiene necesidad de instalarse porque está cansado. El camino de la existencia es agotador. Vivir significa caminar continuamente hacia adelante sin poseer nunca del todo aquello que se busca. Por eso el hombre siente la tentación permanente de detenerse en cualquier refugio que le proporcione seguridad. Una doctrina, una institución, una práctica religiosa, un éxito humano, una idea política, un sistema económico o incluso una experiencia espiritual pueden convertirse fácilmente en una cabaña donde el hombre decide quedarse para siempre.

Sin embargo, el cristianismo destruye precisamente todas las cabañas. Cristo nunca ofreció una instalación definitiva dentro de la historia. Por donde pasaba abría camino, pero jamás levantaba una tienda permanente. Cuando Pedro, en el monte de la Transfiguración, quiso construir tres tabernáculos para quedarse allí definitivamente junto a Cristo, Moisés y Elías, estaba cayendo exactamente en esta tentación idolátrica. El deseo de fijar lo absoluto dentro de una situación concreta es siempre idolatría.

El Dios verdadero no se adora instalado, sino caminando. Abraham entendió esto desde el principio. Dios no le dijo: “Quédate donde estás”. Le dijo: “Sal de tu tierra”. El creyente auténtico vive siempre saliendo. Sale de una situación para entrar en otra. Sale de una comprensión limitada hacia otra mayor. Sale de una seguridad hacia una búsqueda más profunda. El hombre religioso auténtico jamás puede decir: “Ya he llegado”.

La idolatría comienza exactamente en el momento en que el hombre confunde el camino con la meta. Todo aquello que servía para avanzar queda convertido en absoluto. Entonces la religión deja de ser tránsito y se transforma en prisión.

Esto puede suceder con cualquier cosa. Puede suceder con el dinero, cuando el hombre cree que la seguridad económica resolverá definitivamente su existencia. Puede suceder con el amor humano, cuando una persona convierte una relación concreta en salvación absoluta. Puede suceder con una ideología política, con una estructura social o incluso con una experiencia intelectual. Pero el peligro más grave aparece dentro de la religión misma.

Las religiones de la tierra son especialmente vulnerables a la idolatría porque manejan precisamente las grandes preguntas humanas y ofrecen objetos de devoción, símbolos, doctrinas y prácticas que ayudan al hombre a orientarse. Todo eso es necesario, pero todo eso es también peligroso. Porque cualquier realidad religiosa puede convertirse fácilmente en una instalación definitiva.

El hombre puede convertir los sacramentos en rutina, la oración en costumbre vacía, los dogmas en fórmulas inmóviles y las instituciones religiosas en refugios donde esconderse del vértigo del camino. Y cuando eso sucede, incluso el cristianismo puede transformarse en idolatría.

Por eso el verdadero peligro no es el ateísmo exterior, sino la idolatría interior. El hombre puede seguir yendo a misa, rezando y practicando externamente la religión mientras interiormente ya se ha detenido. Puede creer que ya posee la verdad completa, que ya ha llegado, que ya no necesita avanzar más. Y en ese momento ha dejado de caminar hacia Dios para empezar a adorarse a sí mismo dentro de sus propias seguridades religiosas.

Cristo combate precisamente esa actitud. Todo el Evangelio es una destrucción continua de instalaciones religiosas. Cristo rompe constantemente los refugios donde los hombres intentaban quedarse definitivamente. Los fariseos habían convertido la ley en una cabaña. Los escribas habían convertido la teología en una instalación definitiva. Los sacerdotes habían convertido el templo en un absoluto. Y Cristo atraviesa todas esas estructuras para devolver al hombre al camino.

El cristianismo no es una religión de instalación, sino de tránsito. La Pascua misma significa paso. El centro del cristianismo no es una estabilidad inmóvil, sino un movimiento constante hacia adelante. El creyente auténtico vive atravesando continuamente todas las realidades sin quedarse encerrado en ninguna.

Incluso los dogmas, las formulaciones doctrinales y las expresiones históricas del cristianismo son puntos de orientación, no metas finales. Sirven para caminar, no para detenerse. Cuando el hombre se instala definitivamente en una formulación concreta y cree haber agotado el misterio de Dios, convierte aquello que era camino en ídolo.

La idolatría aparece siempre que el hombre absolutiza una situación transitoria. Todo lo creado está hecho para avanzar hacia algo mayor. La creación misma es dinámica. Nada permanece quieto. El universo entero está en movimiento. Las estrellas nacen y mueren, los bosques cambian, las civilizaciones aparecen y desaparecen. Todo existe en tránsito.

También el hombre está hecho para esa dinámica. El hombre envejece exteriormente mientras interiormente crece algo nuevo. La historia humana avanza hacia una plenitud que todavía no ha alcanzado. Por eso cualquier intento de detener el movimiento de la vida termina destruyendo la vida misma.

La creación sería idolátrica si se adorara a sí misma y decidiera quedarse inmóvil. Pero la creación continúa avanzando. Todo está abierto hacia una plenitud mayor. La conservación del mundo no es un estancamiento, sino un proceso de renovación continua orientado hacia la salvación.

La salvación no significa escapar del mundo ni destruir la creación. Significa que toda la realidad llegará a una novedad total donde nada quedará detenido ni envejecido definitivamente. El cristianismo no espera un vacío final, sino una tierra nueva y un cielo nuevo. Todo aquello que hoy envejece será renovado constantemente.

Por eso el miedo obsesivo al futuro contradice radicalmente el núcleo del cristianismo. El futuro no es amenaza, sino promesa. El creyente no vive mirando hacia atrás con nostalgia, sino avanzando hacia adelante con esperanza.

Cualquier llamada a regresar definitivamente al pasado es idolatría. El que ara la tierra y mira constantemente hacia atrás no puede avanzar. El cristiano no puede vivir refugiado en formas antiguas como si fueran definitivas. Todo en la historia humana es tránsito.

El hombre instalado cree haber encontrado por fin seguridad. Pero precisamente ahí comienza a morir espiritualmente. La instalación mata el movimiento interior del hombre. Y el hombre solo permanece verdaderamente vivo mientras sigue caminando.

La idolatría consiste, en el fondo, en dejar de peregrinar.

La idolatría en la religión

El hombre tiene necesidad de absolutos. No puede vivir sin orientación, sin sentido y sin una dirección hacia la cual caminar. El problema comienza cuando, agotado de buscar, decide detenerse en cualquier lugar del camino y convertir ese lugar en el final definitivo. Entonces deja de caminar y empieza a adorar. Toda idolatría nace exactamente ahí: en el momento en que el hombre transforma el camino en destino.

Por eso el Antiguo Testamento considera la idolatría el pecado fundamental, más grave incluso que la injusticia, la violencia o la corrupción moral. Porque todos esos pecados nacen después de haber absolutizado algo. Primero aparece el ídolo; después llegan todas las demás deformaciones humanas. El hombre no roba únicamente por dinero. Roba porque ha convertido el dinero en salvación. No destruye por poder. Destruye porque ha hecho del poder un absoluto. No se instala en la soberbia simplemente por orgullo psicológico, sino porque ha convertido su propia imagen en un dios. La idolatría no es un exceso de religión superficial. Es una enfermedad profunda del espíritu humano. Y precisamente por eso puede aparecer incluso en las formas aparentemente más elevadas de espiritualidad.

Cristo comprendió esto mejor que nadie. Y por eso resulta tan incómodo leer el Evangelio con sinceridad. Porque Cristo jamás se mostró especialmente agresivo con prostitutas, pecadores públicos o marginados. Sin embargo, fue durísimo con los expertos religiosos, los defensores de la ley y las estructuras religiosas instaladas. Eso desconcierta profundamente al hombre religioso. ¿Por qué Cristo perdona constantemente al pecador y ataca continuamente al religioso instalado? Porque el pecador todavía puede moverse. El pecador sabe que está roto. El pecador todavía busca. El religioso instalado, en cambio, cree haber llegado ya. Y en el instante en que alguien cree haber llegado definitivamente a Dios, deja de buscar a Dios y empieza a adorar su propia seguridad religiosa. Ahí nace la idolatría religiosa.

El hombre religioso corre un peligro terrible: confundir a Dios con las formas mediante las cuales intenta acercarse a Dios. Puede convertir la teología en un ídolo, creyendo que conocer conceptos sobre Dios equivale a poseer a Dios. Puede convertir la moral en un ídolo, creyendo que la perfección exterior garantiza automáticamente la verdad interior. Puede convertir la institución religiosa en un ídolo, creyendo que pertenecer externamente a una estructura equivale a vivir verdaderamente la fe. Por eso Cristo destruye continuamente instalaciones religiosas. Los fariseos habían convertido la ley en una meta definitiva. Los escribas habían

hecho de la interpretación teológica un absoluto. El templo se había convertido en una estructura casi intocable. Y Cristo atraviesa todo eso como una tormenta. Cura en sábado, rompe esquemas rituales, se acerca a impuros, relativiza estructuras y pone constantemente al hombre por encima del sistema religioso. No porque desprecie la religión, sino porque sabe que la religión puede convertirse en una cárcel espiritual.

La religión auténtica no es instalación. Es tránsito. Abraham es llamado precisamente cuando abandona su tierra. Moisés guía a un pueblo entero por el desierto. La Pascua significa paso. El cristianismo nace caminando. Los primeros cristianos no se definían como miembros de una religión organizada, sino como “los del Camino”. Eso es decisivo. La fe auténtica jamás permite al hombre quedarse quieto. El verdadero creyente nunca puede decir: “Ya comprendo completamente a Dios”. Nunca puede decir: “Ya soy plenamente santo”. Nunca puede decir: “Ya he llegado”. Porque Dios siempre está más allá de cualquier formulación que el hombre haga sobre Él. En cuanto una idea religiosa se convierte en algo cerrado y definitivo, deja de conducir hacia Dios y empieza a sustituirlo.

Por eso la idolatría religiosa es más peligrosa que el ateísmo superficial. El ateo puede seguir buscando sin saberlo. El religioso instalado deja de buscar porque cree haber encontrado definitivamente la totalidad del misterio. Y sin embargo Dios nunca cabe dentro de ninguna estructura humana. Ni dentro de una doctrina cerrada, ni dentro de una práctica repetida mecánicamente, ni dentro de una tradición convertida en museo, ni siquiera dentro de una experiencia espiritual concreta. Dios siempre desborda. Por eso el cristianismo auténtico es profundamente incómodo. Porque obliga al hombre a morir continuamente a sus seguridades anteriores. El creyente auténtico vive despidiéndose constantemente de versiones antiguas de sí mismo. Cada vez que cree haber comprendido algo definitivamente, descubre una profundidad nueva. Cada vez que cree haber alcanzado una meta espiritual, aparece otra dimensión más grande.

La fe verdadera no tranquiliza definitivamente. Expande. El problema es que el hombre se cansa de caminar. Caminar espiritualmente exige una tensión interior enorme. Exige aceptar que todavía no se posee completamente aquello que se ama. Y entonces aparece la tentación más humana de todas: instalarse. Instalarse en una idea, en una tradición, en una práctica, en una identidad, incluso en una imagen concreta de Dios. Pero el Dios vivo destruye constantemente todas las instalaciones humanas. Por eso la Biblia está llena de movimientos, éxodos, salidas, rupturas y desplazamientos. El pueblo elegido nunca puede quedarse quieto demasiado tiempo. En cuanto se instala, empieza a corromperse espiritualmente. La idolatría aparece exactamente cuando el hombre sustituye el misterio por la costumbre.

Y esto no sucede solo en la religión institucional. También sucede en el amor, en la política, en la cultura y en la vida cotidiana. Un hombre puede convertir el éxito profesional en un ídolo. Otro puede convertir una ideología política en salvación absoluta. Otro puede convertir una relación amorosa en sustituto de Dios. Otro puede convertir su propia imagen moral en objeto de adoración. Todo aquello que el hombre absolutiza termina esclavizándolo. Porque ninguna realidad finita puede soportar el peso de convertirse en infinita. El dinero no puede salvar. El poder no puede llenar completamente. El prestigio no puede dar sentido definitivo. La perfección moral tampoco. Solo aquello que permanece siempre abierto hacia algo mayor evita convertirse en ídolo.

Por eso el cristianismo auténtico no consiste en poseer la verdad como quien guarda un objeto. Consiste en caminar hacia ella continuamente. La verdad cristiana no es una estatua inmóvil. Es una presencia viva que siempre obliga al hombre a avanzar. El creyente auténtico vive en una especie de tensión permanente entre el “ya” y el “todavía no”. Ya ha encontrado algo verdadero, pero todavía no plenamente. Ya conoce a Dios, pero todavía no completamente. Ya ama, pero todavía no con toda la profundidad posible. Ya vive la eternidad, pero todavía no en plenitud. Ese movimiento interior es exactamente lo contrario de la idolatría. Porque el ídolo se instala. El creyente camina. El ídolo necesita cerrar. El creyente permanece abierto. El ídolo convierte una figura en definitiva. El creyente sabe que toda figura es provisional frente al misterio infinito.

Por eso la gran tragedia espiritual del hombre no es equivocarse. La gran tragedia es detenerse. El cristianismo no vino a fabricar hombres perfectamente instalados dentro de un sistema religioso impecable. Vino a crear hombres nuevos capaces de caminar continuamente hacia una plenitud que nunca termina. Y precisamente por eso la idolatría no consiste simplemente en adorar falsos dioses. Consiste en dejar de avanzar hacia el Dios verdadero.

Religión producto humano

El hombre vive instalado en una contradicción permanente. Por un lado desea descansar, fijar una meta definitiva, detener el vértigo de la búsqueda y alcanzar por fin una seguridad absoluta. Pero por otro lado, todo aquello que logra termina resultándole insuficiente. Apenas alcanza una meta, descubre otra más allá. Apenas conquista una certeza, aparece una duda nueva. Apenas logra estabilidad, nace dentro de él una nueva inquietud. Toda la historia humana puede resumirse así: el hombre nunca deja de buscar porque aquello que busca no pertenece completamente a este mundo. Y sin embargo, mientras busca, siente continuamente la tentación de detenerse en cualquier cosa que le produzca la ilusión de haber llegado.

Por eso la humanidad está llena de idolatrías. El hombre convierte constantemente cosas provisionales en absolutos definitivos. Hace de una nación un dios, de una ideología un dios, de una estructura religiosa un dios, de una experiencia emocional un dios o incluso de una formulación teológica un dios. La idolatría no consiste únicamente en arrodillarse ante imágenes visibles; consiste sobre todo en detener el movimiento de la búsqueda y decir: “Ya está, esto es definitivo”. En ese instante nace el ídolo. El hombre necesita absolutizar algo porque le asusta vivir en tensión permanente hacia lo infinito. El infinito produce vértigo. El hombre preferiría muchas veces una seguridad pequeña pero estable antes que una verdad inmensa que lo obligue a seguir caminando sin descanso.

Sin embargo, todo aquello que el hombre absolutiza termina traicionándolo. Los grandes imperios desaparecen, las ideologías se desgastan, las estructuras envejecen, las fórmulas religiosas pierden vida y las seguridades humanas se derrumban constantemente. Y entonces el hombre vuelve otra vez a quedar desnudo frente a sí mismo. Ahí aparece el verdadero problema: el hombre intenta muchas veces tapar su vacío interior mediante acumulación de prácticas, doctrinas, títulos, prestigios o seguridades externas. Pero ninguna de esas cosas consigue llenar el núcleo profundo de la existencia humana. Solo logran distraer temporalmente al hombre de su propia hambre interior.

Por eso Cristo resulta tan incómodo. Porque Cristo desmonta continuamente todas las falsas seguridades religiosas. Cristo no vino a crear una religión de hombres instalados, sino una comunidad de hombres en camino. Y precisamente por eso destruye constantemente la tentación religiosa de convertir medios en fines. El sábado era un medio y los fariseos lo habían convertido en absoluto. El templo era un medio y los sacerdotes lo habían absolutizado. La ley

era un camino y los escribas la habían convertido en meta definitiva. Cristo atraviesa todas esas estructuras y devuelve al hombre a la intemperie de la búsqueda.

Eso explica la dureza de Cristo con los especialistas religiosos. Cristo no se enfurece especialmente contra los pecadores públicos porque el pecador todavía sabe que está incompleto. Todavía busca. Todavía puede moverse. El gran peligro aparece cuando el hombre religioso cree haber llegado ya. Entonces deja de buscar a Dios y empieza a defender sus propias seguridades religiosas como si fueran Dios mismo. Ahí nace la peor idolatría: la idolatría religiosa.

El hombre religioso corre constantemente el riesgo de sustituir a Dios por las cosas de Dios. Puede sustituir a Dios por una doctrina. Puede sustituirlo por una moral externa. Puede sustituirlo por una práctica litúrgica. Puede sustituirlo por una emoción espiritual. Puede incluso sustituirlo por una imagen concreta de Cristo fabricada según sus propias necesidades psicológicas. Y cuanto más vacío está interiormente, más necesidad tiene de envolverse en seguridades exteriores. Por eso muchas veces las religiones acumulan prácticas, normas y estructuras precisamente cuando el núcleo interior de la fe se debilita.

Cristo, en cambio, desnuda continuamente al hombre. Le quita apoyos externos para obligarlo a enfrentarse consigo mismo. Porque lo importante no son los vestidos religiosos, sino el hombre que existe debajo de ellos. Lo decisivo no es cuántas prácticas realiza alguien, sino quién es realmente cuando desaparecen todas las prácticas. Un hombre puede estar rodeado de símbolos religiosos y continuar vacío interiormente. Y otro puede parecer exteriormente pobre en prácticas mientras arde interiormente de búsqueda, de verdad y de deseo de Dios.

Por eso la fe cristiana no consiste simplemente en creer ciertas ideas acerca de Dios. La fe cristiana es una relación viva. No es principalmente aceptación intelectual de doctrinas, sino vibración profunda del ser humano hacia Dios. El cristiano no cree simplemente que Dios existe; vive afectado por Dios. Lo busca porque ya lo lleva dentro. Y aquí aparece una de las grandes paradojas del cristianismo: el hombre busca a Dios precisamente porque Dios ya habita en él.

San Agustín comprendió esto de manera genial. El hombre busca a Dios porque ha sido herido por Dios desde dentro. La inquietud humana no es un defecto accidental, sino la huella de Dios dentro del hombre. Dios no aparece únicamente al final del camino; es también la fuerza que impulsa el camino desde el principio. El hombre busca porque ya ha sido tocado. Tiene sed porque ya conoce oscuramente aquello que desea. Si no llevara dentro esa nostalgia de infinito, jamás podría buscar verdaderamente a Dios.

Por eso cuanto más busca el hombre a Dios, más cerca está ya de Él. La búsqueda misma es signo de presencia. El problema no es sentir hambre de Dios; el problema es perderla. El hombre completamente satisfecho de sí mismo es espiritualmente peligroso. El hombre que ya no busca nada probablemente ha empezado a morir interiormente. En cambio, el hombre inquieto, el hombre que todavía siente nostalgia, deseo, hambre de verdad y necesidad de infinito, está vivo espiritualmente aunque atraviere dudas, oscuridades o crisis.

La fe auténtica nunca es una instalación definitiva. Es siempre movimiento. El creyente verdadero vive en estado de éxodo permanente. Sale continuamente de comprensiones antiguas hacia profundidades nuevas. Sale de imágenes infantiles de Dios hacia experiencias más maduras. Sale de seguridades rígidas hacia una relación cada vez más libre y más profunda con el misterio.

Por eso Dios no puede convertirse nunca en objeto completamente poseído. En cuanto el hombre cree haber encerrado definitivamente a Dios dentro de una definición, una institución o una experiencia concreta, ha fabricado un ídolo. Dios siempre está más allá. Lo que el hombre comprende de Dios puede ser verdadero, pero nunca agotador. Toda formulación sobre Dios es provisional frente al misterio infinito.

Y precisamente ahí aparece la grandeza de la existencia humana. El hombre es un ser arrojado hacia lo infinito. Vive permanentemente tensionado entre lo que ya ha alcanzado y aquello que todavía le falta. Y esa tensión no es una desgracia accidental; es la estructura misma de su ser. El hombre no ha sido creado para instalarse definitivamente dentro de ninguna realidad limitada. Ha sido creado para caminar.

Por eso el cristianismo no promete una tranquilidad superficial, sino una transformación continua. La vida espiritual no consiste en dejar de moverse, sino en aprender a caminar cada vez más profundamente hacia Dios. Y cuanto más avanza el hombre, más comprende que Dios no era simplemente una meta exterior situada al final del camino, sino aquello más íntimo que sostenía su búsqueda desde el principio.

Segunda parte

Cristo la encarnación de Dios

Jesús y su Ser

La pregunta con la que comienza el curso es: ¿qué significa la encarnación de Dios? Parece una cuestión sencilla para cualquiera que haya oído hablar del cristianismo, pero precisamente quienes creen saber perfectamente qué es la encarnación son quienes todavía no han comprendido del todo su significado. Del mismo modo que los hombres que creen estar ya plenamente realizados son precisamente los que aún no han comenzado verdaderamente a ser hombres. El hombre auténtico es siempre el que intenta llegar a serlo. Todo lo humano está en movimiento, en tensión, en camino.

No existe religión en la tierra que no haya conocido de alguna manera el fenómeno de la encarnación. Todas las religiones antiguas y modernas poseen esquemas de dioses que bajan a la tierra, dioses que fecundan mujeres humanas, diosas que se unen con hombres mortales, seres divinos que aparecen entre los hombres como semidioses o salvadores. Las mitologías griegas están llenas de estos relatos. Los esquemas de encarnación existen desde hace miles de años. Por eso surge inmediatamente una sospecha: ¿y si el cristianismo no fuese más que una nueva formulación de estos antiguos esquemas religiosos? ¿Y si los evangelios no fueran más que una reinterpretación tardía de ideas antiquísimas que el hombre ya conocía desde hacía siglos?

Pero la cuestión decisiva no es esa. La verdadera pregunta es otra: si el cristianismo rechazara completamente todo lo anterior, ¿sería realmente verdadero? Porque Cristo no vino a destruir todo lo antiguo, sino a llevarlo hasta su plenitud. Lo nuevo no consiste en negar radicalmente lo anterior, sino en conducirlo a su sentido definitivo. La novedad absoluta que rompe con todo puede ser espectacular, pero quizá no sea verdadera. Lo verdaderamente grande es aquello que recoge todo el esfuerzo humano y pronuncia sobre él la última palabra.

El año anterior se había estudiado al hombre como un ser en camino. El hombre, desde sus orígenes, comenzó a caminar hacia algo que no conocía del todo. Nunca avanzó en línea recta. Su historia estuvo llena de retrocesos aparentes, de crisis, de desvíos y contradicciones. Pero incluso esos retrocesos formaban parte del avance. Igual que un camino de montaña obliga a veces a alejarse aparentemente de la meta para poder alcanzarla después, también la humanidad tuvo que atravesar épocas oscuras para continuar creciendo. Nada humano puede entenderse desde una geometría simple y recta. La línea recta pertenece al tiempo abstracto; el hombre real avanza de otra manera.

Desde el principio, el hombre se caracterizó por un esfuerzo casi inexplicable por sobrepasarse a sí mismo. Vive en la tierra, pero se pregunta qué hay más allá. Mira hacia arriba. Intuye algo sobrehumano. Así nacen los dioses, las religiones, las preguntas sobre la inmortalidad y el deseo de atravesar el límite de lo visible. Todo esfuerzo humano, incluso el más cotidiano, puede interpretarse como un intento de vencer la muerte, de atravesar el toldo de lo conocido y asomarse a otra realidad. El hombre siembra, lucha, ama, construye, crea y piensa porque desea algo más que sobrevivir. Desea permanecer.

El hombre crece precisamente porque mira hacia arriba. Cada vez que intenta trascenderse, aumenta su propia humanidad. El crecimiento vertical se convierte en crecimiento interior. El hombre que no se interroga por lo que está más allá termina empequeñeciéndose. Por eso la historia humana es también una historia de crecimiento. El hombre paleolítico es menos hombre que el medieval, y este menos que el hombre futuro. A pesar de todas las barbaridades de la historia, la humanidad avanza porque nunca deja de caminar.

Lo más característico del hombre es precisamente su descontento con lo que ya es. El hombre auténtico nunca está satisfecho consigo mismo. Siempre siente que debe dejar atrás lo que fue para convertirse en algo nuevo. Ser hombre significa despedirse continuamente de uno mismo. El hombre avanza porque abandona aquello que ya no le basta. Por eso el pasado nunca puede convertirse en morada definitiva. Quedarse detenido equivale a dejar de vivir. El ser humano es el único ser que se avergüenza de lo que fue ayer y precisamente por eso puede crecer mañana.

Así aparece la pregunta decisiva: si el hombre lleva millones de años caminando, preguntándose, buscando y mirando hacia arriba, ¿ha recibido alguna respuesta? ¿Los dioses han salido alguna vez al encuentro del hombre para decirle que su búsqueda tiene sentido? Aquí aparece el núcleo del cristianismo: la afirmación de que Dios ha hablado. La encarnación no significa simplemente que un dios haya descendido a la tierra como en tantos relatos mitológicos. Significa que el fundamento mismo de la realidad ha respondido al esfuerzo humano.

Pero inmediatamente surge una dificultad enorme. ¿Cómo habla Dios? Dios no tiene boca, ni cuerdas vocales, ni ojos, ni cuerpo. No puede hablar como hablan los hombres. Entonces, ¿qué significa afirmar que Dios habla? Si alguien escuchara verdaderamente a Dios con los oídos físicos, quedaría destruido. Si alguien viera verdaderamente a Dios con los ojos físicos, no podría seguir viviendo. La experiencia de Dios no entra desde fuera. No funciona como un sonido que atraviesa el aire ni como una imagen que golpea la retina. Todo ocurre de otra manera.

Dios habla en el interior mismo del hombre. Habla allí donde el hombre está vivo, inquieto, en movimiento. Dios no se dirige al hombre satisfecho, detenido o instalado. Habla únicamente al hombre que camina. Y caminar no significa desplazarse físicamente, sino estar en tensión hacia algo que todavía no se posee. El hombre es caminante porque nunca coincide del todo consigo mismo. Siempre está yendo hacia lo que todavía no es. En ese punto exacto de descontento y esperanza, de insatisfacción y deseo, aparece Dios.

Por eso toda la historia humana puede entenderse como una historia de la presencia de Dios. Allí donde hubo hombres inquietos, hombres que buscaron más verdad, más vida, más plenitud, allí estaba ya Dios hablando. Dios no aparece de repente desde fuera de la historia; viene resonando dentro de ella desde el principio. Cada paso auténticamente humano contiene ya algo divino. El caminar del hombre es, de alguna manera, el modo en que Dios va pronunciándose dentro del mundo.

La encarnación, entonces, no consiste simplemente en que Dios “baja” a la tierra. Consiste en que toda la búsqueda humana alcanza un punto culminante en el que Dios se manifiesta plenamente en una vida humana concreta. Cuando el cristianismo afirma que Dios habló definitivamente, no significa que pronunciara una teoría abstracta o un conjunto de doctrinas caídas del cielo. Significa que Dios dijo al hombre mediante una vida humana. La palabra definitiva de Dios fue un hombre.

Por eso el cristianismo no puede entenderse desde fuera de la experiencia humana. Dios no destruye lo humano, lo lleva hasta su plenitud. Allí donde el hombre vive de verdad, donde ama, busca, se arriesga, se transforma y avanza, allí aparece ya el resplandor de Dios. La gloria de Dios es el hombre vivo. No el hombre quieto, instalado o petrificado, sino el hombre que sigue caminando incluso en medio de la noche.

Las fórmulas

El primer Concilio Ecuménico, reunido por Constantino junto al Papa Silvestre en Nicea, en el año 325, tuvo como objetivo resolver una cuestión decisiva: si Cristo es verdaderamente Dios. Desde la subida de Cristo al cielo, las primeras generaciones cristianas habían vivido el misterio antes de pensarlo. Los apóstoles no se preguntaron cómo podía ser Cristo Dios y hombre a la vez. Lo experimentaron. Pero cuando llegaron generaciones posteriores, alejadas ya de aquella experiencia directa, comenzó la especulación teológica. Los cristianos del siglo II y III empezaron a introducir toda la potencia de la inteligencia griega en esta cuestión. Y aquella inteligencia, moldeada por Platón y Aristóteles, era probablemente la maquinaria racional más poderosa que había existido jamás.

La gran dificultad era evidente: ¿cómo puede una misma realidad ser a la vez infinita y finita, inmortal y mortal, perfecta y limitada? Los primeros teólogos griegos consideraban imposible unir plenamente dos naturalezas completas y perfectas. Según el pensamiento platónico, dos realidades totalmente acabadas no pueden fundirse en una sola. Para que exista unión verdadera, al menos una de las dos debe estar abierta, incompleta, necesitada de la otra.

Apolinar intentó resolver el problema afirmando que Cristo era un hombre incompleto. Según él, María aportó únicamente el cuerpo humano y, en lugar de un alma humana, fue la propia divinidad la que ocupó ese lugar. Cristo tendría cuerpo humano, pero no alma humana; la divinidad haría en Él la función que en nosotros realiza el alma. La solución parecía elegante porque explicaba la unidad de Cristo, pero destruía la humanidad completa de Jesús. Si Cristo no posee alma humana, entonces no es verdaderamente hombre y no puede ser hermano nuestro.

Frente a esta posición comenzaron las grandes discusiones cristológicas. Algunos afirmaban tanto la divinidad de Cristo que anulaban prácticamente su humanidad. Otros afirmaban tanto su humanidad que reducían la divinidad a una especie de adopción posterior. El adopcionismo sostenía que Cristo era un hombre perfecto que, en el momento del bautismo en el Jordán, fue adoptado por Dios como Hijo. La divinidad no sería constitutiva de su ser desde el principio, sino una elección posterior de Dios sobre un hombre excepcional.

El problema fundamental de toda la teología cristológica consistía en evitar ambos extremos. Cuanto más se afirmaba a Dios, más se corría el riesgo de destruir al hombre. Cuanto más se afirmaba al hombre, más se corría el riesgo de disminuir a Dios. La historia de la teología avanzó

precisamente como una larga oscilación entre estos dos polos. Afirmar y corregir. Elevar una dimensión y recuperar después la otra. Como una onda que va estrechándose cada vez más hacia una síntesis más perfecta.

El Concilio de Nicea formuló entonces la primera gran afirmación definitiva: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Verdadero Dios sin disminución de Dios, y verdadero hombre sin disminución del hombre. Además, definió que Cristo es “homooousios” con el Padre, es decir, consustancial al Padre. La misma realidad divina que constituye al Padre constituye también al Hijo. Pero Nicea no explicó todavía cómo se unen en Cristo la divinidad y la humanidad. Solamente afirmó que ambas realidades deben mantenerse intactas.

Las discusiones continuaron y aparecieron dos grandes escuelas teológicas: Alejandría y Antioquía. Los alejandrinos tenían una mentalidad sintética y unitaria. Veían el conjunto antes que las partes. Los antioquenos, en cambio, eran analíticos y tendían a distinguir cuidadosamente cada elemento. Esta diferencia de sensibilidad acabó trasladándose directamente a la comprensión de Cristo.

Nestorio, patriarca de Constantinopla y representante de la escuela antioquena, insistía en separar claramente la humanidad y la divinidad de Cristo. Por eso afirmaba que María no podía ser llamada Madre de Dios. María habría dado a luz únicamente al hombre Jesús, no a la divinidad eterna. Dios existía antes de María y, por tanto, no podía haber nacido de ella. Según Nestorio, llamar a María “Madre de Dios” era teológicamente incorrecto.

San Cirilo de Alejandría reaccionó inmediatamente. Para él, Cristo no era una simple yuxtaposición de dos realidades separadas, sino una única realidad viviente. El Concilio de Éfeso, en el año 431, condenó la posición nestoriana y proclamó solemnemente que María es verdaderamente “Theotokos”, Madre de Dios. No porque hubiese originado la divinidad eterna, sino porque aquel que nació de ella era una única persona divina y humana inseparable.

Éfeso afirmó que Cristo es una sola realidad subsistente. Una sola persona. Una única existencia concreta donde humanidad y divinidad están totalmente unidas. Pero entonces surgió el peligro contrario: afirmar tanto la unidad que las dos naturalezas terminaran confundándose.

Por eso el Concilio de Calcedonia, en el año 451, dio el paso definitivo. Cristo es una sola persona en dos naturalezas perfectas: naturaleza divina y naturaleza humana. Perfecto Dios y perfecto hombre. Sin mezcla, sin confusión, sin división y sin separación. La humanidad no queda absorbida por la divinidad ni la divinidad disminuida por la humanidad.

Y aquí aparece la consecuencia más extraordinaria de toda la cristología. Cristo es plenamente hombre precisamente porque es plenamente Dios. Y es plenamente Dios precisamente porque es plenamente hombre. La humanidad verdadera no consiste en quedarse encerrado en los límites de lo puramente humano. El hombre alcanza su plenitud solamente cuando se abre al infinito.

Lo que hace que el hombre sea verdaderamente hombre es Dios mismo. La dimensión más profunda del ser humano no termina en sí mismo. El hombre es un ser abierto hacia el infinito. Todo hombre lleva dentro una sed de absoluto. Por eso cualquier definición puramente limitada del hombre resulta insuficiente. El hombre nunca queda agotado en lo que ya es. Siempre es más grande que sus propios límites.

Calcedonia permite afirmar entonces algo inmenso: lo más interior del hombre es Dios. Si pudiera arrancarse totalmente a Dios del interior humano, no quedaría un hombre vacío de Dios; quedaría un hombre vacío de sí mismo. Porque aquello que constituye verdaderamente al hombre es precisamente esa apertura infinita hacia Dios.

Por eso Cristo no es solamente un personaje religioso excepcional. En Él se revela lo que significa ser hombre en plenitud. Cristo manifiesta que el destino del hombre es participar de la misma vida divina. La humanidad no está llamada simplemente a sobrevivir, sino a alcanzar el infinito.

Todo esto transforma radicalmente la comprensión del ser humano. El pecado no pertenece esencialmente a la naturaleza humana. Calcedonia afirma que Cristo es igual a nosotros en todo excepto en el pecado. Eso significa que el pecado no define al hombre. El hombre auténtico es precisamente el hombre liberado del pecado. Cuanto más pecado hay, menos humanidad verdadera existe. El pecado es una deformación accidental, no la esencia de nuestra naturaleza.

Por eso la grandeza humana consiste en caminar continuamente hacia aquello que todavía no se posee plenamente. El hombre nunca queda terminado. Siempre está haciéndose. Y ese movimiento interior hacia una plenitud infinita es ya la presencia misma de Dios dentro de él.

Cuando Dios quiso hablar definitivamente al hombre, no pronunció una teoría abstracta. No entregó solamente unas ideas o unas leyes. Dios habló mediante una vida humana. La palabra definitiva de Dios fue Jesucristo. La vida humana se convirtió así en el lugar mismo de la revelación divina.

La gloria de Dios es el hombre vivo. El hombre que busca, ama, lucha, crece y no deja de caminar hacia una plenitud mayor. Allí donde el hombre vive verdaderamente, allí resplandece Dios. Por eso todo lo que se haga contra el hombre se hace contra Dios mismo. Y toda liberación auténtica del hombre es ya una manifestación de Dios en la historia.

El hombre es un ser finito habitado por una sed infinita. Todo lo que el hombre desea profundamente apunta hacia algo que todavía no posee del todo. Y precisamente ese deseo, esa nostalgia, esa insatisfacción creadora, es la señal de que Dios ya habita en él. El hombre desea el infinito porque lleva el infinito dentro.

La teofanía final

Cuando se trata de Cristo, del cual habría que decir infinitas cosas, aparecen inmediatamente varios peligros. El primero sería creer que estamos hablando de algo ajeno a nosotros, como quien estudia insectos en entomología. Los insectos están ahí y uno aquí. Pero cuando hablamos de Cristo no estamos hablando de algo separado del hombre, sino precisamente del hombre mismo. Preguntarse quién es el hombre conduce necesariamente a Cristo. Preguntarse para qué estamos en la vida conduce igualmente a Cristo. El problema es que estamos acostumbrados a pensar que las verdades se transmiten mediante palabras, mediante explicaciones o definiciones, y sin embargo, cuando Dios quiso decirle al hombre quién era el hombre, no pronunció simplemente una frase, sino que puso delante de la humanidad una vida entera. La Palabra de Dios se hizo carne. Aquello que no puede expresarse en conceptos se expresa viviendo. Cristo es hombre y Dios, y precisamente por ser hombre se convierte para nosotros en la explicación viva del hombre. Lo que el hombre es no puede decirse únicamente con palabras; se dice siendo hombre. Por eso el hombre que no es verdaderamente hombre no puede explicar al otro qué es el hombre. Y por eso Poncio Pilato, sin saberlo, dijo una de las frases más profundas de la historia cuando mostró a Cristo malherido y pronunció aquellas palabras: “Ecce homo”. “Este es el hombre”. El Imperio Romano entero habló por su boca sin comprender lo que decía.

Todo esto importa porque cuando hablamos del hombre estamos hablando también de nosotros mismos. El hombre que ignora quién es el hombre se condena a no llegar nunca a serlo. Uno puede ignorar muchas cosas secundarias sin grandes consecuencias, pero ignorarse a sí mismo significa arruinar la propia existencia. Si no sé quién estoy llamado a ser, ¿cómo voy a llegar a convertirme en ello? Y justamente por ignorar quién es el hombre vivimos situaciones absurdas y monstruosas: guerras interminables, destrucción, poder convertido en amenaza permanente, hombres glorificándose todavía de su capacidad para aniquilar a otros hombres. Después de siglos de historia seguimos celebrando el poder destructor porque no sabemos todavía qué significa ser hombre. Todo el problema arranca de ahí.

Cuando la Iglesia afirma que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, como hizo Nicea en el año 325, no está pronunciando una fórmula abstracta, sino estableciendo una afirmación decisiva sobre el hombre y sobre Dios. En Cristo no puede disminuirse ni la humanidad ni la divinidad. Todo lo humano está presente y todo lo divino también. El dogma no es un punto de llegada, sino un punto de partida. Nicea no resolvió el misterio; simplemente marcó el límite a

partir del cual había que comenzar a pensar. Y entonces surgió inmediatamente la pregunta inevitable: ¿cómo puede suceder algo así?

A lo largo de la historia aparecieron dos grandes tentaciones. La primera consistía en afirmar sobre todo la humanidad de Cristo. Son los adopcionistas. Para ellos, Cristo era un hombre extraordinario al que Dios había adoptado como hijo, especialmente en el bautismo del Jordán, cuando se abre el cielo y se oye la voz que dice: “Este es mi Hijo amado”. Cristo sería entonces un hombre magnífico, un genio humano, pero solamente hombre. Dios lo habría elevado posteriormente. En el extremo contrario aparecieron los que afirmaban únicamente la divinidad. Son los docetas. Según ellos, Cristo sólo parecía hombre. La humanidad sería una apariencia, una máscara, una especie de disfraz divino. Dios caminando entre los hombres como los antiguos dioses griegos que se dejaban ver sin convertirse realmente en humanos.

Y, sin embargo, esta segunda postura, que parece más piadosa, resulta igualmente devastadora. Porque si Cristo sólo aparenta ser hombre, entonces Dios sigue separado del hombre y no sucede nada decisivo para la humanidad. Cristo no duerme verdaderamente, no sufre verdaderamente, no es tentado verdaderamente, no padece verdaderamente. Todo se convierte en representación. San Cirilo vio el peligro inmenso de esta postura y dijo que quien niega que Cristo vino realmente en carne mortal destruye el cristianismo desde dentro. Porque entonces Cristo deja de interesarnos: se convierte en un dios disfrazado que hace la comedia de sufrir mientras permanece intacto. Y eso significa que Dios sigue lejos del hombre, separado de él, contemplándolo desde arriba sin compartir verdaderamente su destino.

Pensar así vacía completamente la experiencia humana. Si Cristo ayuna, pero no necesita comer; si es tentado, pero no puede ser tentado; si muere sabiendo perfectamente que todo terminará bien, entonces nada de lo que vive pertenece realmente al hombre. Incluso los milagros quedan falseados. Porque si Cristo los hace exclusivamente como Dios, entonces el hombre queda reducido a la impotencia. Pero Cristo dice a sus discípulos que también ellos impondrán las manos sobre los enfermos, curarán, vencerán al mal y caminarán sobre las aguas. Pedro mismo camina sobre el mar mientras conserva la fe. Y cuando se hunde, Cristo no le consuela; le reprocha su miedo. Todo eso significa que el hombre está llamado a algo infinitamente mayor de lo que imagina.

Por eso resulta tan grave separar a Dios y al hombre. Afirmar a Dios en menoscabo del hombre termina destruyendo al propio Dios, porque el hombre acaba viéndolo como un enemigo de su libertad y de su crecimiento. Ahí nace el ateísmo moderno: si Dios empequeñece al hombre, el hombre termina expulsando a Dios. Pero afirmar al hombre eliminando a Dios produce el

desastre contrario. El hombre queda encerrado en sí mismo, reducido a una dimensión miserable, incapaz de alcanzar aquello para lo que ha sido creado. El hombre sólo es plenamente hombre cuando alcanza la medida de Dios. La grandeza humana consiste precisamente en necesitar a Dios para realizarse.

Éfeso, en el año 431, intentó explicar esta unión. Nestorio afirmaba que en Cristo había dos naturalezas separadas: una divina y otra humana. María habría dado a luz solamente al hombre, no a Dios. Pero Éfeso respondió afirmando que Cristo es una sola realidad personal. Dios y hombre forman una unidad inseparable. Por eso María puede llamarse verdaderamente Madre de Dios. Sin embargo, el problema continuaba abierto: ¿cómo pueden unirse dos realidades completas sin destruirse mutuamente?

Entonces aparecieron nuevas explicaciones erróneas. Algunos pensaron que Cristo tenía cuerpo humano pero no alma humana; que la divinidad hacía las veces de alma. Pero si Cristo no tiene alma humana, entonces no es verdaderamente hombre. El hombre es cuerpo y alma. Por eso Cristo aprende, crece, ama, madura, comprende poco a poco. El Evangelio mismo dice que crecía en edad, sabiduría y gracia. Dios, en Cristo, se acostumbra al hombre. Vive desde dentro la experiencia humana.

Calcedonia, finalmente, en el año 451, afirmó que Cristo es una sola realidad personal en dos naturalezas completas e inseparables. Lo humano y lo divino no se confunden, pero tampoco se separan. Y aquí aparece la intuición decisiva: aquello que hace verdaderamente hombre al hombre es precisamente Dios. El hombre no está cerrado sobre sí mismo; está abierto al infinito. Por eso, cuando Dios llega al hombre, no destruye nada humano, sino que lleva lo humano a su plenitud. Dios es amor que se da. El hombre es hambre de infinito. Ambos movimientos se encuentran en Cristo.

La consecuencia es inmensa. Dios no está lejos del hombre. No habita simplemente en el cielo mientras nosotros arrastramos nuestra existencia por la tierra. Dios es lo más interior del hombre mismo. El hombre lleva dentro una apertura infinita. Lo que hace que el hombre sea verdaderamente hombre es precisamente su capacidad de Dios. Por eso el hombre nunca queda satisfecho consigo mismo. Siempre desea más, siempre busca más, siempre siente sed de algo absoluto. San Agustín lo dijo con una frase definitiva: “Nos hiciste para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”.

Todo esto cambia también la idea de salvación. Salvar al hombre no significa simplemente llevarlo a otra vida después de la muerte. Significa hacer que el hombre llegue verdaderamente a ser hombre. Cuando Dios salva al hombre no le quita nada; le devuelve todo. Lo infinitiza. La

inteligencia, el amor, la esperanza, la alegría, la capacidad de comunión, todo queda abierto hacia una plenitud sin límites. Si Dios se alejara verdaderamente del hombre, el hombre moriría por dentro. No porque el hombre sea pequeño, sino porque es tan grande que necesita el infinito para realizarse.

Por eso la Encarnación no consiste simplemente en que Dios visite la tierra. Dios entra realmente en la aventura humana. Lloro, espera, ama, sufre, crece, aprende, experimenta el tiempo y el dolor. Y precisamente ahí revela lo que el hombre está llamado a ser. Cristo es igual a nosotros en todo menos en el pecado. Esto significa algo inmenso: el pecado no pertenece al hombre. El mal no define la naturaleza humana. El hombre se degrada cuando peca. Cuanto más hombre es, menos peca; cuanto más peca, menos hombre es.

La humanidad de Cristo no fue abandonada jamás. Lo que Dios asumió en Cristo quedó unido a Él para siempre. Por eso la Ascensión significa que un hombre verdadero ha entrado definitivamente en el corazón mismo de Dios. La humanidad ha sido llevada al interior de la divinidad. Y desde entonces ya no puede hablarse de Dios y del hombre como de dos realidades extrañas. Todo lo que se dice de Cristo se dice también del hombre, porque Cristo revela el destino final de la humanidad entera.

Nacimiento y vida de Jesús

La Navidad cae una semana antes de las fiestas y se convierte en una ocasión privilegiada para seguir profundizando en el cristianismo sin interrumpir el camino iniciado. El cristianismo no puede vivirse como algo perteneciente a otro tiempo, porque Cristo viaja con nosotros en la historia y obliga constantemente a traducir la fe al presente y a proyectarla hacia el futuro. La Navidad no es únicamente una celebración tradicional ni una fecha del calendario. Es un misterio que atraviesa la existencia humana y que sólo puede comprenderse verdaderamente cuando uno se deja tocar por él. Hay realidades que se agotan en cuanto se explican, pero hay otras que se abren como un abanico infinito de significados y posibilidades. La Navidad pertenece a estas últimas. Es una irradiación constante que nace de un único centro y termina iluminándolo todo.

El cristianismo es revelación, y la revelación necesita ser leída en los textos donde quedó depositada. Por eso Lucas resulta esencial. Marcos no cuenta nada del nacimiento de Jesús y Juan comienza directamente en otra dimensión completamente distinta. Sólo Mateo y Lucas hablan de la infancia, pero Lucas lo hace de una manera especialmente densa y cargada de símbolos. El evangelista no quiere simplemente informar de un hecho histórico ocurrido hace dos mil años. Si hubiera querido eso, habría bastado con decir que Jesús nació en tal lugar y en tal fecha. Pero el relato de la Navidad no funciona así. Lucas quiere hacer que la Navidad suceda otra vez dentro del hombre. Quiere provocar un nacimiento interior.

Las experiencias más profundas nunca caben realmente en palabras. O se callan o se expresan mediante símbolos, imágenes, poesía, música o mito. Las grandes verdades humanas no se dicen de forma racional y fría; se evocan. Por eso el relato de la Navidad tiene algo de cuento en el sentido más serio de la palabra. No porque sea irreal, sino porque es tan verdadero que sólo puede expresarse mediante un lenguaje capaz de atravesar la superficie de las cosas y llegar hasta el fondo del hombre. Igual que una música puede despertar emociones imposibles de definir, la Navidad remueve capas antiquísimas del alma humana. Basta una luz, una melodía, un gesto, un recuerdo o una presencia para que algo ancestral despierte dentro de nosotros. Pero casi siempre todo eso se apaga enseguida. Y precisamente ahí aparece el problema. Porque el nacimiento de Cristo no sucedió para un instante; sucedió para siempre.

La Navidad no consiste simplemente en hacer fiesta, encender luces o reunirse alrededor de una mesa. Todo eso puede existir y, sin embargo, no haber Navidad. La Navidad verdadera significa que aquello que el hombre espera más profundamente ya ha comenzado a realizarse en la

historia. El amor definitivo, la plenitud, la reconciliación, la vida verdadera, todo eso ya está presente desde el día en que Dios entró en el mundo. Por eso, incluso cuando el hombre duda y sospecha que quizá todo sea falso, la Navidad responde diciendo que aquello que se espera ya está aquí. El problema no es que Dios no haya venido, sino que muchas veces el hombre no está presente para reconocerlo.

Isaías había anunciado un nombre: Emmanuel, Dios con nosotros. Pero la Navidad va todavía más lejos. Dios no vino simplemente a acompañar al hombre desde fuera. Vino a convertirse en uno de nosotros. El niño de Belén es hombre y Dios inseparablemente. Y lo que Dios asumió una vez no lo abandonó jamás. La humanidad quedó unida para siempre a la divinidad. El tiempo y el espacio del hombre quedaron atravesados por el infinito.

Por eso San Gregorio Magno podía decir que cuando Dios llegó, todas las cosas lo sintieron llegar. La creación entera reaccionó. La estrella se puso en movimiento, la noche se volvió luminosa, los pastores sintieron la llamada, los magos comenzaron a caminar desde lejos. El universo entero percibió que algo decisivo había ocurrido. Porque cuando Dios entra en la historia no sucede únicamente un acontecimiento religioso: cambia la estructura misma del mundo.

Lucas sitúa el nacimiento de Cristo en el camino. José y María están viajando desde Nazaret hacia Belén. No encuentran lugar en las posadas y terminan refugiándose en una cueva o establo. Allí nace Jesús. El detalle no es secundario. Cristo nace en el camino del hombre. Dios no nace en quien permanece instalado, satisfecho y detenido. Nace en quien camina, en quien busca, en quien todavía espera algo. Por eso el cristianismo no puede convertirse en rutina inmóvil. El hombre que deja de caminar mata la Navidad dentro de sí mismo.

Lucas escribió muchos años después de la muerte de Jesús y conocía perfectamente la experiencia cristiana. Por eso concentró en el relato de la infancia el núcleo entero del Evangelio. Cada palabra está cargada de intención. El cielo se abre y los ángeles descienden sobre la tierra, pero no aparecen en el palacio de Herodes ni en el templo de Jerusalén. No se presentan ante los sacerdotes, los poderosos o los sabios. Aparecen sobre unos pastores.

Los pastores representan al hombre que todavía sabe vigilar. Permanecen despiertos en mitad de la noche. Son trashumantes, viven en movimiento, siguen los caminos abiertos. Además, son sencillos. No están llenos de teorías ni de seguridades. El sabio corre el riesgo de saber demasiado para dejarse sorprender. El poderoso vive encerrado en sí mismo. El hombre verdaderamente abierto a Dios es el hombre sencillo.

La Navidad pertenece a los pequeños. Por eso los niños sienten una agitación especial durante esos días. Intuyen algo que el adulto endurecido ya casi no percibe. Los pastores son precisamente eso: hombres todavía capaces de asombro. Y por eso el cielo se abre sobre ellos.

El anuncio de los ángeles contiene una expresión decisiva: “Os traigo una buena noticia”. Evangelio significa exactamente eso: buena noticia. Cuando Dios llega al hombre nunca trae destrucción ni amenaza. La presencia de Dios no empequeñece al hombre; lo llena de sentido. El verdadero cristiano, cuando aparece en la vida de otros, debería parecer siempre una buena noticia.

Pero el ángel sabe también que el hombre suele buscar a Dios donde no está. Por eso da una señal. Y la señal resulta desconcertante: encontrarán un niño, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Todo queda desmontado. El Mesías esperado no aparece poderoso ni glorioso. Aparece desvalido, frágil y pobre. Dios se revela en la pequeñez.

Aquí está el núcleo más profundo de la Navidad. Cuando Dios aparece en el hombre, aparece un niño. Y cuando el hombre llega verdaderamente a Dios, también reaparece en él el niño. Por eso Cristo no nace adulto. La edad verdadera del hombre es la infancia. “Si no os hacéis como niños, no entraréis”. La vida humana consiste en volver conscientemente a aquello que se nos regaló sin esfuerzo al nacer.

El niño representa el desvalimiento absoluto. Necesita de todos. Vive abierto a todo. No es autosuficiente. Y precisamente ahí se encuentra la verdad más profunda del hombre. El hombre auténtico sabe que necesita a los demás para construirse. Necesita amor, comprensión, ternura, perdón, presencia. Necesita incluso la creación entera. El hombre viejo, endurecido y orgulloso cree bastarse a sí mismo. El niño, en cambio, vive mendigando vida.

Por eso el pesebre resulta tan importante. Lucas utiliza una palabra que sugiere un lugar abierto donde los animales encuentran alimento. El niño es colocado allí como pan ofrecido al mundo. El niño pertenece a todos. Se entrega sin reservas. No vive encerrado en sí mismo. Y justamente ahí aparece la revelación definitiva sobre el hombre.

La Palabra de Dios no llega al mundo como un discurso abstracto. Llega convertida en vida. Cuando Dios quiso decir definitivamente quién era Él y quién era el hombre, no pronunció una frase; nació un niño. La verdad no puede reducirse a conceptos. Tiene que hacerse existencia.

Los pastores lo comprenden porque son sencillos. Ven a un niño cualquiera y caen de rodillas. Reconocen a Dios precisamente en la fragilidad. Otros habrían mirado y no habrían visto nada.

La Navidad es, al mismo tiempo, encuentro con Dios y descubrimiento de uno mismo. El hombre que llega hasta Belén termina descubriendo que el niño es también su propio retrato. Y por eso, después de la Navidad, ya no puede volver igual a su vida anterior.

No es seguro que estén verdaderamente en Belén los poderosos, los sabios, los religiosos o quienes ocupan lugares de autoridad. Tampoco basta acudir a las celebraciones o repetir las costumbres externas. La Navidad sucede solamente allí donde existe un corazón de pastor: alguien que vigila, que camina y que conserva todavía el alma abierta de un niño.

Por eso los pastores regresan cantando. Han visto algo que les ha cambiado definitivamente. El mundo sigue siendo el mismo y, sin embargo, ya no lo es. Porque desde aquella noche el cielo y la tierra quedaron unidos para siempre.

El hombre como valor

Desde Navidad sabemos ya que el mensaje de Cristo no puede separarse de Cristo mismo. En cualquier otro caso, el mensajero y el mensaje son dos cosas distintas. Un hombre transmite unas palabras que podrían haber sido dichas por otro. Pero en Cristo sucede algo completamente diferente: el mensaje y el mensajero son la misma realidad. Dios no envió simplemente un contenido doctrinal traído por un intermediario; envió a una persona cuya existencia entera constituye la revelación. Por eso Cristo no enseña únicamente cuando habla, ni siquiera principalmente cuando habla. Cristo enseña siendo. Su vida misma es la manifestación de Dios. Los milagros, las parábolas y los discursos son secundarios respecto a su propia existencia. Y precisamente ahí se encuentra uno de los errores más frecuentes del cristianismo superficial: leer el Evangelio como un conjunto de frases o acontecimientos aislados, olvidando que la verdadera revelación es la persona misma de Cristo. Si los Evangelios escritos se hubieran perdido y Cristo hubiese llegado vivo hasta nosotros a través de la experiencia directa de quienes convivieron con Él, el mensaje esencial no habría desaparecido. Los primeros discípulos no tenían textos que estudiar; simplemente se encontraron con Cristo y, al encontrarse con Él, toparon con la epifanía de Dios. Cristo podría haber permanecido mudo y, aun así, su sola presencia habría sido suficiente para revelar lo esencial.

A partir de aquí empiezan a aparecer esos momentos únicos que no encajan en ninguna lógica ordinaria y que la tradición llama “hapax”: acontecimientos irrepetibles, fogonazos que rompen la continuidad habitual de las cosas y que sólo pueden entenderse desde dentro del misterio. Toda la vida de Cristo está llena de estos instantes. Pero antes de interpretarlos hay que regresar al núcleo de todo: Dios quiso revelarse al hombre. La creación ya era un derramamiento de Dios. Los mares, las montañas, los ríos y la existencia entera son expresión de un Dios que se entrega. Sin embargo, en un momento dado Dios decidió revelarse de un modo definitivo y total. El problema es que el hombre suele imaginar a Dios como una realidad inmensa y cerrada, una especie de esfera infinita cuya entrada desconocemos. Entonces el hombre se pregunta angustiosamente por dónde puede acercarse a Dios sin perder la vida entera buscándolo inútilmente. Y ahí aparece la gran intuición cristiana: Dios es accesible exactamente por aquel lugar por donde Él mismo se da. El hombre no conoce de Dios otra cosa fundamental que esto: Dios se entrega. Dios es amor porque amar significa darse.

Cuando Dios decide darse plenamente, no juega con el hombre ni lo utiliza como un entretenimiento cruel. Dios no es un gato divirtiéndose con un ratón. No vino a destruir ni a

humillar ni a someter al hombre a pruebas absurdas. Dios dijo simplemente: “Me le voy a dar”. Y al darse sucede algo extraordinario: Dios no se coloca al lado del hombre, sino en el centro mismo de su ser. Dios entra en el cogollo más íntimo de la persona humana, en aquel lugar donde cada uno es irrepitiblemente él mismo. El cuerpo puede perder miembros, órganos, capacidades o fuerzas, y aun así el hombre sigue siendo él mismo. Existe un núcleo íntimo donde habita aquello que constituye verdaderamente la identidad personal. Y es precisamente ahí donde Dios se sitúa cuando se revela. La Encarnación significa eso: Dios se da tan radicalmente al hombre que se convierte en uno de nosotros desde dentro, ocupando el centro mismo de la realidad humana.

Esto podría parecer devastador. Uno podría pensar que si Dios ocupa el lugar más íntimo del hombre, entonces el hombre desaparece. Pero ocurre exactamente lo contrario. Lo que el hombre era antes no era todavía plenamente él mismo. Cuando Dios entra en el hombre no lo anula; lo revela. El hombre descubre entonces que aquello que lo constituye más profundamente no es simplemente él, sino Dios en él. Por eso la revelación no destruye la humanidad, sino que la lleva a su plenitud. El corazón del hombre queda mostrado como el lugar donde Dios habita y se manifiesta.

Todo esto quedó expresado en Calcedonia al afirmar que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre inseparablemente unidos en una sola realidad personal. No puede separarse la humanidad de Cristo de su divinidad como si fueran dos piezas ensambladas artificialmente. Cristo no es Dios más hombre como dos elementos yuxtapuestos; es una unidad absoluta. Y precisamente por eso Cristo es Dios porque es hombre y es hombre porque es Dios. Dios alcanza su revelación plena dándose al hombre, y el hombre alcanza su verdad plena recibiendo a Dios. Lo que hace verdaderamente hombre al hombre no es el hombre cerrado sobre sí mismo, sino la presencia de Dios en él.

Todo esto ya estaba presente en Navidad. El niño de Belén no había pronunciado todavía una sola palabra, pero su sola existencia ya era revelación. Cuando Dios llega plenamente al hombre, nace un niño. Ésa es la gran lección. No aparece un héroe poderoso ni un gigante invulnerable, sino un niño desvalido. El hombre en plenitud es un niño. Y por eso Cristo dirá más tarde: “Si no os hacéis como niños, no entraréis”. El niño representa la disponibilidad absoluta, la apertura total, la pobreza radical que lo necesita todo. Un niño vive mendigando amor, protección, alimento y ternura. No es autosuficiente. Y precisamente por eso es imagen del hombre verdadero.

El hombre adulto, endurecido y poderoso, vive levantando murallas. El niño, en cambio, es como un desierto abierto donde todo puede entrar. Las estrellas, los sueños, las heridas, las ilusiones y la esperanza caben dentro de él. Por eso el hombre tocado verdaderamente por Dios conserva siempre algo de niño: la capacidad de asombro, de ilusión, de comenzar de nuevo incluso rodeado de oscuridad.

Frente a esto aparece Herodes como símbolo del poder que mata niños. Todo poder orgulloso y autosuficiente termina destruyendo la infancia del mundo, es decir, la esperanza, la ternura y la capacidad de soñar. Por eso el Evangelio contrapone constantemente el Reino de Dios a la lógica de los poderosos.

Cuando Cristo comienza finalmente a hablar, no añade algo distinto a lo que ya era, sino que explica aquello que los hombres no habían sabido entender contemplando simplemente su existencia. En la sinagoga de Nazaret abre el rollo de Isaías y lee: “El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la buena noticia a los pobres”. Después cierra el libro y afirma: “Hoy se cumple esta Escritura”. Cristo revela entonces algo decisivo: Dios no viene a juzgar, sino a salvar.

Eso ya estaba contenido silenciosamente en la Navidad. Cuando Dios entró en el niño Jesús no destruyó nada humano. No rompió su humanidad ni anuló sus límites. Al contrario: asumió todo lo humano y lo llevó a plenitud. Dios integra. Dios salva. Dios no llega como una fuerza devastadora que arrasa al hombre, sino como una presencia que recoge toda la realidad humana y la conduce hacia su cumplimiento infinito. Cuando Dios entra en el hombre no rompe nada; salva precisamente aquello que parecía más frágil y limitado.

Por eso Cristo insiste en que ha venido a salvar y no a destruir. Lo humano no es eliminado, sino llevado hasta su plenitud definitiva. Las ganas de vivir, amar, esperar y buscar sentido no son apagadas por Dios; son arrancadas de su caducidad y abiertas hacia lo eterno.

Los pastores y los magos comprendieron esto antes que nadie. Llegaron hasta el niño y, viendo solamente un niño pobre con su madre, cayeron de rodillas y adoraron. Supieron reconocer en aquella fragilidad la presencia misma de Dios. Ahí aparece otra de las grandes intuiciones del Evangelio: todo hombre es lugar de revelación divina. Lo que se haga al hombre se hace a Dios. Amar a un hombre es amar a Dios. Rechazar a un hombre es rechazar a Dios. Toda guerra contra el hombre es una guerra contra Dios mismo.

A partir de aquí aparece el núcleo más difícil y más revolucionario del cristianismo: Dios salva precisamente al hombre allí donde el hombre es limitado. Cristo no vino para los autosuficientes, sino para los pobres, los ciegos, los cautivos y los pecadores. El hombre es un ser limitado, lleno de heridas, contradicciones y fracasos. Y es precisamente ahí donde Dios actúa. La salvación no consiste en negar la limitación ni en resignarse orgulosamente a ella, sino en descubrir que dentro de la limitación crece ya aquello que la superará.

El hombre puede aceptar resignadamente sus límites y convertirlos en una especie de destino definitivo. Puede decir: "Soy así y no hay remedio". Pero el cristianismo responde exactamente lo contrario. La limitación no es el final del hombre; es el lugar donde empieza a crecer lo ilimitado. Si el hombre está llamado a la plenitud, esa plenitud comienza precisamente en su pobreza, en su fragilidad y en sus heridas.

Por eso el cristianismo afirma algo inaudito: Dios salva al pecador desde su propio pecado, al enfermo desde su enfermedad, al ciego desde su ceguera y al hombre mortal desde su propia mortalidad. La eternidad comienza a crecer dentro del límite. La vida infinita comienza precisamente allí donde el hombre descubre su insuficiencia.

Nunca existe un lugar en la vida humana donde Dios no esté salvando. Ni el fracaso, ni el dolor, ni la culpa, ni la oscuridad quedan fuera de la acción salvadora de Dios. Todo puede convertirse en lugar de revelación y de salvación. Y por eso solamente el pecador sabe verdaderamente quién es Dios, porque sólo quien necesita perdón descubre realmente lo que significa ser amado y salvado.

Ésta es la revolución del cristianismo: Dios no viene a destruir al hombre limitado, sino a convertir esa limitación en el lugar mismo donde nace la plenitud.

El hombre como poder y como juez

La revelación cristiana aparece como una palabra definitiva de Dios al hombre, pero no como una palabra cerrada o estática, sino como una semilla viva que cae en la existencia humana y comienza a echar raíces. La dificultad no está en que Dios haya hablado de forma confusa, sino en que el hombre escucha desde situaciones históricas, culturales y personales completamente distintas. La Palabra de Dios no resuena igual en el hombre del siglo primero que en el hombre contemporáneo, ni en el anciano que en el joven, ni en quien vive en Oriente que en quien vive en Occidente. Cada hombre posee una sensibilidad propia, una biografía irrepetible, unas heridas, unos maestros, unos deseos y unos miedos distintos. Por eso la misma palabra produce ecos diferentes en cada existencia. Dios no habla a un hombre abstracto, sino al núcleo más íntimo y personal de cada ser humano. Y precisamente por eso resulta necesario volver constantemente sobre el mensaje cristiano para hacerlo resonar dentro del hombre concreto.

La Palabra de Dios sólo produce fruto cuando encuentra un surco abierto. Puede permanecer fuera, golpeando inútilmente una sensibilidad cerrada, o puede penetrar hasta lo más profundo y comenzar allí un crecimiento silencioso. Cuando el hombre no vibra interiormente, la palabra cae muerta. Pero cuando el interior está dispuesto, toda la existencia comienza a resonar con ella. El problema no es la insuficiencia de la Palabra, sino la disposición del hombre para acogerla.

Desde esta perspectiva aparece una afirmación decisiva: Jesucristo no vino a fundar una religión entendida como sistema cerrado de doctrinas, normas y mediaciones sagradas. La religión, en su sentido más básico, es la relación del hombre con Dios. El hombre está “colgado” de Dios. Pero precisamente ahí surge el error fundamental: el hombre termina muchas veces colgado no de Dios, sino de la religión misma. Se aferra a doctrinas, sistemas morales, instituciones o autoridades religiosas creyendo que ahí se encuentra la plenitud. Sin embargo, cualquier realidad situada por debajo de Dios termina cediendo bajo el peso del hombre. El dinero cede, la política cede, los afectos humanos ceden, y también la religión puede ceder cuando se convierte en sustituto de Dios.

Por eso la frase de Cristo “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” adquiere un sentido radical. La religión existe para conducir al hombre hacia Dios, no para convertirse en un fin absoluto. Las religiones funcionan como andamios, escalas o mediaciones. Pueden ayudar al hombre a caminar, pero no constituyen la meta final. El problema

aparece cuando el hombre transforma el medio en destino y termina instalado en las estructuras religiosas sin llegar nunca verdaderamente a Dios.

En el judaísmo del tiempo de Jesús existían tres grandes pilares religiosos: los escribas, encargados de la doctrina; los fariseos, representantes de la perfección moral; y los sacerdotes, custodios del culto y del templo. Y precisamente contra esos tres pilares fue especialmente duro Cristo. Aceptó pecadores, prostitutas, publicanos y hombres llenos de contradicciones, pero denunció constantemente la hipocresía religiosa de quienes utilizaban la religión para elevarse sobre los demás. Los fariseos aparecían como hombres impecables externamente, seguros de su propia rectitud, satisfechos de no ser como el resto. Pero Cristo los compara con sepulcros blanqueados: limpios por fuera y llenos de corrupción por dentro.

La crítica no iba dirigida contra la búsqueda sincera de Dios, sino contra la utilización de la religión como instrumento de poder espiritual y de juicio sobre los demás. El fariseo cumplía la ley para distinguirse del pecador. El teólogo conocía la doctrina, pero no vivía lo que enseñaba. El sacerdote administraba el templo y las mediaciones sagradas como si fueran propiedad privada. Cristo, en cambio, se acercaba precisamente a quienes estaban fuera de ese sistema de perfección religiosa. Publicanos y prostitutas entrarían antes en el Reino de Dios porque todavía podían abrir el corazón. La semilla de Dios podía entrar en ellos. El problema no era el pecado, sino el cierre interior.

La religión oficial terminó reaccionando violentamente contra Cristo. Los escribas, los fariseos y los sacerdotes acabaron uniéndose para condenarlo a muerte. La religión mató a Cristo. Los representantes de la doctrina, de la moral y del poder sagrado permanecieron al pie de la cruz burlándose de Él. Por eso el mensaje cristiano no puede entenderse simplemente como una religión más añadida a las demás religiones de la tierra.

Las religiones aparecen entonces como hombres moviéndose sobre la superficie de una circunferencia. Cada una recorre su propio camino exterior y contempla las diferencias respecto a las demás. Judaísmo, islam, budismo o cristianismo entendido superficialmente se perciben mutuamente como realidades enfrentadas porque permanecen girando en la periferia. Cristo introduce otra dirección completamente distinta: no la superficie, sino la profundidad. Dios no está en la cáscara exterior de las religiones, sino en el centro. El verdadero judío, el verdadero musulmán o el verdadero budista serían aquellos que profundizaran tanto en su búsqueda que terminaran alcanzando el centro mismo donde habita Dios.

Desde esta perspectiva, el problema no consiste en pertenecer a una religión concreta, sino en quedarse atrapado en la superficie de ella. El cristianismo no aparece como oposición a las

demás religiones, sino como llegada al centro donde todas encuentran su sentido último. Cristo no destruye la búsqueda religiosa del hombre, sino que la lleva a su plenitud.

Por eso la ley religiosa es comparada con unos andadores. Sirve mientras el hombre todavía no sabe caminar. San Pablo dirá que la ley funciona como un pedagogo. El niño necesita andadores hasta que aprende a sostenerse por sí mismo, pero llega un momento en que debe abandonarlos. Permanecer eternamente apoyado en ellos significaría no haber madurado nunca. La ley denuncia precisamente esa insuficiencia. El hombre necesita normas externas porque todavía no vive desde dentro la plenitud a la que está llamado.

Cristo no sustituye simplemente una ley antigua por una ley nueva. Lo que hace es interiorizar completamente la religión. Lo que antes venía impuesto desde fuera ahora nace desde el interior del hombre. La salvación deja entonces de depender fundamentalmente del “hacer” para convertirse en cuestión de “ser”. El hombre religioso pregunta qué debe hacer para salvarse porque piensa todavía en términos de cumplimiento exterior. Cristo desplaza la cuestión hacia la transformación interior del ser humano.

El mandamiento definitivo ya no aparece como una norma exterior, sino como el amor mismo brotando desde el núcleo del hombre transformado por Dios. “Ama y haz lo que quieras” expresa precisamente eso. El amor no es una obligación añadida, sino el verdadero centro del hombre cuando Dios habita en él. Ahí desaparecen los andadores y comienza la verdadera libertad espiritual. El hombre ya no actúa movido por imposiciones externas, sino desde aquello que verdaderamente es.

El cristianismo deja entonces de ser un sistema religioso basado en doctrinas, perfecciones morales o estructuras de poder para convertirse en vida interior. Dios no habita en la periferia de las cosas, sino en el centro mismo del hombre. Y toda la existencia humana queda llamada a avanzar hacia ese centro donde finalmente desaparecen las oposiciones, las máscaras religiosas y las seguridades externas, quedando únicamente el amor como realidad última.

El hombre como meta

La encarnación de Dios significa que Dios se hace hombre y, al hacerse hombre, convierte la carne humana en el lugar privilegiado de su revelación. Cuando Dios quiso mostrar quién era, no encontró otra forma de hacerlo que entrando en la vida humana. Por eso el hombre no es simplemente una criatura más dentro de la creación, sino el espacio donde Dios manifiesta su rostro. Y no solamente Cristo como personaje histórico vivido hace dos mil años, sino el hombre mismo, cada hombre concreto. La vida humana deja entonces de ser una realidad secundaria para convertirse en transparencia de Dios. El problema es que durante siglos se ha pensado muchas veces lo religioso como algo exterior al hombre: como un conjunto de prácticas, doctrinas o espacios separados de la vida. Pero la encarnación destruye precisamente esa separación. Dios no aparece fuera del hombre; aparece dentro de él. El corazón humano es el lugar donde Dios se revela.

Esto transforma radicalmente la manera de entender al hombre. Si Dios ha puesto su ser en el hombre, entonces amar al hombre es amar a Dios y herir al hombre es herir a Dios. Cristo lo expresó de manera definitiva cuando dijo: “Aquellos que hagáis a cualquiera de mis pequeños, a mí me lo hacéis”. La relación con Dios no puede separarse nunca de la relación con el hombre. La religión, sin embargo, ha olvidado muchas veces esta verdad y ha colocado el encuentro con Dios en una dimensión aparentemente separada de la existencia humana. Se habla del encuentro con Dios como algo que sucede exclusivamente en los espacios religiosos, cuando en realidad el lugar central donde Dios se deja encontrar es el hombre mismo.

Las religiones aparecen entonces como mediaciones periféricas, mientras que el centro verdadero permanece más adentro. Judaísmo, cristianismo, islam, budismo o sintoísmo pueden entenderse como movimientos situados en la superficie de un círculo. Cada religión ocupa una parte distinta de la periferia y desde ahí percibe distancia respecto a las demás. Pero lo que hace que todas ellas sean verdaderamente religión no está en la periferia, sino en el centro hacia el cual apuntan. Ese centro es aquello que el cristianismo identifica con Cristo. No el cristianismo entendido como estructura externa o identidad superficial, sino el cristianismo central: aquello que hace que cualquier búsqueda religiosa sea verdaderamente búsqueda de Dios.

Por eso puede afirmarse que lo que hace que un musulmán sea verdaderamente musulmán o que un judío sea verdaderamente judío no es simplemente la pertenencia exterior a una religión, sino la orientación hacia ese centro donde habita Dios. El problema aparece cuando el hombre

se queda atrapado en la superficie religiosa y convierte la religión en juicio, superioridad o frontera frente a los demás. Las religiones enfrentadas son religiones de periferia. En el centro no existe oposición. Allí todo confluye.

Desde esta perspectiva, el juicio religioso queda radicalmente cuestionado. Cristo prohíbe juzgar porque el juicio nace siempre desde la superficie. El hombre que vive instalado en las diferencias exteriores se siente autorizado para declarar falsa la religión del otro o inferior la vida del otro. Pero quien llega al centro descubre que todos participan del mismo fundamento. “En esto conocerán que sois míos: si os amáis unos a otros”. El criterio definitivo deja de ser la doctrina o la pertenencia externa y pasa a ser el amor.

La revelación de Dios sucede precisamente en la relación entre los hombres. “A Dios nadie le ha visto nunca; el que ama a su hermano, ése conoce a Dios”. Dios no aparece como un objeto visible situado fuera del hombre. Todo intento de poseer a Dios como una realidad exterior termina falseándolo. Dios habita en el corazón humano y se manifiesta en el amor al hermano. Cada vez que un hombre rechaza, desprecia o ignora a otro hombre, se aleja de Dios mismo. No existe otra manera de besar a Dios ni de golpearlo que a través del hombre.

Por eso el relato del juicio final en Mateo adquiere un sentido decisivo. El criterio último no será la pertenencia religiosa ni las prácticas externas, sino la relación concreta con el necesitado: “Tuve hambre y me disteis de comer; estuve en la cárcel y fuisteis a verme”. El hombre religioso superficial se sorprende porque nunca comprendió que el hermano era el verdadero lugar de encuentro con Dios. Pensaba que Dios estaba fuera, separado, desplazable según la conveniencia humana. Lo acercaba mediante rezos o lo alejaba durante la vida cotidiana. Pero Dios no puede moverse de ese modo porque constituye el núcleo mismo del hombre. Separar a Dios del hombre sería vaciar al hombre de sí mismo.

La revelación de Dios no sucede solamente en los hombres contemporáneos. El hombre lleva dentro toda la historia humana. Cada existencia está construida sobre millones de vidas anteriores. Los antepasados siguen viviendo en el hombre actual. La tradición no significa que los vivos estén muertos, sino que los muertos están vivos dentro de los vivos. Cada sensibilidad, cada emoción, cada capacidad humana ha sido preparada por generaciones anteriores que latén todavía dentro del hombre presente. El hombre no existe aislado. Está tejido por toda la humanidad anterior.

Por eso el pasado vive dentro del hombre. Cada hombre es heredero de siglos enteros de sufrimiento, esperanza, creatividad y experiencia humana. Y, al mismo tiempo, el futuro tira también de él. El futuro influye sobre el hombre incluso más que el pasado porque todo el

pasado existe orientado hacia un porvenir. El hombre vive proyectado hacia aquello que todavía no existe. Basta un anuncio futuro para transformar completamente el presente humano. El hombre sin futuro se destruye a sí mismo porque la vida humana necesita horizonte.

Así, el hombre aparece situado entre pasado y futuro, llevando dentro toda la humanidad anterior y toda la humanidad que vendrá. Pero todavía falta un círculo más amplio: el cosmos entero. El hombre no puede separarse de la creación. Ha sido animal, planta y materia. El universo entero vibra dentro de él. El hombre no existe fuera del cosmos, sino como culminación de una larga historia cósmica.

La creación fue preparada para que el hombre pudiera aparecer. El Génesis expresa esto mediante la imagen de Dios construyendo lentamente el universo hasta la llegada del hombre. Primero las aguas, los mares, los animales, las plantas y finalmente el ser humano. El hombre necesita un mundo habitable para existir. Necesita paisaje, naturaleza, aire, tierra, agua y belleza. Sin ello, se destruye interiormente.

Por eso la agresividad moderna nace muchas veces de la ruptura entre el hombre y su entorno natural. El hombre encerrado en ciudades asfixiantes, separado del paisaje y de la naturaleza, termina viviendo de manera inhumana. Destruir la naturaleza significa destruir al hombre. Un hombre sin paisaje, sin aire limpio, sin espacio vital, revela peor a Dios porque su humanidad misma queda herida.

La ecología deja entonces de ser un asunto secundario para convertirse en una cuestión profundamente espiritual y humana. El cosmos no es un decorado externo, sino el lugar desde el cual el hombre puede existir plenamente. La creación entera participa en la revelación de Dios porque prepara y sostiene la vida humana.

Dios no se revela mediante discursos abstractos ni mediante conceptos filosóficos cerrados. No es el Dios de los filósofos, ni de los moralistas, ni de los teólogos encerrados en definiciones, ni siquiera el Dios reducido a las estructuras religiosas. Dios se revela en la vida humana concreta. Cada vida es una ventana desde la cual Dios se asoma.

La música, el amor, la amistad, la belleza, el sufrimiento, la historia y el cosmos entero se convierten así en resonancias de Dios dentro del hombre. Cuando algo verdadero toca al hombre, despierta algo que ya estaba dentro de él. La verdad no se impone desde fuera; resuena porque el hombre lleva dentro aquello mismo que escucha.

La revelación de Dios consiste precisamente en eso: Dios entrando tan profundamente en la vida humana y en la historia del universo que toda la realidad se convierte en lugar de encuentro con Él.

El hombre en peligro

La encarnación de Cristo significa que Dios, cuando quiere decir su palabra definitiva, no la pronuncia simplemente mediante sonidos o conceptos abstractos, sino que la expresa encarnándose en una vida humana. La revelación de Dios sucede en Cristo entero: en su nacimiento, en su vida, en su sufrimiento, en su muerte y en su resurrección. Por eso no puede hablarse de Dios sin hablar simultáneamente del hombre. Toda palabra auténtica sobre Dios es también una palabra sobre el hombre, y toda palabra verdadera sobre el hombre termina siendo una palabra sobre Dios. “Lo que hacéis a uno de estos pequeños, a mí me lo hacéis”. La revelación cristiana obliga constantemente a este movimiento de ida y vuelta: de Dios al hombre y del hombre a Dios.

El problema aparece cuando el hombre pretende separar ambas dimensiones. Existe un humanismo que afirma preocuparse únicamente por el hombre, dejando a Dios como un asunto privado o secundario. Y existe también un cristianismo que habla de Dios desentendiéndose del hombre concreto, de la historia, de las guerras, de las preocupaciones humanas y del sufrimiento del mundo. Ambos caminos son falsos. El hombre que niega a Dios termina negando al hombre mismo, porque Dios constituye la dimensión infinita del ser humano. Y el creyente que afirma a Dios despreciando al hombre genera ateísmo, porque presenta un Dios enemigo de la vida humana.

La afirmación moderna según la cual creer o no creer es una simple opción privada constituye una reducción gigantesca de la grandeza humana. Significa decir que el hombre puede realizarse plenamente permaneciendo encerrado dentro de sí mismo. El hombre autosuficiente se declara pequeño sin darse cuenta. Cuando el hombre afirma que no necesita nada más allá de sí mismo para construirse, está afirmando implícitamente que su propia medida le basta. Pero precisamente ahí aparece la pequeñez. El hombre es tan grande que necesita infinito para llegar a ser plenamente hombre.

Por eso la negación de Dios es simultáneamente negación del hombre. Dios no aparece como una realidad externa añadida desde fuera, sino como el corazón mismo del ser humano. El hombre no puede entenderse correctamente si se elimina de él esa apertura infinita. “Dios es lo más humano del hombre”. Cuando se arranca a Dios del horizonte humano, se arranca también aquello que constituye la verdadera profundidad de la existencia.

Del mismo modo, el creyente que pretende refugiarse en Dios despreciando el acontecer del mundo, las investigaciones humanas, las culturas, la historia o las necesidades concretas del hombre, tampoco comprende la revelación cristiana. Alejarse del hombre significa alejarse de Dios. El cristianismo no permite escapar del mundo hacia un espiritualismo desencarnado.

A partir de aquí aparece una reflexión sobre la realidad misma. Existe una visión materialista según la cual lo único real es aquello que puede tocarse, pesarse, verse o analizarse. Según esa visión, el mundo material constituye toda la realidad. Lo espiritual sería únicamente una ilusión o una fantasía sin consistencia real. Sin embargo, esta perspectiva queda invertida. Lo verdaderamente real no es solamente la materia, sino también aquello que no puede tocarse materialmente: las ideas, el amor, la intuición, la memoria, la empatía, la simpatía o la conciencia.

La materia aparece entonces como el límite extremo de una realidad mucho más amplia. Lo material sería una condensación de algo más profundo e invisible. El mundo visible no constituye toda la realidad; representa únicamente la manifestación externa de un fondo inmaterial inmensamente mayor. Lo invisible no es lo contrario de lo visible. Lo visible sería más bien la manifestación visible de lo invisible.

Por eso el hombre pertenece simultáneamente a ambos mundos. Vive dentro de la materia, pero su verdadera dimensión se abre hacia lo inmaterial. El hombre puede estudiar, dominar y transformar la materia mediante los sentidos y la razón. La ciencia, la técnica y la experiencia permiten acceder al comportamiento del mundo material. Pero existe también otro ámbito que no puede captarse mediante los sentidos materiales.

La razón humana puede comprender lo que entiende y, además, puede comprender que existen realidades que la superan. Lo que el hombre no entiende no necesariamente es falso; puede ser simplemente demasiado amplio para su capacidad actual. El mundo inmaterial no se deja reducir a experiencia sensible, pero eso no significa que no exista.

En este punto aparece la cuestión de la fe. La fe no pertenece al mundo espiritual en sí mismo; pertenece al hombre. Dios no tiene fe. La fe consiste en aceptar la existencia de aquello que todavía no se ve plenamente. El hombre, mediante la fe, accede a un mundo donde aquello que espera ya existe como realidad.

Por eso Cristo pregunta a los ciegos: “¿Creéis que puedo hacerlo?”. La posibilidad del milagro aparece vinculada a la apertura interior del hombre. El Evangelio afirma incluso que Jesús “no

pudo hacer milagros” en Nazaret. La incredulidad y el cierre del hombre bloquean el acceso a esa dimensión más profunda de la realidad.

Los milagros no aparecen entonces como simples demostraciones externas de poder divino, sino como manifestaciones de un hombre plenamente abierto a la profundidad última de la realidad. Cristo actúa desde esa dimensión. Y el Evangelio sugiere constantemente que el hombre está llamado también a participar de ella. Pedro camina sobre el agua mientras mantiene la fe. Cuando duda, se hunde. Y Cristo le reprocha precisamente su falta de fe.

El acceso al mundo profundo de la realidad transforma completamente la comprensión de lo posible. “Todo es posible para el que cree”. La frase no aparece como exageración retórica, sino como afirmación radical sobre las posibilidades del hombre cuando vive abierto a la dimensión infinita de su ser.

La humanidad ha desarrollado extraordinariamente el dominio de la materia. La ciencia y la técnica han alcanzado niveles inmensos de precisión y conocimiento. Pero el hombre continúa extremadamente limitado en cuestiones fundamentales como el amor, la convivencia, la intuición profunda de la vida o el conocimiento interior.

Así como el hombre ha desarrollado durante siglos el conocimiento de la materia, aparece también la posibilidad de desarrollar el acceso consciente a la dimensión espiritual de la realidad. La telepatía, la intuición profunda, la comprensión interior de las personas o incluso ciertas formas de curación aparecen vinculadas a una humanidad más desarrollada espiritualmente.

La vida eterna no se presenta como algo completamente futuro y separado del presente. Comienza ya dentro del hombre. El mundo espiritual no está solamente “después” de la muerte; constituye ya ahora la verdadera dimensión de la existencia humana.

La materia, por tanto, no queda negada ni despreciada. Sigue siendo real y valiosa. Pero aparece integrada dentro de una realidad muchísimo más amplia. Lo visible es la manifestación de lo invisible. Y el hombre, viviendo dentro de la materia, está llamado continuamente a atravesarla para descubrir el fondo infinito del que procede.

El hombre en tentación

La revelación de Dios en Cristo significa simultáneamente revelación del hombre. Dios, al hacerse carne, no solamente muestra quién es Él, sino que muestra también quién es el hombre y cuál es su destino. El hombre no sabe completamente quién es porque todavía no está terminado. La humanidad entera permanece en proceso, abierta, incompleta. El hombre desconoce todavía todo aquello que puede llegar a ser. Por eso Cristo no enseña solamente mediante palabras, sino sobre todo mediante lo que hace y lo que vive. La vida misma de Cristo constituye una revelación sobre la condición humana.

Las tentaciones del desierto aparecen entonces no como un episodio aislado y anecdótico, sino como una manifestación profunda del camino entero del hombre. Cristo atraviesa el desierto igual que Israel atravesó el desierto después de salir de Egipto. Egipto representaba la seguridad y el pan, pero también la esclavitud. El desierto representa la libertad, aunque sea una libertad hambrienta, insegura y llena de riesgo. Y precisamente ahí, en medio de esa libertad peligrosa, aparece la tentación.

La tentación no se presenta necesariamente como algo monstruoso o claramente maligno. Aparece muchas veces como algo razonable, lógico e incluso aparentemente bueno. “Si eres Hijo de Dios, convierte estas piedras en pan”. La tentación consiste en utilizar a Dios como un recurso al servicio de las propias necesidades humanas. Si Dios existe, si es bueno y poderoso, entonces debería resolver inmediatamente el hambre, el sufrimiento, las guerras o la muerte. El hombre se imagina constantemente cómo actuaría si fuera Dios. Y desde ahí empieza a juzgar a Dios mismo.

La tentación consiste precisamente en construir una imagen de Dios hecha a medida del hombre. Un Dios que interviene cuando el hombre lo necesita, que evita el sufrimiento, que impide las tragedias y resuelve instantáneamente todos los problemas. Pero cualquier imagen de Dios fabricada por el hombre termina convirtiéndose en un ídolo. Por eso la primera gran destrucción que realiza Cristo es la destrucción de la imagen religiosa de Dios.

Cristo rechaza convertir las piedras en pan no porque el hambre sea buena ni porque el hombre no deba combatirla, sino porque el hombre no puede utilizar a Dios como sustituto de su propia libertad y de su propia tarea histórica. “No solo de pan vive el hombre”. El hombre está llamado a

transformar el mundo, a convertir los desiertos en campos fértiles, pero mediante el trabajo, la libertad y la responsabilidad humana, no mediante magia religiosa.

La segunda tentación aparece en el pináculo del templo. “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo”. La tentación ahora consiste en la demostración. Bastaría un gesto espectacular para que todos creyeran. Bastaría una prueba definitiva para eliminar toda duda. Pero precisamente ahí quedaría destruida la libertad humana. El hombre ya no creería desde dentro, sino aplastado por la evidencia y el espectáculo.

La religión se convertiría entonces en una imposición irresistible. Las masas caerían de rodillas no por maduración interior, sino por fascinación ante el poder. Cristo rechaza también esa tentación. “No tentarás al Señor tu Dios”. Dios no se impone mediante demostraciones aplastantes. Respeta el ritmo lento y frágil de la libertad humana.

La vida entera de Cristo aparece atravesada por esta tentación de la demostración. En la cruz le gritan: “Si eres Hijo de Dios, baja y creeremos”. También allí la tentación sigue presente. Bastaría un acto espectacular para imponerse definitivamente. Pero Cristo no cede.

La tercera tentación es la del poder. Desde lo alto contempla las ciudades, los imperios y el dominio del mundo. “Todo esto será tuyo”. El hombre siente constantemente la tentación de utilizar el poder para construir instantáneamente un mundo perfecto. Si el hombre tuviera el control absoluto de la política, del dinero, de la técnica o de la fuerza, podría aparentemente eliminar todos los males de la historia.

Pero también aquí aparece el peligro. Un mundo impuesto desde arriba destruiría nuevamente la libertad humana. El hombre dejaría de construir su propia historia. Dios no crea una humanidad terminada; crea una humanidad llamada a hacerse a sí misma. El Reino de Dios no puede imponerse desde fuera como una maquinaria perfecta. Debe nacer desde la libertad humana.

Por eso Cristo responde: “Solo a Dios adorarás”. Utilizar el poder absoluto para fabricar instantáneamente un paraíso humano significaría adorar un ídolo. Dios no quiere hombres dispensados de la tarea de hacerse hombres. La felicidad humana debe surgir de la libertad, del esfuerzo y de la historia compartida.

Las tres tentaciones permanecen constantemente presentes en la vida humana: la tentación de utilizar a Dios para resolver mágicamente la existencia, la tentación de imponer la verdad mediante demostraciones irresistibles y la tentación de dominar el mundo mediante el poder.

La religión misma aparece entonces como uno de los lugares más peligrosos para el hombre. En nombre de Dios pueden justificarse abusos, dominaciones y violencias enormes. Precisamente porque lo religioso toca lo más profundo del hombre, su corrupción se vuelve especialmente peligrosa.

Cristo atraviesa constantemente estas tentaciones sin dejar de ser plenamente hombre. Siente el peso de ellas. La libertad humana no consiste en no experimentar tentaciones, sino en atravesarlas sin destruir el propio camino. El hombre verdaderamente libre no es el que vive sin riesgos, sino el que construye su vida en medio del riesgo permanente.

La ausencia de Dios forma parte también de esta experiencia. El hombre quisiera constantemente un Dios visible, inmediato y disponible. Pero Dios permanece muchas veces silencioso. Y precisamente ese silencio forma parte de la grandeza de la libertad humana. Si Dios interviniera continuamente eliminando todo sufrimiento, toda duda y todo peligro, el hombre dejaría de ser verdaderamente libre.

Por eso incluso Cristo experimenta el abandono. “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. La sensación de desierto total aparece en el momento extremo de la cruz. Y sin embargo, precisamente allí se encuentra Dios más profundamente presente.

La libertad humana se convierte así en el centro de toda la experiencia. Dios no elimina los riesgos de la libertad. Los comparte. La historia humana, con sus guerras, errores, sufrimientos y contradicciones, constituye el espacio donde el hombre va construyéndose a sí mismo.

Más vale libertad con equivocaciones que perfección sin libertad. El desierto, aunque lleno de hambre e inseguridad, vale más que Egipto, donde había alimento pero esclavitud. El hombre está llamado a fabricar su propia historia, incluso atravesando dudas, fracasos y tentaciones.

La técnica, la medicina, la política, la cultura y la convivencia humana deben ir transformándose lentamente mediante el esfuerzo histórico del hombre. Dios no sustituye esa tarea. El don de Dios aparece siempre como tarea humana.

La oración misma queda transformada desde esta perspectiva. Pedir a Dios no significa obligarlo a conceder exactamente aquello que el hombre desea. El hombre puede pedir, desear y suplicar. Pero Dios responde desde una sabiduría infinitamente más profunda. La oración nunca queda sin efecto, aunque muchas veces el efecto no coincida con aquello que el hombre esperaba.

Dios no concede necesariamente lo que el hombre pide, sino aquello que el hombre pediría si viera toda la realidad como Dios la ve. Por eso incluso el sufrimiento, la enfermedad o la muerte pueden formar parte de un bien más profundo que el hombre todavía no comprende.

El Reino de Dios aparece entonces como un acercamiento progresivo entre Dios y el hombre. Todo aquello que separa al hombre de Dios constituye el “demonio”: la distancia, el vacío, la falta de plenitud. Cada acto libre orientado hacia el bien reduce esa distancia. El Reino de Dios se acerca lentamente mediante la libertad humana.

La vida entera del hombre se convierte así en camino a través del desierto. Un camino sin carreteras asfaltadas, sin seguridades absolutas y sin demostraciones espectaculares. El hombre va haciendo el camino mientras camina. Y precisamente ahí, en esa libertad frágil, insegura y tentada constantemente, aparece su verdadera grandeza.

La nueva mentalidad

La revelación de Dios no consiste únicamente en que Dios se dé a conocer a sí mismo. Cuando Dios se revela, revela simultáneamente al hombre quién es realmente. La revelación divina es siempre también una revelación sobre el ser humano. Dios, al mostrarse, muestra al hombre su propia profundidad. Por eso el conocimiento verdadero del hombre no puede reducirse a un conocimiento racional o intelectual. Las cosas materiales pueden conocerse mediante la razón, pero el ser humano solamente puede conocerse verdaderamente desde el amor. El hombre no se comprende desde fuera, como un objeto; se comprende desde dentro, mediante la experiencia viva y amorosa.

La palabra “amor”, sin embargo, ha perdido gran parte de su sentido auténtico. El mundo suele identificar el amor con posesión, aprovechamiento o deseo de apropiación del otro. Pero el verdadero amor es exactamente lo contrario. Amar no significa “te quiero para mí”, sino “me entrego a ti”. El amor auténtico es donación. Y precisamente eso es Dios: una entrega permanente. “Dios es amor” significa que Dios es un darse constante. Dios no se limita a existir; Dios se comunica, se entrega y se derrama sobre el hombre.

Cuando Dios entra en el hombre mediante esa entrega, el hombre descubre quién es realmente. El conocimiento de uno mismo exige entonces la presencia de Dios. El hombre no puede comprenderse plenamente solo con sus propias fuerzas. Necesita una dimensión infinita para descubrir su verdadera identidad. El hombre es tan profundo que únicamente Dios puede revelar su verdad más íntima.

Pero ese descubrimiento del propio ser conduce inmediatamente a una experiencia difícil: la aporía. La aporía es aquello que aparentemente “no pasa”, aquello que la razón no puede atravesar. Los griegos ya conocían este concepto. Hay cosas que no pueden pensarse porque son falsas, pero también existen cosas tan verdaderas y tan grandes que el pensamiento humano no logra contenerlas. No caben dentro de la razón. Y precisamente ahí aparece la verdadera revelación del hombre.

Cuando el ser humano intenta comprenderse de verdad, descubre que la razón no basta. El hombre moderno, heredero del racionalismo, cree que solamente es verdadero aquello que puede comprender racionalmente. Lo que no cabe en la razón se considera falso o inexistente. Pero eso supone convertir la razón humana en medida absoluta de la realidad. Frente a ello, la

revelación cristiana afirma algo radicalmente distinto: existen dimensiones del hombre y de Dios que superan completamente la capacidad racional.

Por eso el encuentro auténtico con uno mismo provoca vértigo e incluso rechazo. Cuando Cristo aparece revelando al hombre su verdadera condición, muchos concluyen que está loco. En el Evangelio se dice que sus propios familiares quisieron llevárselo porque “había perdido el juicio”. La reacción humana ante la verdadera profundidad del hombre suele ser el miedo. Lo que supera nuestros esquemas racionales parece locura.

La figura de Cristo revela precisamente esta tensión. Cristo muestra un camino que no encaja dentro de las seguridades humanas habituales. Sus palabras y su vida rompen constantemente las categorías racionales y sociales establecidas. Incluso María, como auténtica mujer de fe, tuvo que atravesar el sufrimiento de no comprender plenamente el camino de su hijo. La fe no consiste en tenerlo todo claro; consiste en caminar en medio de la oscuridad aceptando aquello que todavía no puede comprenderse del todo.

Aquí aparece la diferencia entre racionalismo y fe. La razón accede a la realidad mediante el análisis y la comprensión conceptual. La fe, en cambio, accede a la realidad mediante la experiencia y la aceptación. Se puede comprender químicamente una manzana sin haber disfrutado nunca realmente de ella. Pero también puede uno comerla, saborearla y experimentar su verdad sin entender científicamente su composición. Del mismo modo, Dios puede ser analizado conceptualmente, pero sobre todo puede ser vivido y experimentado.

La experiencia de Dios pertenece entonces más al orden de la vivencia que al de la demostración racional. Dios no se posee intelectualmente; se experimenta existencialmente. El hombre conoce verdaderamente a Dios cuando ama, cuando se entrega y cuando vive esa apertura profunda hacia la realidad.

La filosofía moderna ha encerrado al hombre dentro de un racionalismo estrecho. El hombre contemporáneo cree que solamente existe aquello que puede medir, demostrar o controlar. Sin embargo, autores como Konrad Lorenz muestran que el ser humano percibe solamente una parte limitada de la realidad. Igual que un animal está adaptado a su hábitat concreto, también la inteligencia humana está adaptada a determinadas dimensiones de la realidad, pero no necesariamente a todas. Existen niveles enteros de realidad que el hombre quizá no percibe simplemente porque no posee todavía las “pezuñas” adecuadas para caminar por ellos.

El hecho de que algo no pueda percibirse o comprenderse no significa que no exista. Del mismo modo que un delfín no puede moverse por la tierra y un ciervo no puede vivir en el océano, el

hombre puede ser incapaz de comprender ciertas dimensiones de la existencia sin que por ello dejen de ser reales.

Desde esta perspectiva, la fe no aparece como una negación de la inteligencia, sino como una ampliación de la capacidad humana de acceder a la realidad. La fe permite aceptar que existen dimensiones más profundas que superan los límites racionales sin destruirlos.

El hombre, además, vive buscando seguridades: dinero, familia, poder, prestigio, propiedades, reconocimiento social o estabilidad. Construye continuamente estructuras que le protejan frente al miedo y la incertidumbre. Pero el problema es que el ser humano no está hecho únicamente para la seguridad. Está hecho también para la aventura, para el riesgo y para el descubrimiento.

La vida auténticamente humana exige salir de las propias seguridades y aventurarse hacia lo desconocido. Solo así el hombre crece y se transforma. La existencia humana no consiste en permanecer encerrado dentro de un círculo de protección permanente, sino en abrirse constantemente hacia horizontes nuevos.

Occidente, según esta visión, ha llevado al extremo la obsesión por la seguridad y el control racional. Sin embargo, precisamente por eso se encuentra en crisis. El futuro de la humanidad no parece orientarse hacia un racionalismo todavía más fuerte, sino hacia una nueva sensibilidad más abierta a la experiencia, la intuición, el sentimiento y la vivencia espiritual.

No se trata de rechazar la razón, sino de reconocer sus límites. La razón es necesaria, pero no suficiente. El hombre es más grande que aquello que puede racionalizar. La existencia humana contiene una profundidad que solo puede ser aceptada mediante la fe, la experiencia y el amor.

La verdadera grandeza del hombre consiste precisamente en atreverse a atravesar esas aporías: aceptar aquello que no puede controlar completamente, abrirse a una realidad que lo supera y caminar más allá de las seguridades racionales. Solo entonces el hombre empieza realmente a descubrir quién es.

El hombre, autor de su biografía

La Encarnación de Dios significa que Dios se hace hombre para revelar al hombre quién es él mismo. Cuando Dios habla, habla “en hombre”, y por eso conocer a Dios implica necesariamente conocer al hombre. El camino hacia Dios pasa por el ser humano. “Quien ama a su hermano conoce a Dios”. No puede hablarse auténticamente de Dios sin hablar del hombre y de su capacidad de amar. Dios no se revela fuera del hombre, sino dentro de él. Cristo no es “Dios metido dentro de un hombre”, sino Dios verdaderamente hecho hombre. “El Verbo se hizo carne”. La Palabra de Dios se hace humanidad real. Por eso, cuando Dios quiere hablar definitivamente, lo hace haciéndose hombre.

El cristianismo aparece entonces como una transformación continua. Convertirse significa cambiar constantemente de mentalidad. El hombre nunca está terminado; siempre está en camino. El cristiano no puede repetirse eternamente ni permanecer quieto dentro de fórmulas fijas. Debe revisarse continuamente, rehacerse continuamente, volver a pensar continuamente. El hombre que cree haber llegado ya está detenido. El hombre verdaderamente vivo está siempre cambiando y caminando hacia algo mayor que él mismo.

La vida humana no avanza de manera recta y tranquila. El hombre imagina normalmente una línea continua: propone una meta y espera llegar a ella progresivamente, sin rupturas. Pero la realidad humana contiene fisuras. En algún momento aparece una interrupción, un corte, una caída, un fracaso, una experiencia de muerte. Y precisamente ahí comienza el crecimiento profundo. “Si el grano de trigo no muere, no da fruto”. El sufrimiento y la pérdida no aparecen como accidentes absurdos, sino como lugares donde la vida humana madura y produce cosecha. Las grandes profundidades humanas crecen atravesando esas rupturas. El hombre que intenta conservar continuamente su vida termina perdiéndola. El que sabe enterrarla, dejarla pasar por la oscuridad y la descomposición, termina encontrándola multiplicada.

Cristo no impone verdades artificiales sobre el hombre. Revela simplemente cómo funciona verdaderamente la existencia humana. Igual que Newton no inventó la gravedad sino que descubrió una ley que ya existía, Cristo revela las leyes profundas del hombre. La vida humana crece atravesando contradicciones, tensiones, pérdidas y conflictos interiores. El hombre no madura únicamente mediante éxitos y seguridades. Muchas veces crece precisamente allí donde siente que todo se rompe.

Lo que hace grande al hombre no es principalmente su inteligencia ni aquello que sabe, sino aquello que es capaz de amar. El corazón aparece como el lugar donde crece verdaderamente el ser humano. El hombre puede ser brillante, culto o poderoso y, sin embargo, ser profundamente pequeño. Y un hombre sencillo, incluso analfabeto, puede ser inmensamente grande si sabe amar. La grandeza humana depende de la capacidad de darse a los demás. “En esto conocerán que sois míos: si os amáis”. Cuanto más ama el hombre, más hombre es. Cuanto menos ama, menos hombre es.

Ser cristiano no añade algo externo al hombre. Revela lo que el hombre ya está llamado a ser. El hombre auténtico ya está orientado hacia Cristo porque Cristo representa el hombre total, el hombre plenamente realizado. Seguir a Cristo significa caminar hacia la plenitud de uno mismo. “Sígueme” no significa adherirse a un grupo externo, sino ponerse en camino hacia el hombre verdadero que cada uno está llamado a ser. Cristo aparece como el hombre perfecto, el hombre totalmente realizado, el hombre abierto plenamente a Dios. Por eso seguir a Cristo es caminar hacia la propia plenitud humana.

El hombre escribe su propia biografía. Nadie puede vivir por él ni sustituirlo en la tarea de construirse a sí mismo. Todas las ayudas exteriores son secundarias frente a la responsabilidad personal de llegar a ser quien uno debe ser. El hombre puede rodearse de doctrinas, seguridades, instituciones o religiones, pero nada de eso sustituye el trabajo interior. La verdadera biografía se escribe dentro del hombre, en el desarrollo de su ser profundo.

Cuando el hombre huye de sí mismo empieza a construir seguridades alrededor: dinero, prestigio, partido político, familia, religión, instituciones, estabilidad social o estructuras religiosas. Todo ello puede convertirse en refugio frente al vacío interior. El hombre que no se atreve a entrar dentro de sí busca apoyos exteriores que le sostengan. Pero ninguna seguridad exterior equivale jamás a la profundidad del hombre. El dinero, la familia, el partido o incluso la religión pueden convertirse en sustitutos de la verdadera tarea humana.

Por eso Cristo desmonta constantemente las falsas seguridades religiosas. Provoca a los fariseos, rompe esquemas religiosos y cuestiona continuamente las estructuras que convierten la religión en refugio cómodo. La religión puede convertirse en escondite de hombres vacíos que utilizan ritos, normas y seguridades religiosas para evitar enfrentarse consigo mismos. Pero la tarea central sigue siendo siempre la misma: construir el propio ser.

Todo aquello que el hombre construye fuera de sí puede derrumbarse. La familia puede romperse, los partidos pueden desaparecer, las instituciones pueden hundirse, las seguridades

económicas pueden perderse y las estructuras religiosas pueden entrar en crisis. Pero el hombre que ha construido su interior sigue poseyéndose a sí mismo incluso cuando pierde todo lo demás. El hombre verdaderamente sólido no depende absolutamente de las circunstancias exteriores.

La muerte termina revelando esto definitivamente. En el momento de morir desaparecen todas las seguridades exteriores. El dinero, el prestigio, la familia, las posiciones sociales o las instituciones ya no pueden sostener al hombre. Solo permanece aquello que el hombre verdaderamente es. “El Reino de Dios está dentro de vosotros”. Lo único que atraviesa intacto la muerte es el ser interior construido libremente durante la vida.

El hombre puede pasar la vida distraído de sí mismo mientras las seguridades exteriores funcionan correctamente. Pero cuando esas seguridades se derrumban aparece el vacío interior. Y precisamente por eso la sociedad de consumo resulta peligrosa: permite al hombre sobrevivir vacío de sí mismo, entretenido continuamente por seguridades y distracciones exteriores. El hombre puede vivir rodeado de comodidades mientras permanece profundamente deshabitado por dentro.

“Los enemigos del hombre son sus domésticos”. Lo más peligroso para el hombre no es lo exterior, sino aquello que habita dentro de él mismo. La verdadera lucha humana ocurre en el interior. El hombre está dividido. Dentro de sí existen fuerzas que impulsan hacia adelante y fuerzas que frenan el crecimiento. El hombre quiere hacer el bien y muchas veces no lo hace; quiere evitar el mal y termina haciéndolo. La gran oposición no se encuentra solamente fuera, sino dentro del propio corazón humano.

La guerra interior resulta necesaria para el crecimiento. “No he venido a traer paz, sino espada”. La vida humana crece mediante tensiones, conflictos y contradicciones. Allí donde todo se vuelve completamente cómodo y plano comienza el estancamiento. Igual que el agua inmóvil termina pudriéndose, también el hombre que deja de luchar interiormente empieza a morir espiritualmente. La oposición, la dificultad y la crisis revelan energías y posibilidades que permanecían ocultas.

El hombre verdaderamente vivo es el que continúa caminando hacia sí mismo, incluso atravesando contradicciones, pérdidas y conflictos interiores. Todo lo exterior puede ayudar o dificultar, pero nada sustituye esa tarea central. El hombre está llamado continuamente a convertirse en aquello que todavía no es plenamente. Y ese camino hacia el hombre total es precisamente el camino hacia Dios.

El hombre y su futuro

El hombre y su futuro forman una única realidad inseparable. El hombre no puede ser verdaderamente hombre sin futuro. El futuro no aparece como algo accesorio añadido a la existencia humana, sino como aquello que constituye su propia esencia. Si el hombre no tuviera futuro, no habría hombre. Y precisamente por eso el futuro constituye uno de los grandes contenidos de la revelación cristiana sobre el hombre. El hombre es tarea de sí mismo. Está obligado a hacerse. Y para hacerse necesita tiempo, necesita apertura, necesita futuro. Un ser sin futuro sería una piedra, una planta o un animal. El hombre es hombre porque debe construirse a sí mismo.

El hombre aparece entonces en el origen como un ser no terminado. “Imperfecto” no significa defectuoso, sino incompleto. Dios crea al hombre sin terminarlo para que el hombre pueda terminarse a sí mismo. Un hombre completamente terminado desde el principio sería un ser perfecto pero inútil, porque ya no podría crecer ni hacerse. Su perfección no sería obra suya. Por eso el mundo más perfecto es precisamente un mundo inacabado, abierto, donde el hombre puede participar en su propia construcción. El hombre es un ser creado creador: creado por Dios y, al mismo tiempo, creador de sí mismo.

La imagen del crecimiento humano aparece representada como una línea que avanza simultáneamente en tiempo y en calidad. El hombre nace en un punto cero. Y desde ese punto va creciendo hacia una plenitud que todavía no posee. Puede caminar y desarrollarse o puede permanecer detenido. Puede incluso retroceder. Pero toda su vida consiste en ese proceso de llegar a ser aquello que todavía no es. Lo más importante del hombre no es lo que trae hecho al nacer, sino aquello que debe llegar a construir de sí mismo.

Por eso el hombre es tanto lo que ya es como aquello que todavía no es. Al nacer tiene todo por hacer. Todo el territorio de la calidad humana permanece todavía oscuro y vacío. El hombre va conquistando lentamente esa oscuridad a lo largo del tiempo. Cada paso de la vida significa ir iluminando una parte más de sí mismo. La condición humana consiste precisamente en eso: el hombre nace pequeño pero con vocación de totalidad.

El pecado original aparece entonces como la propia condición humana. No significa ante todo una culpa concreta cometida en el pasado, sino la experiencia de un hombre que descubre dentro de sí una insuficiencia fundamental. El hombre se mira y percibe que todavía no coincide

consigo mismo. “No estoy conforme”. Descubre una zona oscura dentro de sí que no acepta como definitiva. Ese desajuste interior es el punto de partida de toda la aventura humana.

El pecado no aparece aquí únicamente como falta moral religiosa, sino como cualquier situación desviada respecto a aquello que corresponde al hombre. “Error el golpe”. El hombre siente que todavía no está en su sitio pleno. Lleva dentro una distancia entre lo que es y lo que está llamado a ser. Y precisamente porque siente esa distancia puede crecer. El hombre satisfecho de sí mismo deja de caminar. El hombre que percibe su insuficiencia mantiene abierto el futuro.

La grandeza del hombre consiste en que todo aquello que todavía no es ya le pertenece de alguna manera. El futuro no es algo extraño al hombre: constituye su propia sustancia más profunda. El hombre vive proyectado continuamente hacia delante. Y por eso el hombre sin futuro se destruye. Cuando el hombre siente que el futuro se ha cerrado completamente, aparece el deseo de desaparecer. El hombre necesita horizonte para existir.

La creación entera aparece también como una realidad en camino. La creación no existe para quedarse detenida en sí misma. Todo ha sido creado para desplegarse hacia una plenitud. La creación da origen a la vida, la vida da origen al hombre y el hombre introduce conscientemente el caminar de toda la creación hacia una plenitud superior. Nada está cerrado. Todo está en proceso.

Por eso la creación, el caminar humano y la salvación forman una única realidad. La creación existe para el caminar y el caminar existe para la salvación. Todo está ya orientado hacia una plenitud definitiva. La salvación no aparece entonces como algo añadido desde fuera al final del tiempo, sino como aquello que ya está latiendo desde el interior mismo de la creación y de la vida humana.

La salvación no afecta solamente al hombre aislado. Toda la creación queda implicada. El hombre no puede salvarse solo. Con él se salva también todo aquello que ha tocado y todo aquello que lo ha construido: la naturaleza, la historia, la cultura, los paisajes, los sonidos, las personas, las emociones y los recuerdos. “Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva”. La salvación alcanza a toda la realidad.

Aquello que el hombre espera ya está presente dentro de él mismo. La salvación no es únicamente futura. Empieza ya ahora. A veces irrumpe en momentos fugaces donde el hombre siente una plenitud inexplicable: contemplando un paisaje, escuchando música, enamorándose o experimentando una intensidad profunda de vida. Son instantes en los que parece desaparecer el tiempo y aparece algo infinito latiendo dentro del hombre.

El futuro definitivo del hombre no puede describirse porque cualquier descripción lo reduciría a algo limitado. El verdadero futuro humano es infinito. Todo horizonte visible sigue siendo penúltimo. El horizonte último no puede pensarse ni describirse plenamente. Y precisamente eso es Dios. No como objeto visible o meta concreta manipulable, sino como el futuro absoluto del hombre.

Lo más propio del hombre no es aquello que ya posee, sino aquello que todavía debe llegar a ser. Y cuanto más grande es el futuro, más íntimamente pertenece al hombre. Por eso Dios aparece como lo más interior y más propio del hombre: el futuro absoluto hacia el cual toda la existencia humana permanece abierta.

La vida humana avanza además de forma irregular. El hombre no camina en línea recta. Avanza mediante aciertos y errores, mediante subidas y caídas. Los errores no destruyen necesariamente el crecimiento; muchas veces forman parte de él. El hombre aprende también equivocándose. La existencia humana se mueve constantemente en zigzag.

La muerte aparece entonces no como destrucción definitiva, sino como culminación del camino. La muerte no destruye el sentido de la vida; lo concentra. Toda la vida se pone de pie en el instante final. En ese momento toda la existencia alcanza una intensidad máxima. Incluso una vida llena de errores puede orientarse definitivamente hacia la plenitud en el último instante. La parábola del buen ladrón expresa precisamente eso: un instante final puede recoger y transformar toda una vida.

La muerte deja de entenderse como desaparición absoluta. Desde fuera parece pérdida. Pero desde dentro del hombre aparece como paso hacia la totalidad que toda la vida había estado buscando. Morir significa que el tiempo se detiene y la existencia humana entra plenamente en aquello que siempre había estado construyendo y deseando.

Toda la vida se convierte así en preparación de esa plenitud definitiva. Vivir bien significa preparar bien la propia muerte. Cuanto más plenamente vive el hombre, más intensamente construye aquello que permanecerá definitivamente. La vida aparece entonces como la lenta construcción de la eternidad dentro del tiempo.

Tercera parte

El cristiano Dios que viene

El cristiano es Dios que viene

Al presentar el camino que estamos haciendo, es necesario recordar que no se trata simplemente de caminar, sino de caminar en el camino. “Es mejor ir cojeando por el buen camino que ir corriendo por camino equivocado”. Cuanto más corre el hombre por un camino equivocado, más se aleja de la meta. Y aunque avance lentamente por el camino verdadero, se acerca a ella. Mejor cojear que correr por mal camino.

Ser hombre es una aventura. Buscar seguridades absolutas no es serio, no es humano. El hombre se embarca siempre y, cuanto más hombre es, más naves quema detrás de sí para no poder volver atrás. El hombre embarcado en la aventura, el hombre que toma en serio la tarea de ser hombre, descubre que siempre termina encontrando a Dios. Pero de Dios no puede hablarse como si pudiera ser contenido dentro de la inteligencia humana. Lo que sabemos de Dios es infinitamente menor que lo que ignoramos de Él. El infinito no cabe dentro de lo finito. Lo limitado no puede contener lo ilimitado.

El hombre que toma en serio su aventura emprende un camino. El hombre pequeño, el que no toma en serio la aventura, cree que su estatura es la normal porque jamás ha visto lo que realmente está llamado a ser. Lo más doloroso para el hombre pequeño es precisamente el hombre grande que debería ser y no quiere ser por cobardía. El hombre emprende un camino y coloca metas: felicidad, poder, ilusión, influencia. Pero cada meta alcanzada se convierte inmediatamente en una meta provisional. La felicidad conseguida despierta una felicidad más alta. El hombre toca una satisfacción y se pregunta si es aquello que realmente buscaba. Y responde: todavía no. Sigue caminando. Todas las metas son penúltimas. Ninguna es definitiva. La meta última se abre hacia el infinito.

A través de las felicidades y las infelicidades de la vida, el hombre descubre que solamente una felicidad infinita podría satisfacerlo plenamente. Descubre que ninguna meta alcanzada logra retenerlo. Todo lo impulsa hacia delante. Entonces topa con el infinito. Y el infinito es Dios. El hombre que camina fiel a sí mismo descubre que no existe agua capaz de apagar definitivamente su sed ni pan capaz de saciar para siempre su hambre. Cuando el hombre llega a esta afirmación, Dios irrumpe.

Las religiones reveladas afirman precisamente eso: no es el hombre quien descubre a Dios, sino Dios quien sale al encuentro del hombre. El hombre avanza en su aventura y, de pronto, Dios le sale al encuentro. Eso es la revelación. El hombre busca y termina encontrando a Aquel que venía hacia él.

Toda la aventura humana puede entenderse así. El hombre, durante millones de años, ha ido buscando, inventando, tanteando caminos. Ha inventado mitos, dioses, paraísos, caídas, explicaciones. Toda esa aventura humana está acumulada dentro de nosotros. Somos herederos de todos los hombres anteriores. No empezamos desde cero. Empezamos desde el último peldaño alcanzado por toda la humanidad antes de nosotros.

El hombre camina hacia el infinito y Dios le sale al encuentro. La aventura del hombre y la encarnación de Dios se cruzan. Eso es la Navidad: el hombre que busca y Dios que sale al encuentro. Pero surge entonces la gran pregunta: una vez que el hombre encuentra a Dios, ¿qué sucede después? La respuesta más inmediata parece sencilla: el hombre ha encontrado lo que buscaba y ya puede descansar. Pero precisamente ahí aparece el gran error religioso. El hombre que cree poseer a Dios y disfrutarlo definitivamente no lo ha encontrado todavía. Aquel que tiene a Dios es precisamente el que sigue buscándolo. El que deja de buscar porque cree poseerlo, ya lo ha perdido.

Todas las religiones han caído en la tentación de creer que tienen a Dios encerrado. Pero Dios nunca puede ser encerrado. El hombre que toma en serio su aventura descubre que toda felicidad alcanzada sigue siendo insuficiente porque lleva dentro una sed infinita. Incluso cuando Dios irrumpe en su vida, esa irrupción no pone fin al camino. El encuentro con Dios no significa detenerse. Significa comenzar verdaderamente.

El hombre que camina y Dios que sale a su encuentro se cruzan en un punto. Ese punto es la Navidad. Pero después de la Navidad, ¿qué sucede? El cristiano es precisamente ese lugar por el cual Dios sigue viniendo al mundo. Todo el Nuevo Testamento es un relato de cómo Dios vino. Los Evangelios cuentan cómo vino Jesucristo, qué hizo y cómo se fue. Los Hechos cuentan cómo Cristo se introdujo en la pequeña Iglesia primitiva. Las cartas y el Apocalipsis continúan el relato. Y, sin embargo, el Apocalipsis termina con una frase sorprendente: “Ven, Señor Jesús”. Todo el relato que cuenta que Jesús vino termina suplicando que venga. Ahí está el secreto. El cristiano es aquel lugar por el cual Dios sigue viniendo al mundo.

Cuando Dios vino al mundo lo hizo en la noche y en el silencio. Por eso, cuando el cristiano es el lugar donde Dios viene, el cristiano es también noche y silencio. El hombre que acepta la aventura, el hombre que no se queda detenido en el charco, el hombre que sigue buscando el océano, ese es el hombre verdadero. El hombre que bebe en un charco y dice que no existe más agua que ese charco deja de ser verdaderamente hombre. El hombre que se conforma con lo que es jamás topará con Dios.

El problema actual no es la técnica. El problema es el hombre. La técnica es maravillosa. Lo que falla es el hombre. Se desmontan bombas atómicas porque resulta más fácil desmontar las bombas que hacer bueno al hombre. Y eso es una bofetada contra el propio hombre. Se ha llegado a aceptar que transformar el corazón humano es más difícil que desmontar el arsenal del mundo. El hombre contemporáneo tiene corazón de primitivo y en la mano una bomba atómica. El primitivo enfadado tenía apenas un hacha de piedra. El hombre moderno, con el mismo corazón desbocado, puede destruir ciudades enteras.

La Iglesia verdadera no es la de los bautizados inmóviles. La Iglesia verdadera está formada por todos aquellos que caminan desde Adán hasta el último hombre. Adán no es un individuo concreto, sino lo humano primitivo, el primer ser que se puso en pie y comenzó la aventura humana. Desde aquel primer pensamiento hasta hoy, toda la humanidad es una larga marcha. Un japonés sintoísta que camina verdaderamente puede estar más cerca de Dios que un cristiano bautizado que se ha detenido. El problema no es pertenecer externamente a una religión, sino aceptar la aventura del hombre.

El hombre es un ser llamado al infinito. Cada felicidad alcanzada empuja hacia otra más grande. Cada meta conseguida revela que todavía queda camino. El hombre que se detiene deja de ser hombre. El hombre auténtico es aquel que, aun teniendo los graneros llenos, sigue sembrando. El hombre que ya no necesita nada y aun así sigue caminando es el verdadero hombre. La aventura humana consiste precisamente en eso: en no instalarse jamás.

El cristiano no es el hombre satisfecho que posee a Dios como una propiedad privada. El cristiano es el lugar donde Dios sigue viniendo al mundo. El cristiano es el hombre cuya vida permanece abierta. Dios no aterriza desde fuera como algo extraño. Dios llega desde el interior mismo de la aventura humana. El hombre busca a Dios y descubre finalmente que Dios ya venía dentro de su propia búsqueda. Todo sucede en el corazón del hombre. El secreto es el hombre. El hombre es Dios que viene.

El hombre nuevo

Ser hombre es una aventura. No una seguridad ni un camino ya trazado, sino el hecho de abrir camino mientras se anda. El hombre busca y Dios sale a su encuentro. En el lugar donde ambas direcciones se cruzan sucede el encuentro entre el hombre y Dios. Pero la pregunta decisiva es qué ocurre después de ese encuentro. El hombre camina y, en algún momento de su vida, Dios se le hace presente. Se produce entonces el encuentro. Y a partir de ahí, ¿qué sucede?

Podría parecer que todo depende exclusivamente de Dios, de que Dios venga al encuentro del hombre. Si Dios no viniera, el hombre seguiría buscando indefinidamente sin encontrar jamás aquello que anhela. Parecería entonces que todo está en manos de Dios. Pero también es verdad que el hombre es un aventurero. Y conviene insistir en ello, sobre todo hoy, cuando el desafío produce miedo en lugar de entusiasmo. Sin embargo, lo mejor que puede ocurrirle al hombre es precisamente encontrarse ante el desafío.

Cuando el ambiente y el sujeto se equilibran por completo, nace la estabilidad. La charca. Nada estimula ya a cambiar. Nada obliga a avanzar. Pero cuando el ambiente desafía al sujeto o el sujeto desafía al ambiente, nace el desequilibrio, y con él comienza la mutación, el avance de la evolución. Los equilibrios que producen tanta paz son estados de muerte. Los desequilibrios y los desafíos son estados de vida. Lo peor que puede sucederle a una persona es no tener ningún desafío delante.

Y, sin embargo, aquello que más fácilmente crea estabilidad y charca es la religión. Muchas veces la religión promete exactamente eso: tranquilidad, seguridad, una eternidad garantizada. “Ven conmigo y yo te aseguro la salvación.” Pero la verdadera experiencia religiosa jamás elimina el desafío. La verdadera experiencia religiosa pone al hombre permanentemente en camino. Como esto no gusta, las religiones tienden a fosilizarse. Prometen comodidad, paz, seguridad. Y muchos creyentes terminan instalados, detenidos, incapaces ya de evolucionar.

No debe esperarse que el avance venga únicamente de la política, de la economía o de la cultura, porque cualquier auténtico avance humano es también religioso. Todo adelanto verdadero ocurre en el encuentro entre el hombre que busca y la totalidad. Por eso puede decirse incluso que, muchas veces, quienes más obstaculizan la evolución son precisamente quienes creen poseer a Dios. Porque han olvidado que ser hombre significa buscar.

El hombre que no busca no encuentra a Dios. El hombre sentado en su charca, satisfecho y tranquilo, podrá tener espejismos religiosos, pero no sabe nada de Dios. Tampoco las religiones estancadas saben nada de Dios. Dios es aventura por parte del hombre y descenso por parte de Dios. Sólo el hombre que camina se encuentra con Él.

Supongamos entonces que el hombre busca y encuentra a Dios. ¿Qué sucede después? Sucede que el hombre ya no puede caminar sin que Dios entre cada vez más dentro de él. Cuanto más camina, más se abre. Y cuanto más se abre, más torrencialmente entra Dios en él. La vida humana se convierte entonces en el lugar donde Dios se manifiesta. El hombre se vuelve el espacio privilegiado donde Dios aparece.

Pero este Dios no es exterior al hombre. El hombre no corre hacia Dios como quien avanza hacia un aire lejano. El hombre sólo puede buscar a Dios porque ya lo tiene dentro. El infinito que busca es el mismo infinito que lo impulsa. El hombre ha sido hecho para el infinito y por eso siente dentro de sí hambre de infinito. El hombre busca a Dios porque Dios ya habita en él.

Quien busca a Dios, ya lo posee. Y quien cree poseerlo sin buscarlo, en realidad no lo tiene. La prueba de que alguien tiene a Dios es precisamente su sed de Dios. Aquellos que desean a Dios, lo tienen. Aquellos que creen poseerlo definitivamente y descansan satisfechos, lo han perdido.

Por eso los creyentes auténticos son los que buscan. Los verdaderos ateos son quienes creen poseer a Dios y se sientan tranquilos. El hombre es camino. Tao. Odós. Camino incesante hacia el infinito. Y cuanto más se acerca al infinito, más crece su sed de infinito.

Dios es principio, medio y fin del camino. Es quien impulsa al hombre desde dentro, quien acompaña el caminar y quien espera al final. El hombre entero está dentro de Dios. El origen es la creación. El medio es la encarnación. El fin es la salvación.

De la experiencia del encuentro con Dios nacen las religiones de la tierra. Todas parten de un momento en el que un hombre o un pueblo quedan deslumbrados por Dios. Pero inmediatamente aparece el peligro: convertir la experiencia en instalación. Convertir el camino en quiosco. Entonces la religión deja de invitar a caminar y comienza a ofrecer seguridades. “Entrégate a mí, paga el precio, acepta las fórmulas correctas y llegarás a Dios sin moverte.” Ahí la religión se fosiliza.

La verdadera experiencia religiosa dice otra cosa: “Ven conmigo y caminemos.” No promete seguridad. No elimina el riesgo. No instala al hombre. Lo obliga a avanzar. Cristo destruye

precisamente los quioscos religiosos. Expulsa a los mercaderes porque han convertido el templo en lugar de instalación y comercio espiritual.

Toda religión tiene teología y praxis. Tiene doctrinas y ritos. Pero ninguna de esas cosas es la religión misma. La religión verdadera es el encuentro del hombre con Dios. Todo lo demás sólo tiene sentido si mantiene abierto el camino. Cuando la teología pretende definir completamente a Dios, deja de ser camino y se convierte en fósil. Cuando la praxis religiosa sustituye al caminar interior, se transforma en instalación.

Por eso pueden existir hombres profundamente religiosos fuera de las religiones oficiales y hombres profundamente irreligiosos dentro de ellas. Puede haber personas que jamás entren en un templo y, sin embargo, vivan buscando a Dios con toda el alma. Y puede haber creyentes instalados en ritos, sacramentos y fórmulas que no sepan absolutamente nada de Dios.

Las religiones se enfrentan entre sí porque viven en la periferia de la experiencia religiosa. En la superficie aparecen separadas, enemigas, opuestas. Pero cuanto más profundiza cada una hacia el centro, más se acercan unas a otras. El problema no es que las religiones sean distintas. El problema es quedarse en la periferia. Cuanto más profundamente un cristiano vive el cristianismo, más cerca se siente del judío, del budista o del musulmán que también buscan sinceramente a Dios.

La religión auténtica está en el centro, en el encuentro con Dios. Las religiones periféricas son las formas históricas que se alejan de ese centro. Por eso el fanatismo religioso no es exceso de fe, sino alejamiento del verdadero núcleo religioso.

La gran tragedia es que las religiones tienden constantemente a instalarse. Construyen casas donde debería haber tiendas. El hombre religioso verdadero es como el caminante del desierto que monta su tienda al caer la noche y la recoge al amanecer para seguir caminando. Cada experiencia de Dios sirve para descansar una noche, nunca para instalarse definitivamente.

Egipto simboliza justamente lo contrario. Egipto es el lugar donde se come bien, pero se vive esclavo. El desierto es hambre, inseguridad, ausencia de caminos. Y, sin embargo, es libertad. Los israelitas añoraban Egipto porque allí tenían seguridad. Preferían comer bien siendo esclavos antes que caminar libres muriéndose de hambre. Pero Dios los llama precisamente a abandonar la comodidad y ponerse en camino.

La Pascua significa el paso de Dios. Dios pasa. No permanece detenido. Dios atraviesa la vida humana como un viento, como un torrente. Por eso no puede encerrarse en templos ni fórmulas. Dios pasa. Y sólo quien está despierto y caminando puede reconocer el rastro de su paso.

El pan ácimo expresa la misma idea. Es el pan sin fermento, el pan rápido. No hay tiempo para instalarse. La experiencia de Dios es inmediata, urgente, fugaz. Hay que acogerla mientras pasa.

Y finalmente está la tienda. La sukkah. El hombre del desierto duerme cada noche bajo una tienda ligera que al amanecer vuelve a recoger. Esa es la verdadera imagen de la religión. No una casa fija, sino una morada provisional dentro del camino. Cada experiencia de Dios es una tienda para una noche. Al día siguiente debe recogerse y continuar avanzando.

La religión deja de ser verdadera cuando olvida que es camino. Cuando pretende convertirse en instalación definitiva, se convierte en fósil. El hombre deja entonces de caminar. Y en el momento en que deja de caminar, deja también de buscar a Dios.

Lo sagrado y lo profano

La crisis religiosa no debe entenderse como una catástrofe definitiva, aunque todos la padezcan. El problema aparece cuando quienes se sienten seguros en sus cuarteles de invierno creen que la historia puede detenerse allí. Permanecen protegidos, calientes, defendidos, convencidos de que basta con conservar lo heredado. Pero la historia humana sigue adelante aunque el hombre se resista. Sigue adelante incluso cuando algunos prefieren dormirse dentro de sus seguridades. Todo lo humano empuja hacia delante, también en las profundidades inconscientes del hombre. Por eso quienes se refugian definitivamente en los cuarteles tienen los días contados. La historia los dejará atrás.

El hombre que se siente responsable del caminar de la historia no puede quedarse instalado. Debe subirse al tren del tiempo y participar en su dirección. Porque la historia será finalmente lo que el hombre quiera. Y ese hombre que quiere no es el hombre dormido ni satisfecho, sino el hombre despierto, inquieto, caminante.

Lo curioso es que quienes más fácilmente se refugian en esos cuarteles suelen ser precisamente quienes se llaman amigos de Dios. Pero Dios no puede ser invocado como excusa para la inmovilidad. Sólo puede hablar verdaderamente de Dios quien no está satisfecho con ninguna instalación y sigue caminando incansablemente hacia adelante. El cristianismo no es una posición estática. Es movimiento. “El que quiera venir detrás de mí.” El verbo mismo obliga a caminar. Los que están sentados no son cristianos, aunque se llamen así. Camina más un animal que un creyente instalado.

Dios no creó al hombre para ninguna situación definitiva dentro del tiempo. Si el hombre hubiera sido creado para quedarse quieto en una forma concreta de existencia, la humanidad seguiría todavía detenida en el Paleolítico. El hombre está hecho para un movimiento sin fin. No para una situación estable, sino para una eternidad que comienza ya aquí.

Durante siglos el hombre ha pensado la realidad en forma dual. Dios y el hombre. La vida eterna y esta vida. La fe y la ciencia. La religión y la vocación humana. Lo sagrado y lo profano. Las religiones de la tierra han estructurado el mundo entero sobre esas oposiciones. Dios aparece como un territorio distinto del hombre. La eternidad parece separada de la vida temporal. La fe se opone a la ciencia. Lo sagrado ocupa templos, montañas y sacerdotes, mientras lo profano ocupa calles, ríos, playas y profesiones humanas.

Pero en el fondo nadie sabe verdaderamente qué significa la palabra Dios. Cuando se pronuncia, todos creen entenderla, y sin embargo nadie sabe decir qué es Dios. Dios no puede ser pensado ni dicho completamente. El hombre no posee una idea suficiente de Dios. Todo intento de definirlo acaba reduciéndolo.

Lo único que puede decirse es que el hombre que se acerca verdaderamente a Dios entra en una actitud distinta. Lo adora. Quien conoce a Dios lo adora; quien no lo conoce lo desprecia o lo ignora. También puede decirse que allí donde Dios toca algo, aquello se vuelve sagrado. Un templo es sagrado porque se cree que Dios está allí. Un sacerdote es sagrado porque pertenece a Dios. Una montaña puede ser sagrada. Un tiempo puede ser sagrado.

Y así nace la división entre lo sagrado y lo profano. Pero esa frontera comienza a resquebrajarse cuando se formula una pregunta decisiva: ¿acaso Dios no está también en el río, en la playa, en la calle, en la vida cotidiana? ¿Acaso lo profano existe realmente fuera de Dios?

Lo mismo sucede con la fe y la ciencia. Durante siglos se creyó que la fe pertenecía a Dios y la ciencia al hombre. La fe se ocupaba de Dios; la ciencia, de las cosas del mundo. Pero entonces surge otra pregunta: ¿puede existir una ciencia completamente fuera de Dios? ¿Puede el hombre realizar su vocación humana sin relación alguna con lo divino?

La gran transformación aparece precisamente cuando la frontera entre ambos mundos comienza a borrarse. Y esa es la verdadera revolución. No el desplazamiento de las fronteras, sino su desaparición. Cristo aparece entonces como la gran esponja que borra la separación entre lo humano y lo divino.

La pregunta decisiva ya no es si Cristo es Dios o es hombre. La cuestión es comprender que en Él ambas cosas dejan de estar separadas. Cristo no es un hombre al que se añade Dios, ni un Dios disfrazado de hombre. En Cristo, lo que hace que el hombre sea verdaderamente hombre es Dios, y lo que hace que Dios se revele verdaderamente es el hombre. Dios y hombre dejan de oponerse.

La consecuencia es inmensa. Lo más profundamente humano es también lo más profundamente divino. Y lo divino no aparece fuera del hombre, sino dentro de la vida humana misma. Cristo borra la frontera entre fe y ciencia, entre eternidad y tiempo, entre sacerdote y laico, entre sagrado y profano.

Por eso Cristo puede ser al mismo tiempo sacerdote y laico. Todo aquello que toca queda sacralizado. Cura enfermos, toca leprosos, consuela afligidos, atraviesa la vida cotidiana y

convierte lo humano en lugar de manifestación de Dios. Ya no existe un territorio reservado exclusivamente para Dios y otro reservado para el hombre. Toda la vida humana se convierte en lugar de revelación.

El problema del hombre moderno no es que ame demasiado esta vida. El problema es seguir pensando que esta vida y la vida eterna son dos cosas separadas. Pero si Dios creó al hombre para la eternidad, entonces esta vida es ya el comienzo de la eternidad. Perder esta vida es perder la eterna. Destruir la existencia humana es destruir también la eternidad que comienza en ella.

Por eso toda la realidad queda atravesada por Dios. Los pájaros, los ríos, las playas, el trabajo humano, la ciencia, el dolor, la alegría, la historia, la cultura. Nada queda fuera. El dualismo empieza a derrumbarse.

La humanidad asiste entonces a una transformación histórica gigantesca. Una forma de cristianismo heredada durante siglos comienza a agotarse mientras otra forma nueva nace lentamente. Esto produce dolor porque obliga a abandonar estructuras conocidas. Pero la historia no tiene marcha atrás. El futuro empuja desde dentro del hombre mismo.

Cristo no reveló esta verdad sólo mediante palabras. La reveló con su propia existencia. Toda la vida humana de Cristo es revelación de Dios. Y si toda la vida humana de Cristo revela a Dios, entonces la vida humana misma se convierte en el lugar donde Dios se manifiesta.

De ahí nace una consecuencia radical: no existen compartimentos separados donde Dios actúe y donde no actúe. Dios actúa en toda la vida. En el trabajo, en el estudio, en el sufrimiento, en la alegría, en el descanso, en el miedo al futuro. Todo queda atravesado por la presencia divina.

Por eso un médico que destruye vidas no falla sólo profesionalmente: compromete también la dimensión eterna de su existencia. Y un profesor que enseña honestamente realiza algo tan sagrado como un acto litúrgico. La frontera entre lo religioso y lo humano desaparece.

Todo esto obliga a replantear incluso el significado de ser cristiano. Hay muchos cristianos que no lo son verdaderamente y muchos no cristianos que sí lo son. Porque ser cristiano no consiste simplemente en pertenecer externamente a una religión, sino en permitir que lo infinito invada lo finito de la vida humana.

Las religiones permanecen separadas mientras viven en la superficie. Budismo, judaísmo, islam, cristianismo. Cada una afirma desde fuera su diferencia respecto a las otras. Pero cuanto más profundamente una religión descende hacia su centro, más se encuentra con las demás. El

verdadero núcleo religioso no está en la periferia de las instituciones, sino en el centro donde el hombre se encuentra con Dios.

Por eso el cristianismo auténtico no consiste en alejarse de otras religiones, sino en profundizar hasta el centro. Quien profundiza sinceramente termina encontrándose allí con todos los demás que también buscan a Dios.

El hombre no encuentra a Dios viajando hacia un lugar exterior. Encuentra a Dios descendiendo hacia el fondo de sí mismo. “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.” No en un templo exterior ni en una montaña sagrada, sino en el corazón del hombre.

Y entonces aparece la verdad decisiva: aquello que hace que el hombre sea verdaderamente hombre es precisamente el infinito que habita dentro de él. Si se pudiera arrancar del hombre aquello que tiene de Dios, no quedaría un hombre sin Dios. No quedaría hombre alguno. Porque lo que sostiene verdaderamente al hombre es el infinito mismo.

Por eso cuanto más hombre se vuelve el hombre, más cerca está de Dios. Y cuanto más se acerca verdaderamente a Dios, más plenamente humano se vuelve. La separación desaparece. Dios y hombre dejan de ser enemigos. Lo divino no destruye lo humano. Lo funda.

Cristo no vino a reforzar las fronteras, sino a destruirlas. Y toda la historia humana comienza lentamente a comprenderlo.

El hombre como ser y deber ser

El hombre no es un ser terminado. Nace incompleto, necesitado, indigente. Precisamente ahí reside su grandeza. Cuando el hombre se siente plenamente satisfecho, demuestra que es pequeño, porque puede llenarse con algo limitado. En cambio, cuando permanece insatisfecho, revela que es inmenso, porque nada finito logra colmarlo. El ser humano no es simplemente lo que ya es, sino sobre todo aquello que está llamado a ser. Vive lanzado hacia adelante, tensado entre lo que todavía no ha alcanzado y aquello que presiente como plenitud.

Por eso la existencia humana aparece como un permanente gemido interior. San Pablo lo expresa diciendo que habitamos en una “tienda”, una morada provisional y frágil. El hombre vive instalado en una tienda de campaña que nunca siente del todo suya. Siempre hay una sensación de provisionalidad, de insuficiencia. Incluso en los momentos felices aparece la frase: “qué pena que esto termine”. Ese lamento revela que el hombre desea una habitación definitiva que todavía no posee.

El peligro consiste en desmontar finalmente esa tienda y descubrirse desnudo, vacío de ser, sin haber trabajado interiormente. El hombre no está acabado al nacer. Tiene que construirse. Debe vestirse de sí mismo. Por eso el auténtico drama humano no es morir, sino llegar al final sin haberse realizado verdaderamente.

Toda la creación participa también de esta tensión. No sólo el hombre gime: la realidad entera parece esperar algo más grande. El universo entero está orientado hacia una plenitud que todavía no alcanza. El hombre carga dentro de sí esa nostalgia universal.

La Navidad expresa precisamente esta condición humana. El niño de Belén representa al hombre mismo: un ser radicalmente necesitado. Basta quitarle unas horas el alimento, el calor o el cuidado y muere. El niño no es nada todavía, pero tiene todo el futuro por delante. Así es también el ser humano. No somos principalmente lo que ya hemos logrado, sino lo que todavía estamos llamados a ser.

Por eso Cristo afirma que sólo quien se hace como un niño entra en el Reino. El niño simboliza la apertura al futuro, la disponibilidad, la capacidad de esperar y recibir. El hombre envejece espiritualmente cuando deja de necesitar, cuando cree que ya está hecho, cuando deja de buscar. El verdadero espíritu humano es siempre infantil en el sentido más profundo: permanece abierto, expectante, dispuesto a crecer infinitamente.

En esta visión, Dios y el hombre no aparecen como realidades separadas. Cristo no es simplemente un hombre al que se añade Dios, ni un Dios disfrazado de hombre. En Él lo humano y lo divino se revelan unidos. Dios se manifiesta precisamente en la fragilidad humana, en el niño débil, mortal, dependiente y necesitado.

Esto destruye muchas imágenes tradicionales de Dios. El hombre suele imaginar a Dios como eternidad, poder absoluto, autosuficiencia e infinitud. Pero el Evangelio muestra un Dios que aparece débil, vulnerable y necesitado. El niño de Belén, incapaz de defenderse, dependiente de una madre, es presentado como Dios mismo. Así, el cristianismo afirma algo escandaloso: Dios no se revela fuera de la condición humana, sino dentro de ella.

Por eso no se puede hablar verdaderamente de Dios desde conceptos abstractos. Nadie ha visto a Dios ni puede pensarlo plenamente. Todo concepto sobre Dios resulta insuficiente. Lo único verdadero es la experiencia de una presencia que atraviesa la existencia humana y la llena de sentido.

La mujer ocupa entonces un lugar decisivo. El relato evangélico subraya constantemente que Dios llega al mundo a través de una mujer. Isabel y María aparecen como figuras centrales mientras los hombres quedan en segundo plano. Esto no es casual. Simboliza que lo divino entra en la historia mediante la capacidad femenina de acoger, intuir y creer más allá de la lógica estricta.

María representa precisamente esa apertura. Su razón le dice que lo anunciado es imposible. Pero hay algo más profundo que la razón: una intuición interior que reconoce verdad donde la lógica no alcanza. "Hágase en mí según tu palabra." Lo imposible se vuelve posible porque acepta más allá de lo demostrable.

También José debe recorrer ese camino. Humanamente tiene motivos para rechazar la situación. Sin embargo, confía en una verdad que supera su comprensión racional. Tanto María como José encarnan la capacidad de aceptar que la realidad es más grande que lo que el razonamiento puede controlar.

De ahí surge una crítica profunda a la civilización moderna. El hombre contemporáneo ha hipertrofiado el lado racional, técnico y productivo de la existencia, mientras ha estrangulado la dimensión intuitiva, simbólica, afectiva y espiritual. Se ha masculinizado excesivamente la cultura y se ha reducido el espacio de lo femenino. El resultado es el ateísmo moderno: un mundo técnicamente poderoso pero espiritualmente vacío.

Porque la religiosidad nace precisamente de esa capacidad de percibir que todo tiene sentido. La religión no consiste primero en doctrinas, sino en la experiencia de que la realidad entera está atravesada por significado. Y esa sensibilidad pertenece al lado más profundo, intuitivo y femenino del ser humano.

El Antiguo Testamento queda simbolizado en Isabel, mujer estéril pero fecunda todavía para anunciar el futuro. Representa una época agotada que ya no puede engendrar por sí misma, aunque aún puede preparar la llegada de algo nuevo. María, en cambio, simboliza la novedad absoluta: virginidad y fecundidad al mismo tiempo. El futuro auténtico siempre nace como sorpresa.

El cristianismo aparece así no como repetición del pasado, sino como apertura permanente a lo nuevo. Dios nunca envejece. Siempre irrumpe inesperadamente. Siempre obliga al hombre a renacer.

Toda esta visión conduce a una conclusión decisiva: el hombre sólo se comprende verdaderamente cuando descubre que está hecho para el infinito. Nada limitado basta para definirlo. El ser humano vive constantemente desbordándose a sí mismo. Su verdad no está en lo que posee, sino en aquello hacia lo que camina.

Por eso el hombre auténtico nunca está terminado. Siempre sigue naciendo. Siempre sigue buscando. Siempre permanece niño ante el infinito.

El otro es mi hermano

El hombre no se hace cristiano de una vez y para siempre. Ser cristiano no es una etiqueta, ni un acto puntual, ni una condición adquirida definitivamente. Igual que el hombre nunca está terminado, tampoco el cristiano lo está. El ser humano vive construyéndose constantemente. No es algo acabado, sino una tarea. El verdadero cristiano no dice “ya soy”, sino “quiero ser”. El cristianismo auténtico no consiste en instalarse cómodamente en una identidad religiosa, sino en caminar incesantemente hacia una plenitud todavía no alcanzada.

Por eso Dios no aparece como una realidad fija o estática. Dios viene. No llega desde fuera, como una figura externa que se impone desde arriba, sino que emerge desde el interior mismo de la vida humana. Dios circula por la sangre, por la historia, por las profundidades del hombre. El cristianismo es un proceso dinámico: Dios viniendo continuamente al hombre y el hombre despertando continuamente a Dios dentro de sí.

Desde esta visión, la gran crisis del cristianismo contemporáneo nace precisamente de haber convertido la fe en una estructura inmóvil. Muchos creen que basta con pertenecer oficialmente a una religión, cumplir ciertas prácticas o aceptar unas doctrinas para ser cristianos. Pero eso es sólo el andamio, no la casa. La religión puede convertirse en una estructura vacía, fosilizada, incapaz de conducir al hombre hacia la experiencia viva de Dios. Cuando la religión se absolutiza a sí misma, deja de conducir a la verdad profunda y se convierte en una jaula.

Cristo no vino a añadir algo artificial al hombre. Vino a revelar al hombre quién es realmente. El ser humano ya está hecho para Dios desde su origen. Lo que Cristo hace es abrirle los ojos para que descubra la profundidad inmensa que lleva dentro. El hombre superficialmente satisfecho consigo mismo aún no ha descubierto su verdadera vocación. Sólo cuando se percibe como tarea, como promesa y como posibilidad infinita empieza verdaderamente a ser humano.

Por eso ser plenamente humano y ser plenamente cristiano son la misma realidad. El hombre auténtico siempre es cristiano, aunque no lo sepa. Y quien no llega a ser profundamente humano tampoco alcanza el cristianismo, aunque esté bautizado o practique externamente una religión. Cristo revela precisamente la hondura escondida de lo humano.

En el centro de esa profundidad aparecen tres grandes realidades inseparables: el amor, la libertad y la vida. Son palabras fundamentales, pero imposibles de encerrar en definiciones. No pueden reducirse a conceptos filosóficos porque son experiencias vivas. El amor no se entiende

teóricamente: se experimenta. La vida tampoco puede encerrarse en fórmulas. Y la libertad desborda cualquier definición racional.

Estas realidades son tan inmensas que sólo pueden compararse con Dios mismo. Dios es amor, Dios es vida y Dios es libertad. Pero al mismo tiempo el hombre también está hecho de amor, vida y libertad. Por eso Dios y el hombre aparecen misteriosamente entrelazados. La religión auténtica consiste precisamente en este intercambio: Dios dentro del hombre y el hombre abierto a Dios.

Sin embargo, las religiones históricas tienden constantemente a deformar esta experiencia viva. Con frecuencia reemplazan el amor por normas, la libertad por control y la vida por estructuras rígidas. Así nace una religiosidad estéril, incapaz de transformar el mundo. Muchos creyentes se refugian en prácticas religiosas externas mientras permanecen vacíos de amor verdadero. Cumplen, pero no viven.

Cristo rompe radicalmente esta lógica. Cuando se le pregunta dónde está Dios —si en el templo o en la montaña— responde que Dios no habita en lugares sagrados externos, sino en el corazón del hombre. Dios no puede encerrarse en instituciones, fórmulas o estructuras. La verdadera adoración sucede en el interior humano.

Por eso la religión sólo tiene sentido si conduce al amor. Cuanto más auténtico es el amor, menos necesidad hay de estructuras externas. El amor verdadero es libertad total, apertura absoluta, ausencia de cálculo y de control. El amor desnuda completamente al hombre, lo deja vulnerable y expuesto. Precisamente ahí reside su grandeza.

Cristo resume toda la identidad cristiana en una sola frase: “En esto conocerán que sois míos: si os amáis unos a otros”. No menciona doctrinas, ritos, prácticas ni instituciones. El único criterio definitivo es el amor. Todo lo demás sólo tiene valor si conduce a él.

San Pablo lleva esta idea hasta sus últimas consecuencias. Se puede hablar todas las lenguas, tener una fe inmensa, conocer todos los misterios, repartir todos los bienes entre los pobres o incluso morir martirizado. Pero si no hay amor, no sirve de nada. La fe por sí sola no salva. Las prácticas religiosas tampoco. Sólo el amor construye verdaderamente al hombre y abre el acceso a Dios.

Por eso el futuro del cristianismo no depende de conservar estructuras religiosas externas, sino de redescubrir la libertad radical del amor. La religión auténtica debería ser un camino hacia esa

experiencia interior y no un refugio de seguridades vacías. Cuando la religión deja de conducir al amor, pierde su sentido.

El hombre necesita siglos para comprender plenamente estas verdades. Cristo las sembró hace dos mil años, pero la humanidad apenas empieza a entenderlas. El verdadero despertar espiritual consiste en descubrir que Dios no está fuera del hombre, sino latiendo dentro de él como amor, libertad y vida infinitos.

Y precisamente porque el hombre nunca termina de comprenderse a sí mismo, su existencia entera consiste en seguir despertando. Vivir es abrir cada vez más los ojos. El misterio humano es tan grande que sólo al final podrá contemplarse plenamente. Mientras tanto, el hombre auténtico sigue caminando, sigue construyéndose y sigue aprendiendo a amar.

La comunidad

La gran revolución de Jesús no consiste simplemente en enseñar una nueva religión, sino en transformar radicalmente la manera de comprender a Dios y al ser humano. Jesús no habla de un Dios lejano, juez o castigador, sino de un Padre entrañable, cercano, íntimo: Abbá. Esta palabra no significa simplemente “padre”, sino “papá”, “padre querido”. Y precisamente ahí se encuentra el núcleo del cristianismo auténtico.

El descubrimiento de Dios como Padre no nace de una teoría filosófica ni de una doctrina aprendida. Surge de una experiencia interior profunda. Dios no se demuestra racionalmente: se experimenta. Cuando el hombre abre verdaderamente su vida a Dios, poco a poco descubre que Dios vive dentro de él como la fuente misma de su vida, de su amor y de su conciencia más profunda. No siempre ocurre como una experiencia espectacular o mística; muchas veces es un lento goteo interior hasta que el hombre acaba sintiendo que Dios habita en él.

Sin embargo, las religiones históricas han oscurecido con frecuencia esta imagen de Dios. Han presentado a Dios principalmente como juez, legislador, castigador o premiador. Jesús rompe con esa visión. Cuanto más se descubre a Dios como Padre, más pierden importancia esos otros atributos. El Dios del miedo, del castigo y del juicio se va desvaneciendo ante el Dios del amor. El juicio final deja entonces de entenderse como un acontecimiento futuro y externo, para convertirse en algo que sucede ya dentro del corazón humano: quien ama ya está salvado; quien no ama ya vive separado de la verdad.

Por eso Jesús se atreve a llamar a Dios “Abbá”. Y ese gesto es revolucionario. Para el judaísmo, el nombre de Dios era impronunciable. Pronunciarlo implicaba casi tocar lo sagrado de manera insoportable. Sin embargo, Jesús no sólo lo pronuncia, sino que lo convierte en una palabra de intimidad absoluta: “papá”. Lo más profundo del cristianismo nace precisamente ahí, en esa relación viva y amorosa entre Dios y el hombre.

Pero este descubrimiento tiene una consecuencia inmediata: si Dios es Padre, entonces todos los hombres son hermanos. No puede existir una relación auténtica con Dios sin fraternidad humana. Descubrir a Dios implica descubrir automáticamente la unión profunda con todos los seres humanos. Por eso Jesús nunca habla simplemente de “mi Padre”, sino de “Padre nuestro”.

La fraternidad universal elimina todas las divisiones esenciales entre los hombres. San Pablo lo expresa de forma radical: “Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer”. Esto

significa que en el cristianismo verdadero desaparecen las divisiones de religión, clase social, poder o género. Allí donde existen opresión, superioridad o exclusión, el cristianismo todavía no ha llegado a cumplirse plenamente.

Las religiones, sin embargo, han traicionado muchas veces esta verdad. Han provocado guerras, divisiones y enfrentamientos precisamente porque todavía permanecen lejos del ideal anunciado por Cristo. Las guerras religiosas nacen de aquello que todavía no es verdaderamente cristiano dentro del cristianismo. Cuanto más cerca está una religión del amor, menos capacidad tiene para generar violencia.

La Iglesia, en su sentido más profundo, no es una institución política ni una estructura de poder. La auténtica Iglesia es la comunidad de hermanos unidos por la experiencia de Dios como Padre. Cristo rechaza continuamente el poder entendido como dominación. Mientras los poderosos utilizan a los demás para ser servidos, Jesús invierte completamente la lógica: el verdadero poder consiste en servir. El que quiera ser el primero debe hacerse servidor de todos.

Desde esta perspectiva, el amor se convierte en el centro absoluto de toda la existencia cristiana. Pero el amor no es una relación privada entre el hombre y Dios. El amor a Dios pasa necesariamente por el amor al hermano. “El que dice que ama a Dios y no ama a su hermano, miente”. No existe acceso directo a Dios ignorando al prójimo. Todo encuentro auténtico con Dios pasa por la relación humana.

El hombre, además, nunca está terminado. Cada persona es más aquello que todavía puede llegar a ser que aquello que ya es. El ser humano vive abierto hacia una plenitud futura. No coincide plenamente consigo mismo. Y precisamente por eso necesita a los demás. Cada ser humano posee algo que falta a los otros. Nos construimos mutuamente. Vivimos creciendo gracias a lo que recibimos de nuestros hermanos.

La humanidad entera aparece entonces como una gran comunidad solidaria. Los hombres del pasado, del presente y del futuro forman una única familia. Todo lo que hacemos repercute en los demás. Cada acto de amor o de egoísmo transforma el destino humano común. Nada ocurre aisladamente.

Por eso el Reino de Dios no es un lugar lejano, sino una humanidad reconciliada donde todos se reconocen hijos del mismo Padre y hermanos entre sí. El cristianismo auténtico no consiste en defender estructuras religiosas externas, sino en avanzar continuamente hacia esa fraternidad universal fundada en el amor.

Y aunque la humanidad todavía está muy lejos de realizar plenamente ese ideal, Cristo abrió definitivamente el camino. La historia humana es precisamente el lento proceso de acercarse cada vez más a esa verdad profunda: que Dios es Abbá y que todos los hombres son hermanos.

El mundo y el otro como sacramento

Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer. En Cristo desaparecen las fronteras que el hombre ha levantado durante siglos para separarse de los demás. Y esto no significa que desaparezcan las diferencias exteriores, sino que dejan de ser barreras. El hombre descubre entonces que aquello que parecía oposición era, en realidad, complementariedad profunda.

El cristianismo no es repetición ni inmovilidad. No es dar vueltas eternamente sobre lo mismo, como una noria que gira sin avanzar. El hombre está hecho para caminar y descubrir constantemente mundos nuevos. Cada descubrimiento no es un punto final, sino el comienzo del siguiente. La conversión no termina nunca. El hombre no deja jamás de convertirse porque nunca deja de crecer hacia Dios.

Por eso resulta tan grave la tentación de volver atrás, de instalarse en fórmulas repetidas, estructuras vacías o seguridades religiosas. Hay hombres que creen que el cristianismo consiste en repetir siempre las mismas palabras, los mismos ritos y las mismas costumbres. Pero el hombre no ha sido creado para girar sobre sí mismo, sino para abrir caminos. Y si un día faltara camino, el hombre tendría que inventarlo mientras camina.

La historia humana no termina en el homo sapiens. El hombre técnico y racional ha llegado al límite de sí mismo. Ha conquistado la técnica, ha dominado la materia y ha construido un mundo inmenso, pero sigue sin saber convivir. Por eso comienza a aparecer otro tipo de hombre. Un hombre nuevo que ya no vivirá sólo para producir o dominar, sino para crear, jugar y compartir. El homo ludens. El hombre capaz de convertir la existencia en creación constante.

La seriedad con la que el hombre moderno vive muchas veces es profundamente falsa. El hombre se ha endurecido, se ha cerrado, ha aprendido a desconfiar y a protegerse. Pero la risa, la alegría y la capacidad de abrirse son profundamente humanas. El hombre verdaderamente vivo es el que todavía sabe maravillarse. El que sigue preguntando. El que sigue buscando.

Por eso el cristianismo auténtico no puede separarse de la capacidad de crear mundos nuevos. Cristo no vino a cerrar caminos, sino a abrirlos. El hombre que deja de caminar deja también de ser plenamente humano.

Cuando San Pablo dice que ya no hay judío ni griego, no está negando las religiones ni las culturas. Está diciendo algo más profundo: que en el centro del hombre desaparecen las

divisiones. Un pagano buscando sinceramente a Dios puede estar más cerca de Cristo que un cristiano instalado y satisfecho. Y un cristiano que no busca a Dios puede estar más lejos del cristianismo que alguien que jamás ha pisado una iglesia.

Porque el cristianismo verdadero no es exterior. No consiste principalmente en pertenecer oficialmente a una religión, sino en la profundidad interior del hombre. Hay muchos cristianos que no son cristianos y muchos no cristianos que sí lo son. Todo depende de la autenticidad de la búsqueda y del amor.

Cristo nunca pidió a su madre que se bautizara. María no era cristiana en el sentido oficial. Tampoco los apóstoles recibieron primero una conversión administrativa o jurídica. Lo decisivo no era entrar en una estructura externa, sino abrirse a Dios desde dentro.

Por eso las grandes guerras religiosas revelan justamente lo poco cristianas que han sido muchas veces las religiones. El hombre ha matado en nombre de Dios porque todavía no había comprendido verdaderamente el cristianismo. Allí donde el hombre divide radicalmente entre “nosotros” y “los otros”, Cristo todavía no ha penetrado plenamente.

Cuando el hombre descubre de verdad que no hay distinción profunda entre judío y griego, entre esclavo y libre, entre hombre y mujer, nace la comunidad. La ekklesía. La comunidad no es una estructura jurídica ni un sistema de poder. Es el lugar donde el hombre descubre que necesita a los demás para llegar a ser él mismo.

Cada ser humano es incompleto. Ninguno coincide plenamente consigo mismo. El hombre es siempre más aquello que puede llegar a ser que aquello que ya es. Y precisamente por eso necesita a los demás. El otro posee algo que a mí me falta. Toda la humanidad es necesaria para construir plenamente a cada persona.

De ahí nace el amor. El amor no es sentimentalismo ni simple afecto. Amar es darse. Igual que Dios se da continuamente a través de toda la creación, el hombre se realiza dándose a los demás. Cuanto más se entrega una persona, más plenamente llega a ser ella misma.

El individualismo consiste justamente en lo contrario. El individuo vive acumulando, consumiendo y absorbiendo el mundo para sí mismo. Pero el hombre no crece sólo por lo que recibe. Crece verdaderamente por lo que entrega. El personalismo nace cuando el hombre descubre que su plenitud está en darse.

Sin embargo, darse no significa imponer al otro aquello que uno quiere dar. Amar exige descubrir qué necesita realmente el otro. A veces el amor será ternura. Otras veces será corrección,

exigencia o incluso dureza. Lo decisivo no es satisfacer el propio egoísmo disfrazado de bondad, sino responder verdaderamente a la necesidad del hermano.

Dios mismo actúa así. Dios se da constantemente al hombre, pero respetando siempre su libertad y su ritmo interior. No derriba puertas. Espera. Habita silenciosamente dentro del hombre y se entrega según la capacidad que cada persona tiene de abrirse.

Por eso San Pablo, cuando llega a Atenas, no comienza insultando ni condenando a los paganos. Primero se pasea por la ciudad, observa, escucha y descubre las semillas de verdad que ya existen allí. “Veo que sois profundamente religiosos.” Sólo después habla del Dios desconocido. El cristianismo auténtico siempre empieza reconociendo la verdad que ya existe en el corazón humano.

En cambio, cuando Pablo llega a Corinto y encuentra una comunidad cristiana dividida, egoísta y desigual, les dice algo terrible: que aquello que celebran no es la Cena del Señor. Una misa donde unos se sienten superiores y otros quedan humillados deja de ser verdadera Eucaristía.

La Iglesia sólo existe donde existe amor real. La Iglesia no es primero jerarquía, normas o estructuras. Es el encuentro de hombres y mujeres que descubren que son hermanos y que sólo pueden realizarse entregándose unos a otros.

Por eso la autoridad existe únicamente porque el amor todavía es imperfecto. Cuanto menos amor hay, más leyes y estructuras aparecen. Cuando el amor crece, las normas sobran. El Reino definitivo no necesitará jerarquías porque Dios será todo en todos.

La fe tampoco es principalmente doctrina. Durante siglos ha habido hombres y mujeres profundamente cristianos que apenas sabían leer o escribir. El cristianismo no depende primero de conceptos intelectuales, sino del amor vivido.

En esto conocerán que sois míos: si os amáis unos a otros. Ese es el único criterio decisivo. El hombre que ama ya participa de Cristo, aunque diga que no cree en Dios. Y el hombre que no ama, aunque practique externamente una religión, todavía no ha entendido el Evangelio.

Dios no se encuentra fuera del hermano. No existe un camino directo hacia Dios que ignore al otro. Lo que se hace al más pequeño se le hace a Dios mismo. Toda la creación está empapada de presencia divina. El mundo entero es sacramento de Dios.

Por eso amar al hermano es el único camino verdadero hacia Dios. Y quien se encierra en una religiosidad vacía, creyendo entenderse con Dios mientras desprecia al prójimo, permanece todavía lejos del cristianismo auténtico.

La gracia

La fe no puede entenderse como una idea fría ni como una teoría intelectual. La fe sólo se comprende cuando el hombre topa verdaderamente con Dios y descubre que Dios no es una cosa, ni una doctrina, ni una abstracción, sino una presencia viva. Por eso hablar de la gracia exige haber experimentado antes esa presencia de Dios dentro de uno mismo. Si no, todo se convierte en teoría sin vida, en palabras vacías o en estructuras sin alma.

Dios no es un ser encerrado en sí mismo. Dios es darse. Si Dios no se diera, no sería plenamente Dios. El ser de Dios desemboca continuamente en amor. El Padre engendra al Hijo y el Hijo hace Padre al Padre. Ninguno existe cerrado sobre sí mismo. El Padre sólo es Padre porque tiene un Hijo, y el Hijo sólo es Hijo porque tiene un Padre. El Espíritu es justamente esa circulación eterna de amor entre ambos.

Por eso Dios no es soledad ni inmovilidad. Dios es relación. El ser de Dios consiste en entregarse interminablemente. Toda la creación nace de ese desbordamiento. Las galaxias, la vida, la historia humana y cada persona existen porque Dios se derrama constantemente sobre el mundo.

Cuando el hombre descubre esto por la fe, descubre también que creer en Dios significa entrar dentro de esa corriente de amor. La fe no termina en una doctrina, sino en el amor. El hombre que cree verdaderamente acaba necesariamente amando, porque entra en contacto con un Dios cuyo ser consiste precisamente en darse.

Y entonces aparece el hermano. Si Dios es Padre y todos nacen de Él, todos son hermanos. La relación con Dios ya no puede hacerse de espaldas al otro. Nadie llega a Dios ignorando al hermano. “Lo que hagáis a los pequeños, a mí me lo hacéis.” La relación con Dios pasa obligatoriamente por el amor concreto hacia los demás.

Por eso Cristo destruye continuamente la falsa religión que pretende honrar a Dios mientras olvida al hermano. “Si vas a ofrecer tu sacrificio y recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, primero reconcílate con tu hermano.” Dios no acepta sacrificios ofrecidos de espaldas al amor.

La religión se pervierte cuando convierte las estructuras en finalidad. Las estructuras son necesarias, pero sólo como andadores. Igual que un niño necesita apoyo para aprender a caminar, el hombre necesita formas, normas y mediaciones para empezar. Pero el drama

comienza cuando el hombre se queda toda la vida agarrado a los andadores y nunca aprende a caminar solo.

La religión está llena de hombres que viven exclusivamente de estructuras. Misas, ayunos, normas, jerarquías, obligaciones, rituales. Y, sin embargo, muchas veces dentro ya no hay vida. Sólo quedan los andadores. Cristo vino precisamente a desmontar eso. “Ay de vosotros, fariseos.” Cristo rompe continuamente las estructuras que han sustituido a la vida interior.

Cuanto más crece la fe, menos estructura necesita el hombre. Cuanto menos fe hay, más necesidad aparece de apoyarse en normas, mandamientos y seguridades exteriores. La libertad de los hijos de Dios comienza cuando el hombre ya no necesita continuamente apoyos externos para mantenerse en pie delante de Dios.

Por eso la Iglesia no puede confundirse nunca con la jerarquía. La Iglesia es la comunidad de los que aman. Un sacerdote no es más Iglesia que cualquier otro hombre por el hecho de ser sacerdote. Y un hombre sencillo que ama puede ser más profundamente Iglesia que un Papa sin amor. Lo decisivo no es la estructura, sino la presencia viva del amor de Dios dentro del hombre.

La fe no consiste principalmente en aceptar doctrinas. Consiste en fiarse de Dios. San Agustín lo expresaba distinguiendo tres dimensiones de la fe. Primero, creer que Dios existe. Segundo, confiarse a Dios. Y tercero, caminar hacia Él como meta definitiva de toda la vida.

Pero el verdadero centro está en la segunda dimensión: fiarse de Dios. La fe es una relación personal. No es una relación con ideas ni con cosas. El hombre puede amar objetos o conceptos, pero sólo el encuentro con una persona despierta plenamente el corazón humano. Y Dios es la persona absoluta, capaz de recibir y devolver infinitamente todo amor.

Por eso encontrarse con Dios transforma radicalmente la vida. Es como un enamoramiento absoluto. El hombre descubre entonces que Dios lo ama más de lo que él mismo puede amarse. Y desde ese momento todo cambia. La vida entera adquiere una orientación nueva.

Abraham representa justamente eso. Se fía completamente de Dios. No pone condiciones. Creer significa quemar las naves, quedarse sin retaguardia, entregarse totalmente. El hombre que todavía necesita asegurarse continuamente de que Dios cumplirá exactamente sus deseos todavía no ha descubierto verdaderamente quién es Dios.

Porque la fe no consiste en tener todas las respuestas claras. Al contrario. Cuando Dios entra en la vida de una persona, despierta preguntas. Dios no trae seguridades cómodas. Dios pone la vida patas arriba. María pregunta: “¿Cómo será esto posible?”. Pablo cae en el camino de

Damasco preguntando: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. La verdadera fe soporta la incertidumbre porque confía en Dios incluso sin comprenderlo todo.

Por eso creer no significa entender perfectamente. Significa sostenerse dentro de las dudas confiando igualmente. Cuanto más cerca está Dios, más preguntas profundas despierta dentro del hombre.

Y entonces aparece la gracia. La gracia no es una cosa añadida desde fuera. La gracia es Dios mismo entrando en la vida humana. Dios creciendo dentro del hombre. Dios desbordándose dentro de la sangre, de la conciencia y de la historia personal.

Todo es gracia de Dios. La creación entera es gracia. Cada encuentro, cada amanecer, cada amor y cada herida pueden convertirse en lugar donde Dios se manifiesta y actúa.

Por eso la fe verdadera desemboca necesariamente en el amor. Santiago dice que la fe sin obras está muerta. Pero las obras auténticas de la fe no son simplemente ritos o prácticas religiosas. Las obras verdaderas de la fe son el amor.

San Pablo lo lleva hasta el extremo. Se puede predicar en todas las lenguas, entregar todos los bienes a los pobres o incluso morir mártir. Pero si no hay amor, no sirve de nada. También puede uno ir a misa todos los días, confesarse continuamente o cumplir todas las normas religiosas. Sin amor, todo eso es vacío.

El amor es la única obra verdadera de la fe. Quien ama cree, aunque no lo sepa. Y quien no ama no cree, aunque se considere profundamente religioso.

Por eso es mejor ser pecador con amor que santo sin amor. El hombre que ama participa ya de Dios. Y el hombre que vive encerrado en estructuras religiosas sin amar permanece todavía lejos del Evangelio.

La gracia es precisamente esto: Dios entrando dentro del hombre hasta convertirlo poco a poco en amor.

La gracia en los sacramentos

Los sacramentos no pueden entenderse como actos automáticos ni como ritos mágicos que funcionan por sí mismos. El gran problema del cristianismo moderno es precisamente haber separado los sacramentos de su contexto vital. Se bautiza porque “siempre se ha hecho”, se va a misa porque “es obligación”, se celebra un matrimonio por la Iglesia por tradición social. Pero un sacramento separado de la vida pierde su sentido y puede incluso volverse contraproducente.

El sacramento sólo existe cuando hay un sujeto vivo que lo realiza desde dentro. El error más grave consiste en pensar que el sacramento lo hace el sacerdote. No. El verdadero sujeto del sacramento es quien lo recibe. El sacerdote actúa como mediador visible, pero el sacramento sólo sucede realmente cuando quien participa lo hace desde la fe, desde la conciencia y desde la implicación profunda de todo su ser.

Por eso un bautismo sin fe viva alrededor del niño se convierte en un gesto vacío. Una misa donde el pueblo permanece pasivo mientras el sacerdote “hace cosas” deja de ser verdaderamente Eucaristía. San Pablo ya lo denunció en Corinto: “Eso que hacéis no es la Cena del Señor”. La Eucaristía no es un espectáculo religioso al que se asiste como espectador. Es una acción del pueblo entero. La misa no se “oye”: la misa se hace.

El cristianismo se degradó cuando los fieles dejaron de sentirse protagonistas del sacramento y se transformaron en consumidores religiosos. El consumismo también penetró en la religión. Igual que se consumen productos, muchos consumen bautizos, comuniones o misas sin que eso transforme realmente su existencia. Pero un sacramento auténtico nunca termina en el momento ritual. El sacramento abre procesos interiores, desata fuerzas, transforma la mirada sobre el mundo y sobre uno mismo.

Para comprender verdaderamente los sacramentos es necesaria antes una cosmovisión nueva. El mundo entero debe ser leído sacramentalmente. La materia no es algo muerto ni puramente utilitario. Toda la creación está cargada de sentido y de deseo de plenitud. El agua, el pan, el vino, el aceite, el cuerpo humano y toda la realidad material son lugares donde Dios puede manifestarse.

La materia no es un obstáculo para Dios. Es precisamente el lugar donde Dios entra. El agua del bautismo no es simple agua. El pan de la Eucaristía no es simplemente alimento. Toda materia contiene una capacidad de eternidad. El universo entero está esperando ser llevado a plenitud

por el hombre. La creación “gime con dolores de parto”, como dice San Pablo, esperando ser liberada.

Por eso los sacramentos sólo pueden comprenderse desde una visión del mundo donde todo está vivo y orientado hacia Dios. El problema del hombre moderno es que ha reducido la realidad a puro consumo y utilidad. Ha esclavizado la materia en lugar de redimirla. Pero la materia no quiere ser esclava: quiere convertirse en canto, en belleza, en plenitud.

Los hombres medievales entendían esto mucho mejor que nosotros. Sus catedrales no eran simples edificios. Eran piedra convertida en oración. Las piedras parecían elevarse hacia el cielo porque quienes las construían tenían conciencia sacramental del mundo. Cuando un campesino medieval entraba en una catedral gótica después de una semana de trabajo duro, sentía que penetraba en otro orden de realidad. Todo el espacio lo empujaba hacia el misterio. La liturgia no era una obligación externa: era una experiencia que envolvía el cuerpo, la imaginación y el alma.

Hoy muchos sacramentos han perdido esa capacidad porque han quedado vacíos de experiencia interior. No sucede nada porque ya no hay verdadera participación. La gente entra y sale de misa hablando exactamente igual que antes. No hay conmoción interior, ni silencio, ni transformación.

El sacramento exige además una conciencia profunda de liberación interior. Dentro de cada hombre existen fuerzas esclavizadas: miedo, egoísmo, desesperanza, violencia, superficialidad. El sacramento es una acción orientada a liberar todo eso. Cada vez que alguien participa auténticamente en un sacramento debería abrir dentro de sí un espacio mayor de libertad, amor y verdad.

Por eso la participación sacramental no puede ser pasiva. El hombre debe implicarse enteramente. Igual que nadie puede amar por otro, nadie puede creer ni celebrar por otro. Doscientas personas sentadas mientras “el cura hace la misa” no constituyen verdaderamente una Eucaristía viva. La Iglesia entera debe actuar como sujeto del sacramento.

El cristianismo auténtico no consiste en cumplir ritos externos, sino en entrar conscientemente dentro de la corriente de vida de Dios que atraviesa el mundo, la materia, la comunidad y el corazón humano. El sacramento es precisamente el lugar donde esa corriente invisible se vuelve visible y activa.

Y entonces el agua deja de ser solamente agua. El pan deja de ser solamente pan. El cuerpo humano deja de ser simplemente carne. Todo empieza a revelar una profundidad infinita. El universo entero se convierte en un gran signo de Dios.

Creer, una relación personal

Creer no es aceptar ideas religiosas ni obedecer ciegamente a una jerarquía. Esa es precisamente una de las grandes deformaciones del cristianismo: convertir la fe en una ideología, en una lista de doctrinas o en una delegación pasiva donde otros creen por ti. La fe auténtica es otra cosa radicalmente distinta: es una relación personal, viva y transformadora con Dios.

Por eso el verbo creer no pertenece principalmente al ámbito de la inteligencia, sino al de la persona entera. Uno puede saber muchísimo sobre cristianismo y no creer realmente. Puede haber catedráticos expertos en teología que no sean creyentes, igual que alguien puede conocer perfectamente el islam sin ser musulmán. Porque creer no consiste en acumular información sobre Dios, sino en encontrarse con Él.

La gran equivocación moderna ha sido intelectualizar la fe. Se piensa: “demuéstrame que Dios existe y creeré”. Pero eso no sería fe. Si algo queda demostrado matemáticamente, ya no se cree: simplemente se acepta. La fe pertenece a otro nivel. Es parecido al enamoramiento. Nadie ama porque haya resuelto un razonamiento lógico. El amor ocurre cuando alguien entra en tu vida y hace vibrar todo tu ser.

Ahí aparece la diferencia entre individuo y persona. El individuo vive para consumir: acumula, devora, utiliza cosas y personas para sí mismo. La sociedad moderna está llena de individuos satisfechos pero vacíos. La persona, en cambio, nace cuando se pregunta: “¿y ahora qué hago con todo esto?”. La persona crece no cuando consume, sino cuando se entrega.

Por eso creer significa entregarse. No a una idea, sino a una presencia. El cristianismo no es una ideología. Es la experiencia de encontrarse con una realidad tan profunda que reorganiza completamente la vida interior. Igual que alguien enamorado dice: “desde que la vi, soy otro”, el creyente descubre que desde el encuentro con Dios ya no puede entenderse igual a sí mismo ni al mundo.

Y lo más importante es que ese encuentro no ocurre únicamente “fuera”. Cuando el hombre encuentra verdaderamente a Dios descubre, como decía San Agustín, que aquello que buscaba estaba ya dentro de él. Dios no aparece como algo extraño añadido desde fuera, sino como el fundamento más profundo de la propia identidad humana. Por eso el encuentro con Dios es simultáneamente un encuentro con uno mismo.

La fe entonces deja de ser un sistema de normas y se convierte en vibración interior. El creyente no dice simplemente “creo que Dios existe”, sino “creo en Ti”. Ese “Ti” es decisivo. La fe cristiana es una relación personal. Dios no es un concepto abstracto ni una energía impersonal. Es alguien capaz de suscitar la máxima intensidad de vida dentro del ser humano.

Desde ahí se comprende la importancia absoluta de la resurrección de Cristo. San Pablo lo dice de forma brutal: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”. No significa solamente que el cristianismo sería falso históricamente. Significa que toda la existencia humana carecería de sentido último. La resurrección no es un detalle añadido al final del Evangelio: es el centro absoluto de toda la experiencia cristiana.

Pero la resurrección no debe entenderse como un simple hecho ocurrido hace dos mil años. Cristo no resucita “en un lugar” y “en un momento” como cualquier otro acontecimiento histórico. Resucita en el corazón mismo de la realidad, en el centro profundo de la historia humana. Por eso su resurrección es contemporánea de todos los tiempos y de todos los hombres.

Cristo resucitado entra hasta el fondo del dolor, de la muerte, de la desesperación y del ser humano. Eso es lo que la tradición antigua expresaba diciendo que “descendió a los infiernos”: no al infierno como lugar de castigo, sino a las profundidades últimas de la existencia humana. Allí donde el hombre toca el sufrimiento absoluto, allí ya ha estado Cristo liberando desde dentro.

La resurrección entonces funciona como una luz que interpreta toda la realidad. Igual que en una noche oscura una sombra puede parecer una amenaza hasta que amanece y descubres que era simplemente un árbol o alguien amado, Cristo resucitado ilumina el sentido profundo de la existencia. La Pascua no anuncia simplemente un futuro después de la muerte. Anuncia que ya ahora la realidad tiene un núcleo redimido y lleno de sentido.

Por eso creer no es cerrar los ojos y dejarse llevar. Es exactamente lo contrario: es despertar. El creyente deja de vivir superficialmente y comienza a mirar la profundidad de las cosas, de la historia y de sí mismo. Descubre que el mundo no es absurdo, que la vida no es un accidente vacío y que dentro del corazón humano habita ya una llamada infinita.

La fe auténtica no convierte al hombre en menos humano. Lo convierte en plenamente persona.

Lo que al creer esperamos

El cristianismo no es una religión más entre otras religiones. Las religiones son situaciones periféricas, formas históricas, culturales y externas mediante las cuales el hombre intenta caminar hacia Dios. Pero Cristo no vino a fundar simplemente otra religión colocada al lado del judaísmo, del islamismo o del budismo. Vino a conducir al hombre hacia el centro mismo de toda religión, hacia aquel lugar donde desaparecen las divisiones porque el hombre toca el corazón de la realidad.

El hombre, cuando comienza a descubrirse a sí mismo, se afirma diferenciándose de los demás. Yo soy yo porque no soy el otro. La identidad humana nace inicialmente de la diferencia. Por eso las religiones, igual que los individuos, muchas veces se afirman subrayando aquello que las separa. El cristiano se siente más cristiano cuanto más falso considera al musulmán, al judío o al budista. Y el musulmán hace exactamente lo mismo respecto a los demás. Las religiones periféricas viven muchas veces alimentándose de aquello que niegan.

Por eso las guerras religiosas han sido posibles. Porque las religiones superficiales se construyen sobre la distancia y no sobre el amor. Cuanto más se distancia uno del otro, más cree afirmarse a sí mismo. Y ahí nace el sectarismo religioso. El hombre se siente seguro negando al otro.

Pero Cristo viene precisamente a destruir esa lógica. Lo importante no es la periferia donde las religiones se diferencian, sino el centro hacia el cual todas caminan. Lo que hace verdadero al judaísmo, al islamismo, al budismo o al cristianismo no es aquello que los separa, sino aquello que los empuja hacia el centro: la búsqueda sincera de Dios.

Por eso el cristianismo auténtico no consiste en instalarse satisfecidamente dentro de una estructura religiosa. El hombre que se instala diciendo “ya tengo la verdad, ya estoy salvado, ya he llegado” se aleja inmediatamente del centro. El verdadero creyente nunca está instalado. Vive caminando.

La religión es precisamente eso: un camino. El hombre no es religión. Dios tampoco es religión. La religión es la relación viva entre el hombre que busca y Dios que atrae. El hombre camina desde la superficie hacia el centro. Dios no camina: Dios es el centro.

Por eso Dios no puede tener religión. Dios no cree en Dios. Dios es Dios. El hombre, en cambio, cree porque todavía no posee plenamente aquello que busca. Mientras el hombre vive en

camino necesita fe y esperanza. Pero cuando llegue definitivamente a Dios desaparecerán la fe y la esperanza porque ya no harán falta. Sólo quedará el amor.

La mayor de las virtudes no es la fe ni la esperanza. Es el amor. Porque el amor pertenece ya plenamente a Dios. La fe y la esperanza son provisionales. Funcionan mientras caminamos. El amor, en cambio, atraviesa la eternidad.

Por eso todo aquello que divide pertenece todavía a la periferia. El amor siempre acerca. El odio separa. Cuando las religiones se utilizan para distanciar, excluir o despreciar al otro dejan de ser verdaderamente religiosas.

En el centro todos los hombres se encuentran. Allí desaparecen las fronteras entre cristianos, judíos, musulmanes o budistas. El hombre descubre entonces que aquello que buscaba fuera estaba ya latiendo dentro de sí mismo. Dios no habita principalmente en templos, montañas o sistemas religiosos. Habita en el corazón humano.

La samaritana le pregunta a Jesús dónde debe adorarse a Dios: si en el templo de Jerusalén o en la montaña de Garizim. Y Jesús responde destruyendo ambas seguridades: ni en la montaña ni en el templo. Los verdaderos adoradores adoran a Dios en el corazón.

Toda la historia religiosa de la humanidad había señalado siempre hacia fuera. Aquí está Dios. Allí está el santuario. Allí está el templo. Pero Jesús toma el dedo del hombre que señala hacia fuera y lo vuelve hacia dentro. Aquí. Dios está aquí.

Por eso el hombre pasa la vida buscando fuera aquello que ya lleva dentro sin saberlo. Busca desesperadamente en personas, ideologías, religiones, experiencias, éxitos o placeres algo que nunca termina de encontrar. Y cuando finalmente madura descubre que aquello que perseguía estaba ya en el fondo más profundo de sí mismo.

Lo vio San Agustín cuando decía: “Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. Tú estabas dentro de mí y yo te buscaba fuera.”

El hombre no es plenamente hombre mientras no desemboca en Dios. Lo más profundo del hombre es Dios mismo. Por eso el hombre nunca queda satisfecho con ninguna realidad limitada. Su verdad definitiva está más allá de toda finitud.

Y ahí aparece la resurrección.

Si Cristo no ha resucitado, todo es inútil. La fe cristiana entera depende de esto. No se trata simplemente de creer que existe “algo después de la muerte”. La resurrección significa que el hombre está llamado a llegar plenamente a ser aquello que todavía no es.

Aquí nadie está acabado. Nunca vemos completamente a nadie. Un hijo, una madre, un amigo o uno mismo permanecen siempre inacabados. Sólo en Dios el hombre alcanza finalmente su verdad total.

Por eso no volveremos simplemente a “ver” a quienes hemos amado. Los veremos por primera vez. Porque por primera vez serán plenamente ellos mismos.

El hombre solamente llega a ser verdaderamente hombre cuando Dios es totalmente en él. Mientras tanto permanece buscándose. Y buscar a Dios significa justamente buscar aquello que el hombre es en lo más profundo.

La religión auténtica no es pan que sacia superficialmente y deja tranquilo al hombre. Es levadura. Remueve, fermenta, inquieta y transforma toda la masa interior. El creyente auténtico nunca vive satisfecho. Sigue buscando porque lleva dentro algo infinito.

Todo aquello que convierte la religión en tranquilidad instalada, rutina o consumo espiritual es una traición al Evangelio. Cristo no vino a adormecer al hombre, sino a despertarlo.

Por eso los grandes creyentes han sido siempre desinstalados. Han tenido problemas con los sistemas religiosos porque caminaban hacia el centro y no se conformaban con permanecer girando en la periferia.

Y cuanto más se acerca el hombre al centro, más cerca descubre a todos los demás hombres. Allí ya no hay enemigos. Allí desaparecen las fronteras. Allí todos se dan la mano.

Porque en el centro sólo existe el amor.

Cuarta parte

Nuevas luces para la interpretación del hombre en el mundo

Desmoronamiento del mundo

Es una alegría poder hablar de todos esos temas que han ido apareciendo a lo largo de los años y que nunca habían encontrado un lugar propio dentro de las lecciones. Terminar un ciclo de cristianismo con una excursión por las cuestiones discutidas últimamente y afloradas recientemente a la teología no solo resulta satisfactorio, sino que además permite redondear la visión que debemos tener del cristianismo. Hay intervenciones que suelen suscitar malestar en los primeros momentos, porque todos tenemos una zona de sombra y otra de luz, y a veces una suelta con demasiada ligereza esa sombra, que termina cerniéndose sobre el alma de quienes escuchan. Sin embargo, también es bueno atravesar la sombra para llegar a la luz. Sea cual sea la oscuridad, por espesa y densa que parezca, siempre termina abriéndose a la claridad, como sucede en la vida humana cuando finalmente se libera en las manos de Dios, que son manos de luz.

Las manos de Dios son el lugar secreto donde nacen, un día tras otro, las auroras. Por eso los temas de la teología y de la cristología deberían exponerse poéticamente. Durante siglos se han explicado de forma fría, escolástica, intelectual, como si únicamente tocaran la inteligencia y no descendieran jamás hasta el cogollo del hombre, hasta ese lugar donde cada uno es lo que es y nadie puede sustituirlo. Las palabras tendrían que ir sueltas como palomas, y cada una posarse en la rama que cada persona le ofrece. Nadie puede ofrecer esa rama salvo el propio sujeto. Las verdades matemáticas o históricas pueden rozar una zona común de lo humano, pero las cosas de Dios van derechamente a instalarse en el rincón único donde cada uno es él mismo. Ninguna paloma se posa jamás en la misma rama. Quien no tiene ramas no tiene palomas, porque no hay lugar donde puedan posarse. Pero quien tiene una rama la posee de forma única y personal, y la verdad le sacude justamente allí donde él es irrepetible. Por eso el vecino nunca entiende la lección exactamente igual que tú. Cuando todo el mundo entiende una lección del mismo modo, o el auditorio es idéntico o quien habla carece de profundidad.

Entre los libros importantes aparece uno de Joseph Sudbrack titulado La nueva religiosidad. El mero hecho de que un teólogo y catedrático hable de una nueva religiosidad ya resulta significativo. Existe una nueva religiosidad y no podrá detenerla nadie. Jesucristo hablaba constantemente del hombre nuevo, y durante siglos se permitió al cristiano convertirse en algo viejo. Pero un cristiano viejo es una contradicción. El cristianismo siempre es nuevo. Incluso aquella vieja expresión española de “cristianos viejos”, utilizada hace siglos para distinguir a quienes no tenían sangre musulmana ni judía, resulta absurda. Nadie puede asegurar semejante

pureza. Todos llevamos mezclas en la sangre y quizá precisamente eso nos salva. Jesús tenía sangre judía, aquello que entonces era lo viejo, pero utilizó esa sangre para inaugurar una humanidad nueva que sigue siendo nueva dos mil años después.

La nueva religiosidad recibe ahora un nombre inglés: New Age. Los americanos la han popularizado, aunque podría decirse perfectamente en castellano: nueva época o nueva religiosidad. Peter Drucker escribió que las nuevas realidades ya no avanzan por los caminos de los políticos, los economistas o los líderes religiosos. Van por otros lugares. Los políticos hablan desde un mundo que ya no existe. Los economistas proyectan desde una economía que tampoco existe ya. Los geógrafos dibujan mapas que a los pocos días deben corregirse porque el mundo cambia más deprisa que las teorías destinadas a explicarlo. La realidad avanza con tal velocidad que, cuando un político anuncia que va a resolver un problema, el problema ya se encuentra varios metros por delante de él y su discurso cae siempre detrás de la realidad.

También la Iglesia corre el riesgo de quedarse atrás. La religiosidad tiene que ser nueva y el creyente debe aprender a caminar delante de la ola y no detrás de ella. Por eso resulta tan significativo el debate en torno a los catecismos. Las formulaciones religiosas, repetidas durante siglos, pueden terminar naciendo viejas. La psicología humana evoluciona, y cuando un catecismo repite durante generaciones las mismas fórmulas mientras el hombre cambia por dentro, el catecismo acaba viajando detrás de la vida. Lo humano evoluciona y la predicación de lo cristiano tiene que hacerse al día, sobre la cresta misma de la ola. Llegará un momento en que la psicología humana será tan brillante y tan ligera que ya no existirán pecados posibles. Eso es el Reino de Dios.

Hace unos meses, la Civiltà Cattolica publicó un artículo provocador sobre la restauración de la Capilla Sixtina. Los japoneses la habían devuelto a la luz original de Miguel Ángel, eliminando las sombras y oscuridades acumuladas por los siglos. Aquella capilla misteriosa y oscura se convirtió de pronto en una explosión de claridad. Y entonces los jesuitas lanzaron una afirmación sorprendente: el Juicio Final de Miguel Ángel era una pura herejía. Cristo aparece allí aterrador, casi violento, mientras María se repliega asustada y los condenados se precipitan en masa hacia el infierno. Todo el fresco transmite la idea de una redención fracasada donde apenas unos pocos se salvan. Sin embargo, aquella obra había sido encargada y supervisada por los propios papas.

La cuestión no consiste en decidir si Miguel Ángel estaba equivocado, sino en comprender qué sucede cuando descubrimos que ciertas estructuras religiosas pudieron estarlo. Durante siglos, millones de personas se apoyaron en imágenes, doctrinas y formulaciones que quizá no eran

definitivas. Ahí aparece la gran pregunta: ¿qué sucede cuando el andamio se derrumba? Si detrás del andamio no había casa, entonces no queda nada. Pero si detrás existía una construcción verdadera, el derrumbe del andamio permite verla por fin.

El cristianismo histórico está lleno de andamios. Catecismos, estructuras, concilios, imágenes, formulaciones. Todo eso es necesario mientras la casa se construye, pero nada de eso es la casa misma. Muchos cristianos se han aferrado al andamio creyendo que era la fe. Por eso sienten ahora terror cuando las estructuras crujen. Pero lo que se derrumba no es el cristianismo; son únicamente las formas históricas que lo sostenían provisionalmente.

Vivimos el desmontaje de las estructuras políticas, económicas y religiosas. Lawrence habló del desmontaje de lo humano. Sin embargo, precisamente en medio de ese desmoronamiento aparece la posibilidad de descubrir aquello que verdaderamente permanece. El tercer milenio no caerá del cielo. Está naciendo ya en los hijos de hoy, en la juventud, en las nuevas formas de sensibilidad y de conciencia. Cada año que pasa deja más claro que el futuro no podrá ser dirigido únicamente por economistas, políticos o viejas estructuras religiosas. El hombre es más profundo que todo eso.

Cristo vino a salvar al hombre, pero salva al hombre allí donde el hombre es verdaderamente hombre, no en sus capas superficiales. El judío fue salvado como hombre, no por su judaísmo. El griego fue salvado como hombre, no por su paganismo. El medieval fue salvado como hombre, no por sus guerras santas. Cristo entra por las circunstancias históricas, pero no se queda en ellas: atraviesa todas esas capas y llega hasta el corazón, hasta el lugar donde cada persona es ella misma. Todo lo demás —cultura, política, economía, religiosidad histórica— puede cambiar, desaparecer o equivocarse. Lo eterno del hombre permanece más allá de cualquier estructura.

El cristianismo del siglo XX no es el cristianismo puro, igual que no lo fue el medieval ni el de los apóstoles. El cristianismo puro no existe históricamente. Existe Jesucristo, pero toda forma histórica de vivirlo aparece mezclada con sombras y limitaciones. Por eso las estructuras deben caer una y otra vez. Cada época elimina ciertas negatividades y deja aparecer una forma más pura de cristianismo, aunque también esa forma terminará contaminándose y necesitará ser superada.

El hombre está compuesto de positividad y negatividad. Todo lo negativo es transitorio y debe ser eliminado. El pecado no pertenece verdaderamente al hombre; es una sombra adherida a él. El hombre crece precisamente en la medida en que va eliminando aquello que no le pertenece. Por eso el aire nuevo trae optimismo. El hombre llamado a ser plenamente él mismo es un ser adorable. También el cristianismo es positividad pura, aunque arrastre adherencias históricas,

errores y oscuridades acumuladas durante siglos. Ahora muchas de esas sombras están siendo expulsadas y estamos asistiendo a la aparición de una forma más limpia y luminosa de vivir la fe.

El malestar de la cultura

El malestar de la cultura constituye la situación que atravesamos, especialmente desde el punto de vista cristiano. Desde hace siglos hemos asistido a un progresivo dismantelamiento de todo aquello en lo que el hombre había confiado. Y, sin embargo, esta afirmación tan triste —todo aquello en lo que habíamos confiado se nos ha venido abajo— encierra también un desafío. Nada en la historia es inútil. El cristianismo jamás ha dicho que la felicidad se alcance únicamente por acumulación de bienestar. Nadie aseguró nunca que felicidad más felicidad condujera necesariamente a la felicidad. En cambio, Cristo sí afirmó que desgracia más desgracia, desafío más desafío, podían conducir a la verdadera plenitud. “Bienaventurados cuando os persigan y os calumnien por mi nombre.” El hombre no crece únicamente por lo positivo. El sufrimiento, la pobreza y el vacío también pueden convertirse en motores de transformación.

Por eso resulta tan importante comprender correctamente el sentido evangélico de la pobreza. Cristo no glorifica la pobreza social en sí misma, sino la pobreza de espíritu. Uno puede ser rico y ser pobre de espíritu, humilde y libre interiormente. Y otro puede no tener nada y, sin embargo, vivir devorado por la ambición y el resentimiento. El problema no es la riqueza exterior, sino el alma engordada de seguridad y bienestar. Cuando el hombre almacena demasiada comodidad termina apoltronándose. Los graneros llenos adormecen la inquietud humana y paralizan el futuro. Por eso los ricos nunca han sido verdaderamente los constructores de la historia. El futuro nace siempre de quienes convierten su pobreza en desafío. El pobre auténtico es el que cada mañana se levanta obligado a inventar el día siguiente. El futuro pertenece a quienes todavía necesitan caminar.

Durante los últimos siglos el hombre ha ido perdiendo uno tras otro los pilares sobre los que sostenía su seguridad. Descartes inauguró una visión del mundo donde Dios dejaba de intervenir directamente en la naturaleza. La creación comenzó a entenderse como una máquina autónoma. Galileo derrumbó la convicción de que la Tierra era el centro del universo. Darwin terminó de destruir la idea de que el hombre era el centro de la creación. El ser humano pasó a ser apenas un eslabón dentro de una evolución inmensa. Y finalmente Freud lanzó el golpe definitivo al afirmar que la conciencia ni siquiera es el centro del propio hombre. Lo más decisivo del ser humano permanece oculto en el inconsciente. El hombre descubrió entonces que no solo la Tierra no era nada, ni el hombre era nada dentro de la Tierra, sino que además el hombre tampoco sabía realmente quién era él mismo.

Así nació el hombre desfondado del siglo XX. Un hombre que siente que nada se sostiene. Todo aquello en lo que había confiado se ha venido abajo. Y precisamente ese desfondamiento es el gran desafío de nuestra época. Freud habló del malestar de la cultura porque comprendió que la propia cultura había producido este vacío. Los incultos quizá siguen viviendo tranquilos, pero el hombre culto vive desazonado. La cultura moderna le ha arrancado todas sus seguridades. Y, sin embargo, ese mismo vacío puede convertirse en el motor de una humanidad nueva.

Si todo este derrumbe no hubiera sucedido, probablemente viviríamos cómodamente instalados en una riqueza espiritual e intelectual incapaz de crear futuro. Estaríamos alimentados, satisfechos y dormidos. Pero el desafío actual es tan brutal que obliga al hombre a reaccionar. Como el agotado que se siente incapaz de caminar y de pronto descubre fuerzas desconocidas cuando un perro le persigue, así también el hombre contemporáneo está siendo obligado a descubrir energías interiores que jamás habría encontrado en una situación de comodidad. El desafío despierta fuerzas escondidas.

El hombre del final del siglo XX vive acosado por un malestar profundo. Jacques Monod lo expresó con una crudeza extraordinaria al afirmar que el hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del universo, del cual ha emergido por azar. Nadie había previsto su aparición. El universo no se interesa por él. Una estrella puede destruir la Tierra sin plantearse siquiera la existencia humana. El hombre aparece así como un accidente cósmico perdido en medio de una inmensidad indiferente. Su destino y su deber no parecen escritos en ninguna parte.

Esta sensación de abandono constituye el verdadero malestar de la cultura. El hombre se siente desamparado y arrojado a un universo que no le garantiza nada. Y precisamente aquí aparece el gran problema del cristianismo contemporáneo. Durante siglos el hombre pudo apoyarse en estructuras exteriores que lo sostenían. La industria, el progreso, el Estado y la religión funcionaban como nodrizas que pensaban por él. Bastaba con dejarse llevar. El progreso prometía un futuro ilimitado. El Estado garantizaba seguridad. La religión ofrecía salvación administrada desde fuera. El hombre podía desentenderse de la tarea de construirse a sí mismo.

Pero todo eso está comenzando a derrumbarse. El progreso ya no hace feliz al hombre. La técnica no ha eliminado el miedo. Los Estados protectores muestran sus límites. Y también el cristianismo institucional atraviesa una crisis profunda. Muchísimos creyentes viven todavía esperando que otros piensen por ellos. Se limitan a obedecer estructuras religiosas heredadas sin verdadera iniciativa interior. Se ha generado una inmensa irresponsabilidad espiritual. El

creyente espera que la Iglesia haga por él aquello que solo él puede hacer: construirse a sí mismo delante de Dios.

El problema no es el cristianismo en sí mismo, sino la forma histórica en que muchas veces se ha vivido. El hombre contemporáneo ya no escucha las palabras religiosas porque percibe que llegan desde un mundo que ha dejado de existir. Mientras la cultura ha cambiado radicalmente, gran parte del discurso religioso continúa hablando desde categorías antiguas incapaces de responder al desafío actual. El resultado es un creciente malestar de la cultura cristiana.

Sin embargo, precisamente este derrumbe puede convertirse en una oportunidad extraordinaria. El hombre empieza a descubrir que nadie puede hacer por él la tarea de convertirse en sí mismo. Ni el Estado, ni la técnica, ni la cultura, ni siquiera la religión entendida como estructura exterior. Lo que uno no haga por sí mismo no lo hará nadie. Y ahí aparece la verdadera grandeza humana. El hombre es tan grande que nadie puede sustituirlo en la construcción de su propio ser.

Por eso proliferan también las sectas y las ofertas de salvación fácil. Cuando todo se derrumba, muchos buscan refugio en cualquier propuesta que les devuelva seguridad. Pero apuntarse a una secta, a un gurú o a cualquier estructura que pretenda pensar por el individuo significa abdicar de la propia grandeza. Nadie puede construir por otro aquello que solo él mismo puede construir desde dentro.

El hombre insular es precisamente aquel que vive encerrado en su isla, aislado del tiempo, del espacio y de la totalidad de la existencia. La isla simboliza el aislamiento humano. El hombre moderno corre continuamente el riesgo de encerrarse en pequeñas islas culturales, religiosas o ideológicas. Pero la verdadera solución consiste en romper la isla.

La insularidad se rompe primero por el tiempo. El hombre no es únicamente el presente. Todo el pasado vive en él. Somos herederos de millones de años de humanidad. Toda la historia desemboca en nosotros. Bernard de Chartres lo expresó magníficamente al decir: "Somos enanos subidos a hombros de gigantes." Vemos más que nuestros antepasados no porque seamos superiores, sino porque estamos apoyados sobre ellos. La tradición significa precisamente eso: que los muertos siguen vivos dentro de nosotros.

Pero la isla también se rompe hacia el futuro. El hombre vive condicionado por sus proyectos. El futuro no existe todavía y, sin embargo, transforma ya el presente. Basta proponerse una meta importante para que toda la vida cambie inmediatamente. El hombre sin futuro es un hombre muerto. Por eso el gran drama contemporáneo es que muchísimos sienten que el futuro se ha cerrado. El miedo colectivo nace de la sensación de que no hay horizonte.

Sin embargo, el futuro no está escrito en ninguna parte. El futuro depende de aquello que el hombre sea capaz de construir. El presente es el lugar donde desemboca el pasado y desde donde nace el porvenir. Y precisamente el gran desafío de nuestra época consiste en comprender que el hombre ya no puede dejarse llevar pasivamente. Debe convertirse en constructor consciente de sí mismo.

El malestar de la cultura no es únicamente una catástrofe. Es también la señal de que una época termina y otra empieza a nacer. El hombre contemporáneo está siendo obligado a descubrir recursos interiores desconocidos. La pobreza espiritual de nuestra época puede convertirse en la gran fuerza creadora del futuro. Porque, como enseña el Evangelio, precisamente por los pobres pasa la historia.

La salida del materialismo

La caída del materialismo no es simplemente el derrumbe de una teoría filosófica. Lo que se está desmoronando es una estructura de pensamiento que ha sostenido durante siglos la comprensión que el ser humano tenía de sí mismo y del mundo. Desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, generaciones enteras han construido sus vidas sobre unos fundamentos que hoy muestran signos evidentes de agotamiento. Cuando una estructura semejante se resquebraja, el sufrimiento es inevitable, porque no solo cae una construcción exterior: también se tambalean las estructuras interiores que cada persona lleva dentro de sí.

La estructura externa siempre refleja una estructura interior. Cuando una civilización entra en crisis, también entra en crisis la manera en que los individuos se comprenden a sí mismos. Por eso el mundo contemporáneo experimenta una sensación de angustia profunda. Sin embargo, estos sufrimientos no deben interpretarse como síntomas de muerte definitiva, sino como dolores de parto. San Pablo ya sugería esta posibilidad: un gran sufrimiento puede anunciar el final de algo, pero también el nacimiento de una realidad nueva. Lo que estamos viviendo pertenece a esta segunda categoría. Una casa se derrumba, pero otra comienza a levantarse desde dentro. Mientras desaparecen formas antiguas de pensar y vivir, crecen simultáneamente nuevas formas de conciencia que empiezan a abrirse paso.

La desaparición del materialismo prepara el surgimiento de una nueva comprensión de la realidad. Para entenderlo es necesario volver sobre una imagen fundamental: la del hombre insular. Durante mucho tiempo fue posible vivir como si cada persona fuese una isla independiente. El individuo podía pensar únicamente en sí mismo, preocuparse solo por su propia salvación, por su bienestar o por su destino particular. Los demás quedaban relegados a una realidad secundaria. Pero esa forma de existencia se ha vuelto imposible. El aislamiento ya no puede sostenerse. El vendaval de la historia arrastra inevitablemente a quien intenta permanecer encerrado en su propia isla.

La insularidad se manifestaba también en la relación con el tiempo. Se podía vivir como si el pasado no tuviera importancia. Los hombres del Neolítico, los egipcios o los habitantes de la Edad Media parecían pertenecer a mundos definitivamente desaparecidos. Sin embargo, comenzamos a comprender que todos nuestros antepasados continúan viviendo dentro de nosotros. No como metáfora poética, sino como realidad. Todo lo que la humanidad ha sido

sigue actuando en cada persona. El pasado no está muerto. Habita el presente y empuja el futuro.

Quien niega sus raíces se condena a sí mismo a la esterilidad. Un árbol sin raíces profundas no puede crecer. Del mismo modo, una persona que desconoce el pasado pierde la capacidad de construir el futuro. Y esta ruptura de la insularidad alcanza también la relación con lo que todavía no existe. Durante mucho tiempo fue posible pensar que el futuro pertenecía a los hijos o a los nietos y que uno podía despreocuparse de él. Pero el futuro constituye una dimensión esencial de la vida presente. Si una persona pierde toda esperanza, si deja de percibir posibilidades por delante, comienza a morir interiormente. El futuro no es una simple consecuencia del presente: es una de sus condiciones fundamentales.

La isla individual se rompe así por dos extremos. Hacia atrás se une al continente del pasado. Hacia delante se abre al continente del futuro. La vida humana deja de ser una existencia aislada para convertirse en un punto de encuentro entre lo que fue y lo que todavía no ha llegado.

La misma transformación afecta a la geografía humana. El planeta entero se ha convertido en una única aldea. Lo que ocurre en cualquier lugar del mundo repercute inmediatamente sobre todos los demás. Una guerra lejana deja de ser un acontecimiento remoto y pasa a sentirse como un problema propio. La solidaridad deja de ser una opción moral para convertirse en una realidad inevitable.

Pero la ruptura de la insularidad no afecta solamente a los seres humanos. También alcanza a la naturaleza entera. Dependemos de los bosques porque sin ellos no respiramos. Dependemos de los océanos y de los ríos porque sin agua no existe vida. Dependemos del Sol porque su desaparición significaría el final inmediato de nuestra existencia. Dependemos incluso de galaxias y estrellas lejanas cuya influencia apenas comenzamos a comprender. El ser humano descubre que nunca estuvo aislado. Siempre formó parte de un tejido inmenso de relaciones.

Existe todavía una última forma de insularidad que también comienza a desaparecer: la separación entre lo masculino y lo femenino. Durante largos periodos históricos unas veces predominó el matriarcado y otras el patriarcado. En ambos casos gobernaba únicamente una mitad de la humanidad. Pero ninguna mitad puede sustituir al conjunto. Lo humano solo alcanza su plenitud cuando lo masculino y lo femenino colaboran creadoramente.

El Génesis expresa esta idea con extraordinaria claridad: Dios creó al ser humano, varón y mujer los creó. No existen dos humanidades distintas, sino una única humanidad formada por ambas dimensiones. Lo humano completo es inseparable de esta complementariedad.

La esterilidad aparece precisamente cuando una de esas dimensiones pretende bastarse a sí misma. Millones de hombres por separado son incapaces de crear vida. Millones de mujeres por separado tampoco pueden hacerlo. La fecundidad surge únicamente cuando ambas realidades se encuentran. Lo mismo sucede con el futuro de la sociedad. Allí donde solo gobierna una mitad de la experiencia humana, el porvenir queda comprometido.

Por eso las sociedades construidas exclusivamente desde una perspectiva masculina o exclusivamente desde una perspectiva femenina terminan agotándose. El futuro exige una nueva síntesis. No se trata de porcentajes ni de cuotas, sino de una integración profunda de sensibilidades, capacidades, formas de pensamiento y maneras de sentir.

La historia humana apenas ha conocido este equilibrio. Hemos visto épocas dominadas por hombres y otras dominadas por mujeres, pero todavía no hemos explorado plenamente una civilización fundada en la cooperación de ambas dimensiones. Esa posibilidad pertenece al futuro y representa una de las grandes transformaciones que empiezan a anunciarse.

La ruptura de la insularidad alcanza también la dimensión religiosa. Durante siglos fue posible pensar en la salvación como una cuestión exclusivamente individual. Cada persona se preocupaba por sí misma y dejaba el destino de los demás en sus propias manos. Pero esa forma de comprender la existencia resulta cada vez más insuficiente. Nadie se salva solo. Nadie construye el futuro solo. La vida humana es constitutivamente relacional y toda pretensión de aislamiento termina convirtiéndose en esterilidad.

La importancia de esta transformación se comprende mejor cuando se observa el papel de lo femenino en la historia religiosa. Cuando Dios quiso entrar en la historia humana no lo hizo a través del poder, ni de la fuerza, ni de las instituciones. Llegó a través de una mujer. Cristo vino por María. Más allá de las interpretaciones teológicas, el símbolo resulta extraordinariamente revelador: lo divino accede al mundo mediante aquello que acoge, que recibe, que gesta y que hace posible el nacimiento.

Por eso una sociedad que silencia lo femenino compromete también su capacidad para comprender el sentido profundo de la existencia. Lo femenino representa una forma de conocimiento distinta de la lógica racional. Es la capacidad de percibir totalidades, de intuir relaciones, de abrirse a dimensiones que el análisis intelectual por sí solo no alcanza. No se trata de una oposición entre razón y sentimiento, sino de una complementariedad necesaria.

La historia humana ha conocido sociedades organizadas desde una perspectiva masculina y otras desde una perspectiva femenina. Lo que todavía no ha conocido plenamente es una humanidad construida desde la interacción creadora de ambas dimensiones. Esa es una de las grandes tareas del futuro. Dos islas deben convertirse en continente. Dos realidades incompletas por separado deben descubrir que solamente juntas pueden generar fecundidad.

Comprendida esta ruptura de la insularidad, resulta posible abordar el segundo gran tema: la caída del materialismo. El asunto provoca resistencia porque todos somos hijos de una cultura materialista. Cuando una idea nos duele es porque nos afecta. Y si hablar del materialismo produce incomodidad es porque llevamos siglos construyendo nuestra visión del mundo sobre sus presupuestos fundamentales.

La palabra materialismo procede naturalmente de materia. Pero cuando la materia deja de ser simplemente una realidad física y se convierte en un sistema de pensamiento, aparece el materialismo como filosofía. La cuestión fundamental consiste en determinar qué lugar ocupa la materia dentro de la realidad.

Existe una primera posibilidad: admitir que la realidad posee una dimensión material y otra espiritual. Esta fue la posición clásica de Platón y de buena parte de la tradición filosófica. El ser humano estaría formado por cuerpo y alma. El universo contendría elementos materiales y elementos espirituales. Lo visible y lo invisible formarían conjuntamente el conjunto de lo real.

Sin embargo, el materialismo moderno da un paso más. Ya no afirma que la materia sea una parte de la realidad, sino que sostiene que la materia es toda la realidad. Todo lo demás queda reducido a una simple consecuencia de procesos materiales. El pensamiento, la conciencia, la religión, el arte o la moral no serían más que productos derivados de una organización especialmente compleja de la materia.

Esta visión alcanzó su formulación más contundente en los siglos XIX y XX. El pensamiento de Feuerbach y de Marx llevó hasta sus últimas consecuencias la afirmación de que únicamente existe la materia. El espíritu desaparecía como realidad autónoma. Todo podía explicarse mediante procesos materiales.

Desde esta perspectiva, incluso las ideas dependen de las condiciones materiales de existencia. El hambre produce determinados pensamientos. La abundancia produce otros distintos. La filosofía, la política o las revoluciones serían expresiones indirectas de situaciones económicas

concretas. El ser humano pensaría según come. Sus ideas serían consecuencia de sus condiciones materiales.

Cuando esta concepción se extiende, la realidad entera queda reducida al mundo tangible. El alma deja de existir porque no puede observarse. Dios deja de existir porque no puede medirse. Lo único verdadero sería aquello que puede pesarse, tocarse o cuantificarse.

Durante mucho tiempo esta visión pareció triunfante. Sin embargo, empieza a mostrar grietas profundas. Lo sorprendente es que quienes primero descubren esas grietas no son los teólogos ni los filósofos, sino los propios físicos.

La investigación científica ha llevado el análisis de la materia hasta niveles inimaginables. Al penetrar en las estructuras más profundas de la realidad física, los científicos descubren algo inesperado: la materia no constituye el fundamento último de lo real. Detrás de ella aparece un ámbito mucho más amplio y misterioso del que la propia materia parece surgir.

Lo que hace posible la materia no es material. La materia deja de aparecer como el fundamento absoluto para convertirse en una manifestación de algo más profundo. Y aquí se produce una inversión radical de perspectiva.

La visión materialista imaginaba la realidad como una pirámide cuya cima estaba ocupada por la materia. Todo dependía de ella. Sin embargo, la nueva comprensión invierte completamente la imagen. La materia deja de ser la cima y pasa a ser el punto final, el límite extremo de una realidad mucho más vasta.

La materia aparece entonces como la última condensación de lo real. El lugar donde la realidad alcanza su grado más bajo de manifestación. Más allá de la materia ya no existe nada inferior. La materia representa el umbral extremo de la realidad visible.

Si esto es cierto, las consecuencias son inmensas. Significa que el universo material, con toda su grandeza, no constituye más que la frontera exterior de algo infinitamente mayor. Significa que las galaxias, las estrellas, los planetas y los cuerpos humanos son apenas la superficie de una realidad que se extiende mucho más allá de lo que los sentidos pueden percibir.

La física contemporánea comienza a sugerir precisamente esta posibilidad. Cuando la investigación se aproxima a las fronteras últimas de la materia, descubre un ámbito de posibilidades prácticamente infinitas. Cuanto más profundamente se analiza la realidad material, más se abre el horizonte. La materia ya no aparece como una prisión cerrada, sino como una puerta.

Y si el universo material, siendo solo una frontera, contiene tanta belleza, tanta complejidad y tantas posibilidades, ¿qué puede existir más allá de él? Si la materia permite construir civilizaciones, explorar planetas y desarrollar formas de vida extraordinariamente complejas, ¿qué posibilidades contendrá esa realidad más amplia de la que surge?

Esa pregunta marca el inicio de una nueva manera de comprender el mundo y prepara el camino para una visión completamente distinta del ser humano, de la historia y del destino final de la existencia.

Los confines del mundo

La Navidad no puede entenderse sin una comprensión nueva de la materia. Durante siglos se pensó que la materia era una realidad inferior, opaca y perecedera. Platón la describía como algo oscuro, pesado y condenado a desaparecer, mientras que el espíritu aparecía como luminoso, transparente y eterno. El ser humano parecía dividido entre esas dos dimensiones: un alma destinada a la inmortalidad y un cuerpo que actuaba como prisión. La conclusión era sencilla: cuanto antes se rompiera la cárcel del cuerpo, antes quedaría libre el alma.

Esa visión marcó profundamente siglos de pensamiento. Surgieron corrientes que identificaban la materia con el mal y el espíritu con el bien. Cuanto más se castigaba el cuerpo mediante ayunos, penitencias y privaciones, más parecía crecer el espíritu. Sin embargo, esta interpretación encierra una contradicción fundamental. Si toda la realidad procede de Dios, también la materia procede de Dios. Y Dios no crea nada malo. El mismo origen sostiene tanto lo visible como lo invisible, tanto el cuerpo como el espíritu.

La consecuencia resulta decisiva. Quien maltrata la materia en nombre del espíritu termina maltratando una obra de Dios. La humanidad lleva siglos haciéndolo y el resultado está a la vista. Bosques devastados, aguas contaminadas, aire envenenado y una convivencia cada vez más difícil revelan el precio de haber considerado la materia como algo secundario. No se puede destruir la creación sin que el espíritu termine pagando también las consecuencias.

La Navidad introduce una revolución silenciosa. Si la materia fuera realmente mala, Dios jamás podría asumirla. Sin embargo, la encarnación afirma exactamente lo contrario. Dios se hizo hombre. Tomó carne. Entró en la materia. Ese solo hecho derrumba cualquier visión que considere el cuerpo una realidad despreciable. Dios asumió la carne porque la carne es digna de ser asumida.

La tradición cristiana fue todavía más lejos. Desde los primeros siglos, el Credo proclamó la resurrección de la carne. No únicamente la supervivencia del alma, sino la resurrección de la carne. Si la materia forma parte de la eternidad, entonces la materia es buena. Nada malo puede permanecer para siempre en Dios. La carne que parecía condenada a desaparecer queda incorporada al misterio mismo de la salvación.

La pregunta entonces cambia de dirección. Ya no se trata de averiguar cómo escapar de la materia, sino de descubrir qué es realmente la materia. Y precisamente cuando la humanidad parecía más alejada de esta pregunta, la física comenzó a ofrecer respuestas inesperadas.

La investigación científica penetró cada vez más profundamente en el interior del átomo. Los físicos siguieron explorando las estructuras últimas de la realidad material hasta alcanzar las partículas subatómicas. Y allí descubrieron algo extraordinario: el corazón de la materia no es material. Cuanto más profundamente se analiza la materia, más se desmaterializa. Lo que sostiene la materia ya no es materia, sino energía.

La gran intuición expresada por Einstein en la equivalencia entre masa y energía comenzó a mostrar todo su alcance. Materia y energía resultan intercambiables. La materia no es una realidad cerrada sobre sí misma. Es una forma condensada de algo mucho más profundo. Cuando el físico llega al límite de su disciplina, descubre que el fundamento de la física ya no es físico. El estudio de la materia conduce inevitablemente hacia la metafísica.

Durante siglos se creyó que la materia era el fundamento último de todo. Ahora comienza a aparecer como una frontera. Más allá de ella existe una realidad inmensamente más amplia que apenas empezamos a intuir. Allí donde el materialismo imaginaba un muro, aparecen horizontes. Allí donde parecía terminar la realidad, comienza una profundidad nueva.

El corazón de la materia es energía, posibilidad, capacidad infinita de transformación. Todo cuanto existe participa de esta dinámica. Una mesa, una montaña, una estrella o un cuerpo humano parecen estables, pero en realidad avanzan constantemente hacia una liberación interior. Nada permanece inmóvil. Todo se encuentra en camino.

San Pablo expresaba esta intuición afirmando que toda la creación gime esperando su liberación. No solamente el ser humano, sino el universo entero. La materia contiene una sed profunda de plenitud. No camina hacia la nada, sino hacia una realización más plena de sí misma.

La energía liberada por una reacción nuclear apenas permite vislumbrar lo que se esconde en el interior de la materia. Si una pequeña liberación puede desencadenar una fuerza capaz de transformar el mundo, ¿qué ocurriría si se alcanzara el corazón último de la materia? ¿Qué potencia duerme todavía en las profundidades de cada ser?

La Navidad adquiere entonces una dimensión completamente nueva. Dios no entra en una realidad despreciable. Entra precisamente en una materia que lleva dentro una inmensa vocación de plenitud. La encarnación revela que la materia no es una cárcel. Es un camino. No es

una condena. Es una promesa. No es un obstáculo para Dios. Es uno de los lugares privilegiados donde Dios se manifiesta.

Cuando la física alcanza sus límites y se queda sin palabras, empieza a percibir aquello que siempre estuvo más allá de las palabras. Los antiguos buscaban las huellas de Dios en las estrellas, en los mares y en las montañas. Hoy, incluso las profundidades de la materia parecen conservar esas huellas. El universo entero aparece lleno de señales que apuntan hacia un misterio mayor.

Pero Dios decidió ir más lejos que cualquier huella. Comprendió que ninguna explicación bastaría para revelar quién es realmente. Las palabras siempre resultarían insuficientes. Ninguna definición podría contener al infinito. Ninguna imagen podría abarcarlo. Entonces eligió otro camino.

No escribió una nueva ley sobre las piedras. No trazó señales en el cielo. No dejó simplemente nuevas huellas en la arena de la historia. Se hizo hombre.

La encarnación constituye la única revelación plenamente comprensible para el ser humano. Dios no podía explicarse desde fuera. Solo podía revelarse desde dentro de la experiencia humana. Por eso la vida de un hombre se convierte en el lugar privilegiado donde Dios se da a conocer.

Cada existencia humana adquiere así una dignidad inmensa. El rostro de una persona vale más que cualquier paisaje, más que cualquier galaxia, más que cualquier maravilla de la naturaleza. Cuando Dios quiso mostrar quién era, eligió una vida humana como lenguaje. La humanidad se convirtió en la palabra definitiva de Dios.

Y cuando llegó el momento de entrar en el mundo, no apareció revestido de poder, ni de grandeza, ni de fuerza. Nació niño.

Cuando Dios decidió revelarse, no encontró otra manera de hacerlo que entrando plenamente en la condición humana. No bastaba con caminar entre los hombres como un visitante. No bastaba con aparecer de forma extraordinaria, realizar prodigios y desaparecer después. Eso ya lo habían imaginado muchas mitologías. El cristianismo afirma algo mucho más radical: Dios se hizo uno de nosotros. No convivió simplemente con los hombres, sino que asumió la condición humana desde dentro. Y lo hizo de la forma más desconcertante posible. No apareció como un gigante, ni como un sabio, ni como un rey. Nació niño. Un niño que no sabía hablar, que no sabía caminar, que no podía alimentarse por sí mismo y que dependía completamente de quienes lo

rodeaban. Si María lo hubiera abandonado en mitad de la noche, habría muerto de frío como cualquier otro recién nacido. Esa es precisamente la profundidad de la encarnación. Dios no fingió ser hombre. No simuló la fragilidad humana. La asumió por completo.

La tradición cristiana ha tenido siempre la tentación de suavizar este misterio. Resulta más cómodo imaginar que el niño sabía ya todas las lenguas del mundo, que comprendía todos los secretos del universo y que únicamente fingía ignorancia para adaptarse a nuestra condición. Pero entonces la encarnación dejaría de ser verdadera. Si el niño de Belén ya actuaba desde el primer instante como un adulto omnisciente disfrazado de bebé, el misterio se convertiría en una representación. Lo extraordinario es precisamente lo contrario. Dios aceptó aprender a hablar. Aprendió a caminar. Aprendió a leer. Creció. Descubrió el mundo desde dentro de la experiencia humana. Quiso compartir hasta las limitaciones más elementales de nuestra existencia.

Por eso la Navidad no es una celebración de la fuerza, sino de la vulnerabilidad. Dios se manifiesta allí donde el ser humano es más pequeño. No en el poder, sino en la dependencia. No en la autosuficiencia, sino en la necesidad. El niño representa la verdad más profunda de la condición humana. Antes de cualquier logro, antes de cualquier prestigio, antes de cualquier conquista, el hombre es un ser necesitado. Depende de otros para vivir, crecer y desarrollarse. La Navidad recuerda precisamente aquello que el mundo intenta olvidar constantemente.

La historia contemporánea está construida sobre la exaltación de la seguridad, del control y de la autonomía. Se admira al que domina, al que acumula recursos, al que parece capaz de sostenerse por sí mismo. Sin embargo, la Navidad propone exactamente el camino contrario. El centro de la revelación es un niño incapaz de valerse solo. Y precisamente ahí se encuentra la enseñanza fundamental. La grandeza humana no consiste en ocultar la fragilidad, sino en aceptarla. No consiste en dejar de necesitar a los demás, sino en descubrir que la necesidad forma parte de nuestra verdad más profunda.

El niño es también la imagen del futuro. No vive del pasado. No carga con historias acumuladas ni con balances de éxitos y fracasos. Todo está todavía por delante. Toda posibilidad permanece abierta. El niño vive orientado hacia aquello que todavía no existe. Por eso representa una dimensión esencial de la existencia humana. Mientras alguien conserva capacidad de esperar, de imaginar y de confiar, sigue siendo joven en el sentido más profundo de la palabra. En cambio, cuando desaparece la esperanza, incluso la juventud biológica se convierte en vejez.

La verdadera diferencia entre un niño y un anciano no está en la edad. Un anciano que conserva el futuro dentro de sí continúa siendo niño. Un joven que ya no espera nada se ha hecho viejo prematuramente. La Navidad recuerda que la vida humana está llamada siempre a nacer de

nuevo. No importa la edad que tenga una persona. Lo decisivo es si sigue habitada por la expectativa, por el asombro y por la capacidad de comenzar.

El niño es también confianza. Cree. Se entrega. Se fía. Vive en un estado de apertura radical hacia la realidad. Todavía no ha aprendido las estrategias de defensa que los adultos consideran imprescindibles. Todavía no organiza su existencia alrededor de la sospecha. El niño recibe el mundo como un regalo. Y precisamente por eso Jesús sitúa la infancia en el centro de la experiencia espiritual. No porque idealice la inmadurez, sino porque reconoce en ella una actitud fundamental ante la vida.

La sociedad moderna se ha vuelto extraordinariamente compleja porque ha perdido esa confianza básica. La proliferación de controles, contratos, garantías y sistemas de vigilancia refleja una dificultad creciente para creer en la palabra del otro. La desconfianza se ha convertido en estructura social. Y, sin embargo, cuanto más se extiende, más difícil resulta la convivencia. El niño representa justamente la posibilidad contraria. Una humanidad capaz de confiar. Una humanidad que no necesita convertir cada relación en un mecanismo de protección.

La Navidad propone recuperar esa mirada. No la ingenuidad, sino la confianza. No la ignorancia, sino la apertura. No el rechazo de la inteligencia, sino la superación del miedo. Allí donde un ser humano conserva esa capacidad de confiar, sigue existiendo espacio para el nacimiento de Dios.

Por eso María ocupa un lugar tan decisivo en el relato. Cuando recibe el anuncio, no responde desde el poder ni desde el conocimiento. Responde desde la disponibilidad. Se define a sí misma como servidora. No como dueña de la situación, no como protagonista absoluta, sino como alguien dispuesto a recibir. Toda la grandeza de María nace de esa actitud interior. Su fortaleza consiste precisamente en no aferrarse a sí misma.

Más tarde, en el Magnificat, expresa una intuición que atraviesa toda la historia bíblica. Dios ha mirado la pequeñez de su sierva. No ha mirado su poder, ni su prestigio, ni sus capacidades extraordinarias. Ha mirado su pequeñez. Esa palabra resulta fundamental. Dios no dirige su mirada hacia aquello que creemos admirable en nosotros mismos. La dirige hacia ese lugar interior donde seguimos siendo pequeños, donde seguimos necesitando ayuda, donde todavía somos capaces de esperar.

La pequeñez no significa inferioridad. Significa apertura. Significa espacio disponible para que algo nuevo pueda acontecer. Allí donde el ser humano se cree completo, apenas queda sitio para nada más. Allí donde reconoce su necesidad, aparece la posibilidad de la transformación.

Por eso la Navidad pertenece a los pequeños. No a los débiles en sentido negativo, sino a quienes todavía conservan la capacidad de recibir.

El niño de Belén no es solamente una imagen sentimental. Es una revelación sobre la naturaleza profunda del ser humano. Dios eligió manifestarse precisamente ahí para mostrar que la verdadera grandeza comienza donde termina la autosuficiencia. Allí donde el hombre acepta ser criatura. Allí donde deja de fingir que lo controla todo. Allí donde vuelve a descubrirse vulnerable, confiado, abierto al futuro y dispuesto a recibir la vida como un don. Ahí comienza realmente la Navidad.

Autonomía del mundo

La comprensión del ser humano exige partir de una convicción fundamental: el hombre vive en un horizonte de salvación. Cualquier análisis de sus limitaciones, de sus errores o de sus carencias debe situarse siempre dentro de ese marco. De lo contrario, la descripción quedaría incompleta y conduciría a una visión desesperanzada. La salvación significa que aquello que el hombre es y construye no está destinado a desaparecer definitivamente. Significa que su existencia sobrevive incluso a la muerte y que todo cuanto realiza posee una dimensión permanente. El ser humano no navega únicamente sobre unos pocos años de vida ni sobre unos miles de años de historia; navega sobre una realidad mucho más amplia. Su destino no termina en la muerte. Está llamado a sobrevivirla. Esa es la primera afirmación que no debe perderse de vista.

Sin embargo, esta convicción no elimina la necesidad de observar con honestidad la condición humana. El hombre es un ser herido. No porque su núcleo sea malo, sino porque sus facultades están dañadas. Puede comprender y, sin embargo, equivocarse. Puede amar y, aun así, causar sufrimiento. Puede buscar el bien y producir consecuencias negativas. La inteligencia está herida. La voluntad está herida. Pero el fondo último del ser humano permanece sano. La tradición cristiana sostiene que el hombre es esencialmente bueno. Su corazón conserva una bondad original que ninguna caída ha logrado destruir por completo. La salvación no actúa como una envoltura externa que oculta una corrupción incurable. Actúa desde dentro. Lo más profundo del ser humano es precisamente aquello que lo salva.

San Agustín expresó esta intuición de manera extraordinaria al afirmar que nada hay en el hombre tan suyo como Dios. Lo más interior de la persona no es ella misma, sino la presencia de Dios en ella. A primera vista, esta afirmación parece contradictoria. ¿Cómo puede ser más mío algo que no soy yo? Sin embargo, la paradoja encierra una verdad decisiva. Si aquello que me constituye fuera únicamente mi propia individualidad, mi ser tendría las dimensiones limitadas de mi propio yo. Pero si aquello que me sostiene es el infinito, entonces mi existencia queda abierta a una profundidad que supera cualquier límite. El hombre no puede construirse solo. Necesita una realidad infinitamente mayor que él mismo para llegar a ser plenamente quien es.

Desde esta perspectiva resulta posible comprender una de las aportaciones más importantes de la antropología contemporánea. Diversos estudios han mostrado que el hombre es, ante todo, un ser de carencias. Lo sorprendente del ser humano no son únicamente sus capacidades, sino la

enorme cantidad de limitaciones con las que viene al mundo. Comparado con otros animales, aparece como una criatura extraordinariamente poco especializada. No corre tan rápido como muchos animales. No vuela. No posee garras. No dispone de defensas naturales especialmente eficaces. Parece mal equipado para sobrevivir. Resulta casi milagroso que una especie tan vulnerable haya llegado hasta nuestros días.

La observación se vuelve todavía más profunda cuando se examina la estructura misma del ser humano. Muchas de sus características conservan rasgos propios de etapas embrionarias o primitivas. Incluso el adulto mantiene aspectos que, desde una perspectiva biológica, recuerdan estados inacabados. El hombre parece una criatura que nunca termina de completarse. No alcanza una forma definitiva. Conserva siempre algo abierto, algo inacabado, algo pendiente de desarrollo.

Estas carencias no afectan únicamente a los individuos. También caracterizan a la especie en su conjunto. Desde el punto de vista evolutivo, muchos de los órganos humanos conservan estructuras antiguas. La humanidad aparece como una realidad incompleta, todavía en proceso. El ser humano sorprende precisamente porque sigue existiendo a pesar de sus limitaciones. Parece una criatura que ha sobrevivido contra todo pronóstico.

Pero la cuestión decisiva no consiste en enumerar las carencias humanas, sino en preguntarse qué significan. Si el hombre carece de tantas cosas, ¿dónde se encuentran las piezas que le faltan? ¿Existe algún lugar en el mundo donde pueda alcanzar finalmente su plenitud? La experiencia histórica parece ofrecer una primera respuesta. A lo largo del tiempo, la humanidad ha ido resolviendo innumerables problemas. Ha superado enfermedades, ha desarrollado conocimientos, ha construido civilizaciones y ha ampliado extraordinariamente sus capacidades. Sin embargo, cada necesidad satisfecha genera nuevas necesidades. Cada solución abre nuevos interrogantes. Cada avance crea nuevas formas de insatisfacción.

La historia humana aparece así como un proceso paradójico. El hombre avanza constantemente en la satisfacción de sus carencias, pero al mismo tiempo descubre otras nuevas. La medicina cura enfermedades y genera problemas inéditos. La tecnología resuelve dificultades y crea dependencias desconocidas. La abundancia elimina ciertas privaciones y multiplica nuevas formas de deseo. Cuanto más progresa la humanidad, más consciente se vuelve de aquello que todavía le falta.

De ahí surge una conclusión fundamental. La plenitud del hombre no puede encontrarse dentro de la historia. Ningún momento histórico conseguirá eliminar todas las carencias humanas. Ninguna sociedad futura alcanzará una perfección definitiva. Siempre existirán nuevas

necesidades, nuevos desafíos y nuevas búsquedas. La condición humana está estructurada de tal manera que ninguna realización histórica puede colmarla por completo.

Lejos de ser una visión pesimista, esta afirmación encierra una esperanza inmensa. Si la historia pudiera satisfacer plenamente al hombre, significaría que el hombre tiene las mismas dimensiones que la historia. Pero si ninguna etapa histórica puede completarlo, entonces significa que su verdadera dimensión es mayor que cualquier época, mayor que cualquier civilización y mayor incluso que el conjunto de la historia humana. El hombre apunta más allá de la historia porque pertenece a una realidad más amplia que ella.

La reflexión sobre la historia conduce inevitablemente a una pregunta más profunda: si el hombre nunca alcanza su plenitud dentro del tiempo, ¿qué sentido tiene entonces la historia? ¿Para qué sirve este largo recorrido de generaciones, culturas, avances y retrocesos? La respuesta no puede consistir en considerar la historia un fracaso. Tampoco puede reducirse a un simple escenario donde se representan acontecimientos sin significado. La historia posee sentido precisamente porque permite al hombre descubrir progresivamente quién es. Cada época satisface algunas necesidades y despierta otras nuevas. Cada civilización resuelve ciertos problemas y revela horizontes que antes permanecían ocultos. El hombre avanza no porque alcance una situación definitiva, sino porque toma conciencia de posibilidades cada vez mayores.

En este punto resulta especialmente iluminadora una observación sobre el conocimiento humano. Cuando una persona sabe muy poco, suele creer que comprende casi todo. Apenas percibe los límites de su ignorancia. Sin embargo, cuanto más amplía su saber, más se multiplica el contacto con aquello que desconoce. El conocimiento se parece a un círculo. Cuanto más pequeño es el círculo, menor es el contacto con el exterior. Cuanto más crece, más aumenta la frontera con lo desconocido. Por eso los verdaderos sabios suelen ser humildes. No porque sepan menos, sino porque perciben con mayor claridad la inmensidad de lo que todavía ignoran.

Algo semejante ocurre con las necesidades humanas. Cuanto más satisface el hombre sus carencias, más descubre nuevas posibilidades de realización. Lo que parecía una meta definitiva se convierte en un punto de partida. Lo que parecía una conquista absoluta revela nuevas insuficiencias. La historia humana no avanza hacia una situación de satisfacción completa, sino hacia una conciencia cada vez más profunda de la amplitud de sus aspiraciones.

La sociedad contemporánea ofrece un ejemplo especialmente significativo. Durante siglos, las personas lucharon por satisfacer necesidades básicas relacionadas con la alimentación, la seguridad o la supervivencia. Hoy, en gran parte del mundo desarrollado, muchas de esas

necesidades están cubiertas. Sin embargo, lejos de desaparecer la insatisfacción, han surgido nuevas formas de deseo. El consumismo representa precisamente esta dinámica. Ya no se limita a responder a necesidades existentes. Produce constantemente necesidades nuevas. La publicidad, los medios de comunicación y la cultura del mercado generan carencias que antes ni siquiera existían. El hombre descubre que necesita cosas cuya ausencia jamás había percibido.

A primera vista, este fenómeno parece negativo. Y sin duda tiene aspectos profundamente problemáticos. Sin embargo, también revela una característica esencial del ser humano. El hombre es una criatura abierta. No puede encerrarse definitivamente en ninguna satisfacción alcanzada. Siempre espera algo más. Siempre busca algo más. Siempre percibe horizontes que todavía no ha alcanzado. Esta capacidad de desear constituye una de las señales más profundas de su grandeza.

Quizá el hombre pueda definirse mejor por aquello que espera que por aquello que posee. Vive proyectado hacia el futuro. Es un ser futurizo. Su existencia está orientada hacia lo que todavía no existe. Incluso cuando alcanza un objetivo importante, inmediatamente aparece otro. Incluso cuando resuelve un problema, descubre nuevas posibilidades. La esperanza y el deseo forman parte de su estructura más íntima.

Por eso la historia no debe interpretarse únicamente como una sucesión de acontecimientos externos. Es también la manifestación progresiva de una apertura interior que nunca se cierra por completo. Cada generación recibe un legado, lo transforma y lo transmite. Ninguna generación concluye la tarea. Ninguna posee la última palabra. Todas participan en una búsqueda que las supera.

Esta comprensión permite abordar otra cuestión fundamental: la autonomía del mundo. Con frecuencia se afirma que la realidad posee leyes propias. Los procesos naturales siguen dinámicas específicas. Los fenómenos físicos obedecen principios que pueden estudiarse científicamente. Los ecosistemas funcionan según equilibrios complejos. Todo esto es cierto. Pero la autonomía del mundo significa algo más profundo que la simple existencia de leyes naturales.

La autonomía implica que las cosas poseen sentido en sí mismas. No son simples objetos disponibles para cualquier manipulación. No existen únicamente en función de la utilidad que puedan tener para nosotros. Cada realidad posee una consistencia propia. Un bosque no vale solamente por la madera que produce. Un río no vale únicamente por el agua que suministra. Una montaña no tiene importancia solo porque pueda explotarse económicamente. Cada realidad tiene un significado que merece respeto.

La humanidad comienza a comprender esta verdad precisamente cuando experimenta las consecuencias de haberla olvidado. Durante mucho tiempo se actuó como si la naturaleza fuera una reserva inagotable de recursos. Bosques enteros fueron destruidos. Ríos contaminados. Ecosistemas alterados. El resultado ha sido una creciente conciencia de que toda intervención tiene consecuencias. Nada puede tocarse impunemente. Nada carece de valor propio.

La autonomía del mundo no significa independencia absoluta respecto de Dios. Significa que la creación posee una dignidad que debe ser reconocida. Todo cuanto existe participa de un sentido profundo. Todo forma parte de una realidad mayor. Nada es completamente insignificante. Nada es un simple accidente sin importancia.

Por eso resulta insuficiente considerar sagradas únicamente ciertas realidades religiosas mientras se trata el resto del mundo como si careciera de valor intrínseco. Un templo merece respeto. Pero también lo merece un bosque. Una imagen religiosa merece veneración. Pero también la merece la vida. La creación entera participa de una dignidad que no depende exclusivamente de la utilidad que pueda proporcionar.

Cuando se comprende esto, cambia también la relación con la historia. Los acontecimientos dejan de aparecer como una sucesión caótica de hechos sin conexión. Incluso aquello que produce sufrimiento puede contener un significado que todavía no alcanzamos a comprender. No se trata de negar el dolor ni de justificar el mal. Se trata de reconocer que la realidad posee una profundidad mayor que la que percibimos inmediatamente.

Por esa razón no resulta convincente la visión de quienes sostienen que el hombre es simplemente el producto de una casualidad ciega y que su existencia carece de propósito. Esa interpretación observa correctamente muchas de las limitaciones humanas, pero pasa por alto algo decisivo. El hombre no solo experimenta sus carencias. También es consciente de ellas. No solo sufre el vacío. También se pregunta por él. No solo encuentra límites. También busca trascenderlos.

Y precisamente en esa capacidad de preguntarse, de buscar, de esperar y de abrirse a horizontes siempre más amplios aparece una de las señales más profundas de su verdadera grandeza. El hombre es un ser incompleto, pero sabe que está incompleto. Es un ser necesitado, pero sabe que necesita. Es un ser abierto, y esa apertura constituye la huella más clara de que está destinado a una plenitud que ninguna realidad histórica puede proporcionarle por completo.

La creación como misterio y proyecto

La creación no es un acontecimiento terminado que quedó atrás en un pasado remoto. Es una realidad que continúa desplegándose. Todo cuanto existe participa de un movimiento permanente de crecimiento, transformación y alumbramiento. Por eso resulta insuficiente imaginar la historia como una línea recta donde el pasado queda atrás y el futuro todavía no ha llegado. El futuro explica el pasado y el pasado hace posible el futuro. Ambos se necesitan mutuamente. Todo lo que la humanidad ha vivido se acumula como una inmensa capa fértil de experiencia, de sufrimiento, de inteligencia y de esperanza. Ese humus constituye la condición necesaria para que pueda brotar algo nuevo. Un pasado sin futuro carece de sentido. Un futuro sin pasado carece de raíces. La vida surge precisamente del encuentro entre ambos.

La creación entera funciona de este modo. Lo que ha sucedido durante miles de años no desaparece sin más. Se transforma en posibilidad. Cada generación recibe una herencia y la convierte en semilla. Todo el dolor, toda la belleza, todos los errores y todos los descubrimientos del pasado quedan incorporados a la gran tierra fértil de la humanidad. Cuando una nueva posibilidad aparece, cuando una nueva forma de conciencia emerge o cuando una nueva civilización comienza a desarrollarse, no surge de la nada. Surge de todo lo que la precedió. El futuro constituye la explicación del pasado, mientras que el pasado representa la condición indispensable del futuro.

Por eso la creación debe entenderse como misterio y como proyecto al mismo tiempo. Misterio porque nunca revela completamente su significado. Proyecto porque todo cuanto existe apunta hacia algo que todavía no ha llegado. La realidad no está cerrada. No está concluida. Permanece abierta. La creación continúa esperando una realización más profunda de sí misma.

La antigua afirmación bíblica conserva aquí toda su fuerza: Dios contemplaba cada etapa de la creación y decía que era buena. Esta afirmación resulta decisiva. No dice que algunas cosas fueran buenas y otras malas. No dice que ciertas partes del universo merezcan ser aceptadas mientras otras deban rechazarse. Afirma que la creación, contemplada en profundidad, es buena. Incluso aquello que parece oscuro o incomprensible forma parte de un proceso más amplio cuyo significado todavía no alcanzamos a ver completamente.

La bondad de la creación constituye el fundamento de toda visión sacramental del mundo. Sacramento significa precisamente que la verdad última de las cosas no se agota en su

apariciencia inmediata. Todo cuanto existe remite más allá de sí mismo. Una montaña no es únicamente una montaña. Un río no es únicamente un río. Un ser humano no es solamente un organismo biológico. Cada realidad contiene una profundidad que la supera. Cada realidad apunta hacia un significado más amplio que su simple existencia material.

El materialismo moderno ha intentado reducir las cosas a su superficie. Una piedra sería solamente una piedra. Un árbol sería únicamente un árbol. Un hombre sería exclusivamente un conjunto de procesos físicos y biológicos. Pero la experiencia humana más profunda resiste constantemente esta reducción. Las cosas parecen reclamar una lectura más amplia. Parecen pedir que las contemplemos desde una profundidad que la razón por sí sola no alcanza completamente.

La razón ha realizado conquistas extraordinarias. Gracias a ella hemos penetrado en el interior de la materia, hemos desarrollado tecnologías inimaginables y hemos ampliado nuestro conocimiento del universo de forma espectacular. Sin embargo, cuando la razón llega al límite de sus posibilidades, descubre que existe una última puerta que no puede abrir sola. Puede describir los mecanismos. Puede analizar las estructuras. Puede explicar procesos. Pero no puede responder plenamente a la pregunta por el significado.

La última puerta se abre de otro modo. Se abre mediante una forma distinta de conocimiento. El amor permite acceder a dimensiones de la realidad que permanecen ocultas para la simple observación externa. Lo mismo sucede con las personas. Nadie revela el núcleo más profundo de su vida a quien simplemente lo examina desde fuera. El corazón humano se abre únicamente allí donde encuentra confianza, acogida y amor. Lo mismo ocurre con la creación entera.

Por eso las cosas aparecen como realidades expectantes. Están ahí, esperando ser comprendidas. No desde la dominación ni desde la explotación, sino desde una relación de respeto. La creación no se entrega completamente a quien intenta poseerla. Se revela a quien aprende a convivir con ella.

Esta comprensión adquiere una importancia decisiva en el mundo contemporáneo. Durante siglos la humanidad se comportó como propietaria absoluta de la naturaleza. Taló bosques, contaminó ríos, agotó recursos y transformó ecosistemas enteros sin preguntarse demasiado por las consecuencias. La naturaleza era considerada un conjunto de objetos disponibles para el uso humano. Hoy comenzamos a descubrir que esa visión era profundamente equivocada.

La Tierra no es una simple reserva de recursos. Es una realidad viva. Todo está conectado. Los bosques, los mares, el aire, las especies animales y la vida humana forman parte de una misma trama. Cuando se destruye una parte, todo el conjunto resulta afectado. El hombre ya no puede comportarse como si estuviera separado de aquello que le rodea. La supervivencia misma depende de reconocer esta interdependencia.

La creación aparece entonces como un inmenso santuario. No porque cada realidad deba convertirse en objeto de culto, sino porque cada realidad merece respeto. El concepto de santuario expresa precisamente esta actitud. Hay lugares en los que no se entra de cualquier manera. Hay realidades que exigen una aproximación distinta. No porque sean frágiles, sino porque poseen una dignidad propia.

Este principio alcanza incluso a la propia vida humana. El hombre no necesita que ninguna religión le otorgue valor. Lo posee desde el principio. Cada persona constituye una manifestación irrepetible de la creación. Cada existencia humana representa una combinación única de experiencias, posibilidades, sensibilidades y capacidades. Ninguna vida puede repetirse exactamente. Ninguna puede sustituirse completamente por otra.

Por eso cada ser humano debe entenderse como un santuario. No como una realidad perfecta, sino como una realidad sagrada. El corazón de cada persona contiene una profundidad que ninguna definición puede agotar. Cada hombre y cada mujer llegan al mundo portando un paisaje interior único. Un paisaje formado por sueños, posibilidades, intuiciones, capacidades y esperanzas que nunca han existido antes exactamente de la misma manera.

Ese paisaje interior constituye el verdadero paraíso. El paraíso no debe entenderse solamente como un lugar perdido en un pasado remoto. Representa la verdad más profunda del ser humano. En el núcleo de cada persona existe un espacio donde permanece viva la relación con el origen, con la belleza y con el sentido. Un espacio donde la existencia conserva todavía su frescura original.

La tarea de la vida consiste precisamente en descubrir ese paisaje y ayudar a que otros descubran el suyo. Nadie puede realizar este camino mediante la mera observación externa. Hace falta una relación distinta. Hace falta amor. Solo el amor permite atravesar la última puerta. Solo el amor permite llegar al corazón de las cosas y al corazón de las personas.

Por eso la creatividad aparece como una de las grandes palabras del futuro. Crear significa colaborar con la creación. Significa participar conscientemente en ese proceso mediante el cual

el mundo continúa desarrollándose. El hombre no está llamado únicamente a repetir. Está llamado a crear. A imaginar posibilidades nuevas. A descubrir formas inéditas de convivencia. A abrir caminos donde antes no existían.

La creación no ha terminado. Continúa desplegándose a través de la historia y a través de cada persona. Cada ser humano participa de esa tarea. Cada vida constituye una oportunidad única para que la creación avance un paso más hacia la plenitud que todavía espera alcanzar.

El ser humano no llega al mundo como una página en blanco. Tampoco como una máquina que deba ser programada desde el exterior. Llega con una estructura interior propia, con una configuración única que nadie más posee. Cada persona es un paisaje irrepetible. Los elementos fundamentales son comunes a todos: la capacidad de amar, el deseo de felicidad, el sufrimiento, la esperanza, la inteligencia o el miedo. Sin embargo, la combinación concreta de todos esos elementos constituye una realidad única en cada individuo. Del mismo modo que existen bosques, montañas, ríos y mares en muchos lugares de la Tierra, pero ningún paisaje es exactamente igual a otro, tampoco existe un ser humano idéntico a otro.

La singularidad de cada persona no es un accidente secundario. Forma parte de la riqueza misma de la creación. La humanidad no está formada por copias repetidas de un mismo modelo. Está formada por seres irreductibles entre sí. Cada uno aporta una tonalidad diferente a la realidad. Cada uno contempla el mundo desde una perspectiva que jamás volverá a repetirse. La desaparición de una persona supone la desaparición definitiva de una mirada única sobre el universo.

Por eso el hombre no puede reducirse a sus funciones sociales, económicas o biológicas. No es únicamente un trabajador, un ciudadano, un consumidor o un productor. Todas esas dimensiones existen, pero ninguna de ellas agota su verdad. La identidad profunda del ser humano se encuentra en ese paisaje interior donde convergen la memoria, el deseo, la imaginación y la apertura al misterio.

Ese paisaje constituye el verdadero lugar del encuentro con Dios. La tradición bíblica lo expresa mediante la imagen del paraíso. No se trata únicamente de un jardín situado en los orígenes de la humanidad. El paraíso representa una realidad mucho más profunda. Representa el núcleo originario del hombre, ese espacio interior donde la existencia permanece abierta a la belleza, a la verdad y a la comunión.

La imagen resulta especialmente significativa porque describe a Dios caminando por el jardín al caer la tarde. No aparece como una fuerza lejana ni como un principio abstracto. Aparece como

una presencia cercana que dialoga. El paraíso es, ante todo, relación. Es el lugar donde el hombre descubre quién es porque se sabe acompañado. Allí aprende a reconocerse a sí mismo y aprende también a reconocer el valor de los demás.

Cuando una persona accede a ese núcleo profundo de sí misma, descubre simultáneamente la dignidad de todos los seres humanos. Resulta imposible llegar verdaderamente al corazón propio sin percibir también la grandeza del corazón ajeno. El descubrimiento de uno mismo conduce inevitablemente al descubrimiento del otro.

Por esta razón, el amor no constituye un añadido moral a la existencia humana. Es la forma misma de acceso a la realidad. Solo quien ama conoce plenamente. La razón permite describir, clasificar y analizar. El amor permite comprender. La razón observa desde fuera. El amor entra dentro. La razón puede explicar cómo funcionan las cosas. El amor descubre para qué existen.

De ahí que la creatividad aparezca vinculada de manera inseparable al amor. Quien ama crea. Quien ama descubre posibilidades que antes no existían. Quien ama transforma la realidad sin destruirla. La creatividad no consiste simplemente en producir objetos nuevos. Consiste en abrir futuros. Consiste en ver aquello que todavía no existe y colaborar para que llegue a existir.

Esta capacidad creadora constituye una de las características más profundas de la condición humana. El hombre es imagen de Dios precisamente porque participa de esa facultad creadora. No se limita a adaptarse al mundo. Lo transforma. No se limita a repetir lo recibido. Lo desarrolla. No se limita a conservar el pasado. Lo convierte en futuro.

La palabra griega que designa la creación posee también una estrecha relación con la poesía. Crear y poetizar pertenecen al mismo horizonte de significado. El poeta no inventa arbitrariamente. Descubre posibilidades ocultas dentro de la realidad y les da forma. Algo semejante sucede con toda auténtica creatividad. El creador no impone violentamente sus proyectos sobre el mundo. Escucha las posibilidades que ya latén en él y las ayuda a manifestarse.

Por eso el futuro pertenece a quienes conservan la capacidad de crear. No porque posean más poder que los demás, sino porque saben escuchar las posibilidades todavía ocultas de la realidad. Mientras unos permanecen aferrados a formas agotadas, otros perciben caminos nuevos. Mientras unos intentan conservar lo que ya no puede mantenerse, otros colaboran con lo que está naciendo.

La creación entera parece orientarse hacia esa dinámica. Nada permanece inmóvil. Todo contiene posibilidades todavía no realizadas. Todo espera una plenitud mayor. El hombre participa conscientemente en ese movimiento. Puede colaborar con él o resistirse a él. Puede abrir caminos o bloquearlos. Puede sembrar futuro o limitarse a administrar el pasado.

Sin embargo, el pasado sigue siendo indispensable. La creatividad auténtica nunca surge de la nada. Nace de una tradición, de una memoria y de una herencia. El futuro necesita raíces. Cuanto más profundo es el pasado asumido, más sólido puede ser el futuro construido. La verdadera innovación no destruye la historia. La prolonga. No niega lo anterior. Lo lleva más lejos.

De este modo, la creación aparece simultáneamente como memoria y como promesa. Memoria de todo cuanto ha sido. Promesa de todo cuanto puede llegar a ser. El hombre vive precisamente en la intersección de ambas dimensiones. Recibe una herencia y la transforma. Hereda un mundo y contribuye a recrearlo. Recibe una historia y la convierte en posibilidad.

Y es precisamente en esa tarea creadora donde se manifiesta con mayor claridad la sacramentalidad de la existencia: la capacidad de descubrir, detrás de cada realidad visible, una profundidad invisible que pide ser acogida, desarrollada y llevada a plenitud.

La redención de la materia

Durante siglos hemos contemplado la Eucaristía desde una mentalidad profundamente materialista sin ser conscientes de ello. No se trata de que nos hayamos declarado materialistas, sino de algo mucho más sutil: respiramos un ambiente cultural tan impregnado de materialismo que acabamos pensando como materialistas incluso cuando hablamos de Dios. Ésta es una de las razones por las que muchas veces recibimos la Eucaristía sin comprender realmente lo que significa. Nos acercamos a ella con categorías mentales que impiden entender su profundidad. Y, sin embargo, la Eucaristía constituye precisamente una de las grandes puertas para superar esa visión empobrecida de la realidad.

Las palabras de Jesús en la Última Cena tienen una importancia extraordinaria. «Esto es mi cuerpo» no es una frase más entre tantas otras. Es una de esas expresiones en las que se concentra el núcleo mismo del mensaje cristiano. Habitualmente la escuchamos sin sobresaltarnos, como si ya supiéramos perfectamente lo que significa. Pero quizá deberíamos detenernos en ella con más atención. Porque Jesús no está realizando simplemente un gesto litúrgico ni formulando una doctrina abstracta. Está conduciendo a sus discípulos hacia el corazón mismo de la realidad.

Para comprenderlo conviene recordar el contexto. Jesús no pronuncia estas palabras en cualquier lugar. Las pronuncia después de una cena compartida con sus amigos. Este detalle resulta esencial. La Eucaristía nace en un ambiente de amistad, de intimidad y de amor. No es casual que el Evangelio subraye la cena. Sólo desde el amor se puede acceder al significado profundo de las cosas. Quien contempla la realidad desde la distancia o desde la indiferencia apenas alcanza su superficie. Quien ama, en cambio, empieza a penetrar en su interior. El amor abre una puerta que permanece cerrada para quien se limita a observar desde fuera.

Por eso la Eucaristía comienza mucho antes del pan y del vino. Comienza en la comunión de las personas. San Pablo lo entendió perfectamente cuando reprendía a los cristianos de Corinto porque celebraban la Eucaristía mientras mantenían divisiones y desigualdades entre ellos. Una comunidad en la que los ricos siguen siendo ricos y los pobres siguen siendo pobres, una comunidad incapaz de reconocerse como una sola familia, puede celebrar un rito, pero no está celebrando verdaderamente la Cena del Señor. Porque la Eucaristía no es un acto mágico. Es la culminación de una comunión que ya existe y que encuentra en el pan compartido su expresión más alta.

Cuando Jesús toma el pan y dice «esto es mi cuerpo», inicia un viaje. La palabra «esto» es decisiva. No señala únicamente el pan que tiene en las manos. Señala toda la realidad. Señala aquello que vemos, tocamos y utilizamos cada día. Señala la materia. Y al decir «esto es mi cuerpo», Jesús nos invita a atravesar la apariencia de las cosas para descubrir su significado más profundo. No se trata solamente de que el pan se transforme milagrosamente en su cuerpo. Se trata de descubrir que toda la realidad está llamada a revelar la presencia de Dios.

La tradición cristiana ha hablado siempre del milagro eucarístico. Y con razón. El pan se convierte verdaderamente en el cuerpo de Cristo. Pero quizá nos hemos detenido demasiado pronto. Porque además del milagro existe una verdad todavía más amplia. Jesús no sólo transforma el pan. También nos enseña a mirar el mundo de otra manera. Nos revela que la creación entera está orientada hacia Dios y que todo cuanto existe encuentra en Él su fundamento último. La materia no es una realidad cerrada sobre sí misma. La materia es un camino. Es una invitación permanente a descubrir algo que la trasciende.

Durante mucho tiempo hemos pensado que la materia era lo más sólido y definitivo de la realidad. Sin embargo, cuanto más profundiza la ciencia en su estudio, más descubre que en el corazón de la materia no hay bloques compactos y definitivos, sino energía, vibración, movimiento. Lo que parecía absolutamente material termina remitiéndonos a algo que ya no puede explicarse únicamente desde la materia. Curiosamente, la física moderna llega por otro camino a una intuición que las grandes tradiciones espirituales habían sentido desde hace siglos: la realidad visible descansa sobre una profundidad invisible.

La Eucaristía ilumina precisamente esta profundidad. Como la luz que transforma una habitación oscura en un espacio habitable, la presencia de Cristo permite reconocer el verdadero rostro de las cosas. Antes estaban ahí, pero no las veíamos. La luz no crea los objetos; simplemente los revela. Del mismo modo, la Eucaristía no añade una realidad nueva al universo. Nos permite descubrir la realidad que siempre estuvo presente y que permanecía oculta bajo la apariencia cotidiana de las cosas.

Por eso puede afirmarse que toda la creación posee una dimensión sacramental. El universo entero es una invitación a trascender la superficie. Quien se queda únicamente en lo visible ve árboles, montañas, mares y personas. Quien aprende a mirar más profundamente descubre que todas esas realidades son signos de una presencia mayor. Las cosas visibles sostienen y revelan una realidad invisible. No son un fin en sí mismas. Son una puerta.

La afirmación «esto es mi cuerpo» adquiere entonces una amplitud inesperada. Ya no se refiere únicamente al pan eucarístico. El pan es el sacramento privilegiado porque concentra y revela una verdad universal. Toda la creación participa de ese mismo dinamismo. Todo está llamado a convertirse en transparencia de Dios. Todo lleva inscrita una orientación hacia Él. La historia entera de la creación puede entenderse como un inmenso viaje desde la dispersión hacia la comunión, desde la materia visible hacia la plenitud de la presencia divina.

Esta comprensión transforma también la manera de ver al ser humano. Con demasiada frecuencia hemos heredado una visión dualista que opone alma y cuerpo, espíritu y materia. Según esta mentalidad, el alma sería la parte noble del hombre y el cuerpo una realidad secundaria, cuando no sospechosa. Sin embargo, el cristianismo nunca ha afirmado eso. El hombre no es un alma encerrada provisionalmente en un cuerpo. El hombre es una unidad. Es un ser corporal y espiritual al mismo tiempo. No tiene simplemente un cuerpo: es cuerpo. Y precisamente por eso la salvación no consiste en escapar de la materia, sino en llevarla a su plenitud.

La doctrina de la resurrección de la carne adquiere aquí toda su fuerza. El cristianismo no promete la supervivencia de un alma desencarnada. Proclama algo mucho más audaz: que la totalidad de la persona está llamada a participar en la vida de Dios. La materia no es un accidente vergonzoso del que haya que liberarse. Es el lugar donde Dios se manifiesta y donde la historia humana alcanza su sentido. Cuando contemplamos un cuerpo que envejece, sufre o muere, tendemos a pensar que asistimos a una derrota. Sin embargo, la fe cristiana ve en esa misma fragilidad el inicio de una transformación. Lo que parece descomposición es también apertura. Lo que parece final es también comienzo.

Por eso la muerte no constituye la negación de la materia, sino su transfiguración. La materia está llamada a convertirse en transparencia total del espíritu. Lo que ahora aparece fragmentado y limitado alcanzará una plenitud que apenas podemos imaginar. La creación entera avanza hacia esa consumación. Todo cuanto existe está en camino. Todo participa de una inmensa corriente que procede de Dios y retorna a Dios.

Vista desde esta perspectiva, la realidad adquiere una dignidad nueva. Un árbol deja de ser solamente madera. Un mar deja de ser solamente agua. Una persona deja de ser un individuo aislado. Todo se convierte en expresión de una presencia que sostiene y atraviesa el universo entero. Y entonces comprendemos mejor la gravedad de nuestras acciones. Destruir, humillar o matar deja de ser un simple problema moral. Significa herir una realidad que está llamada a revelar a Dios. Significa interrumpir un camino que conduce hacia la plenitud.

La Eucaristía aparece así como una escuela de mirada. Nos enseña a ver el mundo de otra manera. Nos obliga a abandonar la superficialidad y a emprender el viaje hacia el corazón de las cosas. Allí descubrimos que la creación no es una acumulación de objetos, sino una inmensa historia de amor. Descubrimos que la materia no es el límite de la realidad, sino su comienzo visible. Y descubrimos, finalmente, que todo cuanto existe está sostenido por una presencia que se entrega constantemente.

«Esto es mi cuerpo». La frase que comenzó pronunciándose sobre un trozo de pan termina abarcando la totalidad de la creación. Todo cuanto existe participa de ese misterio. Todo es don. Todo es presencia. Todo está llamado a convertirse en transparencia de Dios. Y quizá la tarea más importante de nuestra vida consista precisamente en aprender a recorrer ese camino, pasando de la superficie al corazón, de la apariencia a la verdad, de las cosas visibles a la presencia que las habita.

La resurrección

Durante miles de años, el hombre anduvo curioso sobre lo que le espera después de la vida, o quizá más cercanamente sobre si le espera algo después de la vida. Con la resurrección del Señor, dice San Pablo que el hombre sabe definitivamente quién es. De tal manera que, si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana. Todo el cristianismo es nada si Cristo no ha resucitado. Y como Cristo es el primero de los humanos, el primero de los hermanos, si Cristo ha resucitado es que nosotros también resucitamos. Hay mucha bibliografía actualmente, en los últimos años, sobre el entendimiento del hombre y la comprensión del hombre a través de la muerte. Conviene dejar un poco de lado lo que sabemos teóricamente sobre la resurrección y la otra vida, y meter dentro de nuestra atención todo aquello que hoy se puede decir y seguramente se dirá todavía más claramente dentro de pocos años.

Se trata de hablar del cuerpo. De este cuerpo vamos a hablar, pero en los términos ya explicados anteriormente. El Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y dijo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Podría haber dicho muchas otras cosas. Podría haber dicho “este soy yo”, o “esto es el receptáculo de la divinidad”, o “esta es la semilla de la inmortalidad”, o “esto es lo que vosotros deberíais llegar a ser”. Pero como el Señor sabe usar el vocabulario porque Él es la Palabra, usó la palabra soma. “Esto es mi cuerpo”. ¿Por qué usó la palabra cuerpo? Hoy sabemos mejor por qué.

Cuando Jesús se fue al cielo nos dejó el Espíritu, y el Espíritu es la misma presencia de Dios que la de Jesús. Es otra persona de la Trinidad, pero el mismo Dios entre nosotros. A lo largo del tiempo, el Espíritu enseña aquello que Jesús dijo o aquello que no entendimos porque no lo pudimos asimilar. El hombre de hace dos mil años no tenía receptividad suficiente para que el Señor soltara dentro del vaso de lo humano todo el torrente de agua que quería dar. Pero al irse dejó el Espíritu, el cual hace dos cosas: ensancha el vaso y además llena el ensanchamiento. Por eso las mismas palabras de Jesús, caídas cada vez en un vaso mayor, son cada vez mejor comprendidas. El Espíritu ensancha el vaso para una comprensión mayor. En este final de siglo, donde se hunden tantas cosas, también se hunde una limitación humana. Tenemos más receptividad y más capacidad.

La palabra cuerpo ha sido estudiada últimamente. En antropología no se dice “cuerpo”, se dice “el hombre”. Si uno se concentra, dirá: el cuerpo es esto que me toco; el espíritu es lo que no me toco de mí; la muerte sucede cuando lo que no me toco se va de lo que me toco. Eso se llama

platonismo. La filosofía platónica fue durante siglos el gran vaso donde se vertió una buena parte de la revelación. Pero desde hace pocos años se ha vuelto atrás y se intenta pensar como pensaba Jesús, que muchas veces piensa en hebreo. El hebreo nunca habla de este dualismo entre cuerpo y alma. Ese dualismo, que durante siglos fue útil, hoy puede estorbar. Es un vestido demasiado largo: cuanto más envejece, más se pisa uno el vestido y más tropieza.

El Señor, en el momento más solemne, habla de su cuerpo. ¿Qué pasa con el cuerpo? La antropología actual y la teología del Nuevo Testamento dicen que el cuerpo es el punto relacional. El cuerpo es un nudo de relaciones, una estación de ferrocarriles. El único punto que poseo por el cual me relaciono con el exterior es el cuerpo. El exterior son las aguas, el aire, las estrellas, las montañas y los hermanos que tengo al lado. Mi central telefónica es el cuerpo. A través del cuerpo llegan informaciones: por lo que veo, oigo, toco, huelo y gusto. Los sentidos meten información dentro de mí. Y también el cuerpo es relación activa: si quiero decir algo, uso el cuerpo. Sin cuerpo no habría comunicación posible.

El cuerpo no solamente comunica sensaciones corporales, sino también realidades metafísicas. La alegría, el enfado, la tristeza, la soledad, el llanto, todo ello sale por el cuerpo. El cuerpo es el lugar por el cual toda mi actividad espiritual sale fuera. Es un nudo de comunicaciones. Toda la riqueza espiritual que almaceno dentro de mí me ha entrado por las ventanas del cuerpo. Mi alma no sería la que es sin mi cuerpo. Y al revés, mi cuerpo no sería el que es sin mi alma. Hay una interacción constante entre ambos.

El cuerpo es el lugar donde llegan todas las influencias de lo espiritual y desde donde llegan al mundo espiritual todas las influencias exteriores. Mi espíritu se corporaliza a través de los años y mi cuerpo se espiritualiza. El cuerpo es un sacramento, un indicador, un pararrayos. Está aquí, visible, pero a través de él pasan infinitas experiencias, crecimientos y transformaciones humanas. Por eso está mal despreciarlo. Cuando hablamos con Platón solemos despreciarlo. Decimos que lo noble es el alma y que el alma crece en la medida en que decrece el cuerpo. Según esa idea, lo mejor que puede suceder es morir, porque así desaparece el cuerpo y el alma queda libre.

San Pablo, cuando fue a Atenas, dijo a los atenienses que eran los más religiosos de los hombres porque incluso tenían un altar al Dios desconocido. “De este Dios vengo a hablaros”. Y al final les habló de Jesucristo y dijo que Dios lo había resucitado de entre los muertos. Entonces los griegos le respondieron: “De esto te escucharemos otro día”. ¿Qué había pasado? Que para el platonismo la resurrección de los muertos no tiene sentido. Si el alma es un pájaro encerrado en

la jaula del cuerpo, ¿cómo aceptar volver a meter el alma en la prisión de la carne? Por eso los griegos dejaron plantado a Pablo.

Hay que volver entonces a la palabra de Jesús. El cuerpo es materia, sí, pero una materia donde convergen todas las informaciones exteriores y pasan hacia dentro, y donde convergen también las informaciones interiores y salen hacia fuera. El cuerpo es un nudo de comunicaciones y además tiene la ventaja de que al comunicarse enriquece y se enriquece. El cuerpo es el lugar del enriquecimiento humano. Si yo he progresado desde que nací, se lo debo a mi cuerpo.

La bibliografía moderna ha mostrado algo fundamental: la materia no es simplemente materia. La física moderna ha descubierto que, cuando uno profundiza en la realidad física, llega a un punto donde la física termina y empieza el mundo de las energías. Einstein formuló que la energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado. La materia es energía condensada. La materia no es una realidad cerrada en sí misma, sino una capacidad. Es una potencia. Cuando la materia libera lo que contiene, aparece la enorme fuerza escondida en ella.

Todo esto sucede en nuestro cuerpo. El cuerpo es una materia en movimiento constante. A lo largo de la vida, mediante las experiencias y la información que recibe, va dando de sí sus posibilidades. El cuerpo humano es una materia que se abre poco a poco. Cuando Jesús dice “esto es mi cuerpo” precisamente en el momento de entregarse, está diciendo que el cuerpo se realiza plenamente cuando se da. El cuerpo humano es materia que se abre, que va dando de sí sus posibilidades.

La antropología distingue entre la fuerza biológica y la fuerza esencial del hombre. La línea biológica sube durante la juventud y luego decrece. El hombre empieza a perder sentidos, fuerzas, capacidades físicas. Pero mientras el BIOS decrece, la calidad humana puede seguir creciendo. La calidad profunda del hombre aumenta incluso mientras el cuerpo visible se deteriora. Las pérdidas biológicas se transforman en crecimiento interior. La materia visible decrece mientras la profundidad humana crece vertiginosamente. Ahí sucede el verdadero crecimiento del hombre.

Todo esto sucede en el cuerpo. Toda la creación concentrada en la pequeña materia del cuerpo humano sufre este maravilloso parto: mientras la materia se abre y se agrieta, va dando de sí todo lo que puede dar. Si no muriéramos, nuestro cuerpo nunca daría de sí todo lo que puede dar. Morirse es llegar al punto donde se dispara hacia arriba toda la fuerza del hombre.

La materia, cuando se horada hasta el fondo, revela que lo que hace que sea materia es algo inmaterial. El corazón de la materia es inmaterial. Lo que hace que mi cuerpo sea

verdaderamente mi cuerpo no es corporal. La materia es la liberación de sí misma. El hombre es un ser finito sostenido por un infinito. Eso fue lo que Platón expresó con la fórmula “cuerpo y alma”, aunque después se entendiera de manera insuficiente.

Platón decía que el alma es inmortal y viene de la Idea infinita que es Dios. Cuando nacemos, un rayo de la divinidad se mete dentro de la carne. Nuestros padres ponen la parte carnal, pero el alma viene de Dios. El alma queda encerrada dentro del cuerpo y, cuando el cuerpo muere, el alma vuelve feliz a su origen divino. Según Platón, aprender no es aprender, sino recordar. El maestro no enseña: despierta lo que ya estaba dentro de uno. El alma ya lo sabe todo porque viene de Dios. Lo que hacen las palabras es despertar lo que dormía dentro.

Pero si esto es así, entonces la resurrección de la carne se vuelve incomprensible. Por eso el credo cristiano insistió desde el principio: “Creo en la resurrección de la carne”. Para la antropología y la teología actuales ya no tiene sentido pensar en términos puramente platónicos.

El hombre es un cuerpo, pero un cuerpo vivo, un cuerpo empujado hacia el infinito por el espíritu. El cuerpo puede verse como carne corruptible o como soma, como lugar de comunicaciones.

El cuerpo es el lugar donde lo eterno se abre paso dentro de mí. La carne es el quicio de la salvación. No hay para el hombre otro lugar de salvación más que la carne. El cuerpo visible, material y relacional es el lugar donde lo eterno se hace mío. La materia es el lugar de la habitación del espíritu. El cuerpo es el lugar donde Dios trabaja al hombre. Sin cuerpo Dios no me trabajaría.

San Ireneo decía que el cuerpo es lo visible de Dios y que Dios es lo invisible del hombre. El cuerpo es el lugar donde Dios se manifiesta. Cuando Jesús dice “esto es mi cuerpo”, está diciendo “este soy yo”. La Eucaristía no es solamente cuerpo separado de alma y divinidad: es todo Cristo. El hombre es su cuerpo. Un finito trabajado por el infinito.

Si el hombre es su cuerpo, entonces solo puede resucitar siendo su cuerpo. La resurrección es la resurrección del hombre entero. El cuerpo es un estado inestable de la materia que tiende a convertirse en pura energía. San Pablo llamó a esto “cuerpo espiritual”. No significa un cuerpo inexistente, sino la materia lograda, la materia liberada, la materia hecha plenamente lo que quería ser.

La materia se realiza dándose. Cuanto más se da, más se realiza. Cuando se encierra en sí misma, se empobrece. El egoísmo es un atentado contra la propia existencia. El hombre se logra

en la medida en que es capaz de darse. Mientras vamos por la vida, nuestra materia se enriquece gracias a lo que da, no gracias a lo que retiene.

La materia, al expandirse, entra en contacto con diferentes realidades, pero siempre limitadamente. El hombre puede tocar algunos puntos de la realidad, pero no todos. Cuando la materia se libera totalmente, entra en contacto con la totalidad. Morir significa dejar el contacto limitado con algunos puntos de la realidad para entrar en contacto con la totalidad. Como si uno entrara en una inmensa telaraña y toda la creación comenzara a vibrar.

Si una sola primavera ya altera profundamente nuestra sensibilidad, ¿qué sucederá cuando el cuerpo liberado entre en contacto con todas las primaveras posibles? Si un amor humano es capaz de trastornar a una persona, ¿qué será entrar en contacto con todos los amores posibles? El cuerpo actual se prepara, a través de experiencias limitadas, para una experiencia total.

Cuando el hombre muere, no se separan simplemente alma y cuerpo. El hombre entero muere y el hombre entero resucita. El cuerpo deja de ser cuerpo material y es retomado como cosecha total de toda una vida. El hombre resucita como cuerpo espiritual, como materia plenamente liberada.

Todo el problema está en comprender que Jesús nunca habla del hombre como una dualidad separada de cuerpo y alma. El hombre es una totalidad. El cuerpo visible y el cuerpo invisible son una misma realidad vista desde dos aspectos distintos. El cuerpo es el lugar donde lo divino trabaja. El hombre es un infinito finito, un finito sostenido por el infinito.

La materia viva del cuerpo humano es el sacramento abreviado de toda la creación. Toda la creación se concentra en el cuerpo del hombre. Por eso el futuro del cuerpo es el futuro mismo de la creación entera.

Feminismo y revelación

La Resurrección suele ser entendida como un acontecimiento que pertenece al futuro. Los cristianos esperan la resurrección de los muertos y la vida futura, y de algún modo sitúan ese acontecimiento al final de la historia. Sin embargo, ésta es sólo una parte de la verdad. La Resurrección pertenece al futuro, pero pertenece también al presente. Ya está actuando en el mundo y ya está actuando dentro del hombre. San Pablo lo repite constantemente: quien ha sido incorporado a Cristo participa ya de su muerte y de su resurrección. Vivimos en una situación paradójica. Ya hemos resucitado y todavía no hemos resucitado. Poseemos algo que aún no vemos plenamente. Caminamos hacia una realidad que, de alguna manera, ya ha comenzado.

El problema es que aquello que esperamos supera nuestras categorías habituales. Por eso los relatos de la Resurrección están llenos de una extraña dificultad para reconocer a Jesús. Uno podría pensar que, si Cristo resucitado se presenta ante alguien, el reconocimiento debería ser inmediato. Sin embargo, sucede exactamente lo contrario. María Magdalena no lo reconoce. Los discípulos de Emaús caminan con Él durante horas sin saber quién es. Los apóstoles dudan. Todos parecen encontrarse ante una realidad demasiado grande para ser comprendida de golpe.

Una antigua tradición recogida por Ibn Arabi puede ayudarnos a comprender este fenómeno. Cuenta que Dios se manifiesta a los hombres y les pregunta: «¿Soy yo vuestro Señor?». Pero los hombres responden: «No, tú no eres nuestro Señor». Dios vuelve a manifestarse de otra manera y recibe la misma respuesta. Una y otra vez ocurre lo mismo. Finalmente Dios pregunta cómo tendría que mostrarse para ser reconocido. Y los hombres responden que sólo podrán reconocerlo cuando aparezca de una forma que puedan comprender.

La enseñanza es profunda. El hombre desea a Dios, pero al mismo tiempo le resulta difícil reconocerlo. Cuando Dios se presenta según su propia realidad, el hombre queda desbordado. Sólo cuando adapta su presencia a la capacidad humana aparece la posibilidad del reconocimiento. Algo semejante sucede en la Pascua. La Resurrección no es simplemente la vuelta a la vida de un cadáver. Es la irrupción de una realidad nueva, de una forma de existencia que supera todas las experiencias conocidas. Por eso los primeros testigos vacilan. Ven y no ven. Reconocen y no reconocen.

María Magdalena constituye quizá el ejemplo más hermoso. Acude al sepulcro movida por el amor. No llega allí impulsada por una teoría ni por una demostración racional. Llega porque ama. Y, sin embargo, tampoco ella reconoce a Jesús. Lo confunde con un jardinero. Sólo cuando escucha pronunciar su nombre comprende quién tiene delante. El reconocimiento no nace de una explicación. Nace de una llamada personal.

Este detalle posee una enorme importancia. Dios no se dirige al hombre de forma genérica. No llama a una masa anónima. Llama a cada persona por su nombre. Lo hace porque conoce aquello que cada uno es en lo más profundo de sí mismo. El nombre, en la tradición bíblica, no es una simple etiqueta. Expresa la identidad más profunda de una persona. Cuando Jesús pronuncia el nombre de María, toca precisamente ese lugar donde la persona es ella misma. Y allí se produce el reconocimiento.

Los discípulos de Emaús viven una experiencia semejante. Caminan junto a Jesús sin reconocerlo. Hablan con Él, discuten con Él y escuchan sus explicaciones. Sin embargo, permanecen ciegos. Sólo al partir el pan se abren sus ojos. Y en el mismo instante en que lo reconocen, Jesús desaparece. Es como si el Evangelio quisiera enseñarnos que la Resurrección no puede ser capturada como un objeto. No puede convertirse en una posesión. Se deja entrever, se manifiesta, ilumina la vida y vuelve a situarnos en el camino.

Por eso la Resurrección no pertenece simplemente al pasado. No es un acontecimiento encerrado hace dos mil años. Pertenece al centro mismo de la historia. Desde allí ilumina todos los tiempos. Equidista de Adán y de nosotros. Equidista de Abraham y de los hombres que vivirán dentro de miles de años. No ocupa únicamente un lugar cronológico. Ocupa el centro desde el cual toda la historia adquiere sentido.

Y lo mismo sucede en el interior de cada persona. La Resurrección ocupa el centro del ser humano. No es algo añadido desde fuera. Está vinculada a aquello que el hombre es en su profundidad más radical. Por eso comprender la Resurrección exige comprender también al hombre.

El Génesis afirma que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Pero inmediatamente añade una precisión que con frecuencia olvidamos: «varón y mujer los creó». La imagen de Dios no aparece en el hombre aislado ni en la mujer aislada. Aparece en la totalidad de lo humano. Cada hombre lleva en sí una dimensión femenina y cada mujer una dimensión masculina. Sólo la integración de ambas permite alcanzar la plenitud de la condición humana.

Durante siglos nuestra cultura ha desarrollado de forma predominante los valores asociados a la dimensión masculina. La lógica, el análisis, la eficacia, el dominio, la organización y el control han ocupado el centro de la vida social. Todo ello ha producido avances extraordinarios, pero también ha generado un desequilibrio profundo. Se ha descuidado la intuición, la capacidad de acogida, la sensibilidad, la contemplación y el asombro. No sólo la mujer ha sido perjudicada por este proceso. También el hombre ha quedado empobrecido.

Quizá por eso resulta tan significativo que el Evangelio sitúe a las mujeres en el comienzo mismo de la experiencia pascual. No es un detalle anecdótico. Juan sabe perfectamente lo que está haciendo. La Resurrección se revela primero a quienes conservan la capacidad de esperar, de intuir y de permanecer junto al misterio incluso cuando no lo comprenden del todo.

María Magdalena permanece junto al sepulcro cuando otros se han marchado. Espera sin saber exactamente qué espera. Busca sin saber exactamente qué busca. Y precisamente por eso está preparada para recibir una revelación que supera toda lógica. El amor le permite permanecer donde la razón, por sí sola, habría abandonado la búsqueda.

Esto no significa que la razón sea inútil. Significa simplemente que la razón no basta. Las grandes realidades de la existencia nunca se dejan comprender únicamente mediante el análisis. El amor, la belleza, la amistad, la libertad o Dios exigen una forma de conocimiento más amplia. Exigen la participación de toda la persona.

La Revelación consiste precisamente en despertar esa capacidad más profunda. Dios no viene simplemente a informar al hombre. No le comunica datos. Lo transforma interiormente para que pueda ver una realidad que siempre estuvo ahí. La Revelación no añade algo extraño al hombre. Le permite descubrir lo que ya estaba inscrito en lo más profundo de su ser.

Por eso la Resurrección constituye mucho más que la victoria de Jesús sobre la muerte. Es la manifestación del destino último del hombre. Revela aquello para lo que ha sido creado desde el principio. Revela que la vida posee una profundidad mucho mayor de la que perciben nuestros sentidos. Revela que la muerte no tiene la última palabra. Y revela, sobre todo, que la historia humana se dirige hacia una plenitud que ya ha comenzado a hacerse presente.

Vivimos entre dos mundos. Pertenecemos todavía al mundo antiguo, marcado por la fragilidad, el sufrimiento y la muerte. Pero participamos ya del mundo nuevo inaugurado por la Resurrección. Ésa es la tensión propia de la existencia cristiana. El Reino ha llegado y todavía está llegando. La

nueva creación ha comenzado y todavía espera su consumación. Y precisamente en esa tensión se desarrolla la aventura humana.

La Resurrección no es, por tanto, una doctrina destinada únicamente a ser creída. Es una realidad destinada a ser vivida. Cada vez que el hombre supera el miedo, cada vez que el amor vence al egoísmo, cada vez que la esperanza resiste frente a la desesperación, algo de la Resurrección se hace visible en el mundo. Porque la Pascua no pertenece solamente a Cristo. Pertenece también a todos aquellos que participan de su vida y se dejan transformar por ella.

María como Madre

La figura de María suele plantear dificultades porque con frecuencia se habla de ella desde la superficie. Se destacan determinados aspectos de su vida, se acumulan títulos y privilegios, pero muchas veces falta una visión que permita comprender su significado profundo dentro de la historia humana y dentro de la historia de la salvación. Por eso conviene acercarse a María no sólo desde la teología tradicional, sino también desde una mirada capaz de descubrir en ella aquello que representa para toda la humanidad.

María es, ante todo, plenamente humana. Ésta es una afirmación que no debería olvidarse nunca. Existe la tentación de engrandecerla acercándola tanto a Dios que casi deja de parecer una mujer como nosotros. Sin embargo, precisamente ahí se corre el riesgo de empuqueñecerla. La grandeza de María no consiste en que deje de ser humana, sino en que realiza de forma extraordinaria todas las posibilidades de lo humano. María es el ejemplo de lo que puede llegar a ser una persona cuando abre completamente su existencia a Dios. Es la demostración de lo que sucede cuando un ser humano permite que la gracia despliegue en él todas sus posibilidades.

Por eso María puede entenderse como un lugar privilegiado de realización de los grandes arquetipos humanos. Todo cuanto la humanidad ha vivido, esperado, soñado y deseado permanece de algún modo vivo en cada persona. Nada se pierde. Las alegrías, los sufrimientos, las esperanzas y los anhelos de generaciones enteras forman parte de ese inmenso patrimonio humano que cada uno recibe al nacer. Vivimos sostenidos por una herencia mucho más profunda de lo que imaginamos. Y María aparece como el lugar donde todas esas posibilidades humanas alcanzan una expresión singularmente plena. Lo que en los demás aparece fragmentado, en ella se manifiesta con una armonía excepcional.

La primera de las grandes características de María es la virginidad. Sin embargo, la virginidad pierde su significado cuando se reduce exclusivamente a una cuestión física. La tradición cristiana siempre ha afirmado la virginidad física de María, pero quedarse únicamente en ese nivel sería empobrecer enormemente su significado. La virginidad expresa algo mucho más profundo. Habla de aquella dimensión intacta que existe en el interior de todo ser humano. Habla del paraíso que todos llevamos dentro.

Las grandes tradiciones de la humanidad han conservado siempre la nostalgia de un tiempo original. Un tiempo en el que las cosas eran nuevas, limpias, no estrenadas. El Génesis habla de

ese paraíso primordial donde todo aparecía recién creado. Pero más allá de cualquier interpretación histórica o geográfica, el paraíso representa una experiencia interior. Todos conservamos en nuestro interior una región donde las cosas siguen siendo nuevas. Una zona donde la nieve permanece sin huellas, donde las flores siguen intactas y donde la esperanza conserva toda su frescura. Ésa es la verdadera virginidad.

La vida puede golpear duramente a una persona. Puede destruir ilusiones, romper proyectos y sembrar decepciones. Puede parecer que todo ha sido pisoteado y desgastado por el tiempo. Sin embargo, siempre permanece una zona inaccesible donde la esperanza sigue viva. Hay un lugar del alma que ninguna experiencia puede destruir completamente. Allí continúan existiendo la capacidad de asombro, la ilusión y el deseo de plenitud. Si desapareciera ese lugar, desaparecería también la posibilidad misma de vivir. Porque el hombre vive precisamente gracias a aquello que todavía no ha sido agotado ni estrenado.

María representa la realización plena de esa virginidad. No porque estuviera separada de la condición humana, sino precisamente porque la vivió en toda su profundidad. En ella permaneció viva esa capacidad de acoger la realidad con la frescura de quien contempla el mundo por primera vez. Sus palabras, sus gestos y su mirada nacían de esa fuente intacta que todos llevamos dentro pero que tantas veces dejamos enterrada bajo el cansancio y la rutina. Por eso María recuerda constantemente al hombre lo que está llamado a ser.

Pero la virginidad no es esterilidad. Al contrario. Los grandes maestros de Oriente y de Occidente comprendieron que la virginidad constituye precisamente el lugar de toda fecundidad. Sólo aquello que permanece abierto puede generar vida. Sólo quien conserva la capacidad de esperar puede crear futuro. La virginidad es la condición de toda maternidad auténtica.

Por eso la maternidad de María no puede separarse de su virginidad. Ambas realidades forman una unidad inseparable. La capacidad de acoger plenamente hace posible la capacidad de engendrar plenamente. Toda creación humana nace de una ilusión previa. Toda obra, toda amistad, toda transformación del mundo comienza siendo una posibilidad invisible que alguien se atreve a creer. Allí donde desaparece la ilusión desaparece también la fecundidad. Allí donde permanece viva, surge la capacidad de dar vida.

La maternidad de María representa la máxima expresión de esta verdad. Su apertura fue tan radical que permitió el nacimiento mismo de Cristo. La tradición cristiana utilizó para ella el título de Theotokos, Madre de Dios. No se trata simplemente de una afirmación dogmática. Es también una afirmación profundamente humana. Significa que cuando la apertura, la confianza y la

disponibilidad alcanzan su máxima intensidad, aquello que nace supera toda expectativa. La maternidad de María expresa el poder creador de una humanidad totalmente abierta a Dios.

La tercera gran característica es la Asunción. También aquí el significado va mucho más allá de una afirmación aislada sobre el final de la vida de María. La Asunción expresa el destino último de toda existencia humana. Aquello que comienza en la virginidad y se desarrolla en la maternidad no termina con la muerte. Todo lo que nace de la verdad, del amor y de la apertura a Dios posee una dimensión de eternidad.

La vida humana no está hecha para desaparecer. Desde el momento en que una persona comienza a vivir auténticamente, empieza también a crecer en ella una realidad destinada a perdurar. La eternidad no aparece al final como un regalo extraño añadido desde fuera. Comienza ya en el interior de la existencia. Crece silenciosamente a través de cada acto de amor, de cada esperanza mantenida y de cada fidelidad sostenida en medio de las dificultades. La Asunción de María muestra precisamente la culminación de ese proceso. Lo humano está llamado a ser asumido plenamente en Dios.

Todo esto sólo puede comprenderse desde la fe. María es, ante todo, la mujer de la fe. Y la fe no consiste en poseer respuestas para todo. Con frecuencia sucede exactamente lo contrario. Cuanto más profundamente entra una persona en la fe, más consciente se vuelve del misterio que la rodea. La fe no elimina las preguntas; enseña a vivir con ellas.

Los Evangelios muestran continuamente esta experiencia en María. Cuando recibe el anuncio del ángel no comprende plenamente lo que está sucediendo. Cuando encuentra a Jesús en el templo tampoco comprende sus palabras. Una y otra vez aparece enfrentada a situaciones que superan su capacidad de entender. Sin embargo, sigue adelante. Conserva las palabras en su corazón y continúa caminando. Ésa es la verdadera fe. No la ausencia de dudas, sino la capacidad de avanzar incluso cuando no se poseen todas las respuestas.

Por eso María recorre todo el camino de la fe humana. Vive la incertidumbre, el desconcierto y la oscuridad que acompañan a toda existencia auténtica. No recibe privilegios que la dispensen de la condición humana. Su grandeza consiste precisamente en recorrer ese camino con una confianza inquebrantable. La fe la convierte en la mujer plenamente disponible para Dios y plenamente abierta al futuro.

Así entendida, María deja de ser una figura distante para convertirse en una revelación de lo que significa ser verdaderamente humano. En ella aparecen reunidas las grandes aspiraciones de la humanidad: la nostalgia del paraíso, la capacidad de engendrar vida nueva, la esperanza de la

eternidad y la confianza que permite caminar incluso cuando el camino permanece envuelto en la oscuridad. María muestra que todo aquello que el hombre lleva dormido en lo más profundo de sí mismo puede llegar a despertar y florecer. Y precisamente por eso sigue siendo una de las figuras más luminosas de toda la historia humana.

El corazón de la vida

Vivimos un momento histórico extraordinario. No porque las cosas vayan especialmente bien, sino precisamente porque parecen ir extraordinariamente mal. La sensación general es de crisis. Las instituciones crujen, los modelos culturales se agotan, las ideologías pierden fuerza y las respuestas que durante mucho tiempo parecían suficientes ya no consiguen convencer. Hay algo que se está terminando, aunque todavía no sepamos exactamente qué es lo que está naciendo.

Sin embargo, conviene no interpretar esta situación únicamente de manera negativa. Existe una tendencia muy humana a identificar la crisis con el fracaso, el derrumbe o la destrucción. Pero la historia enseña algo distinto. Muchas veces las grandes transformaciones nacen precisamente cuando las estructuras antiguas dejan de funcionar. Cuando una forma de vida ya no puede sostenerse, comienza a abrirse paso otra realidad nueva.

Por eso resulta importante comprender que la crisis actual no afecta solamente a la política, a la economía o a la cultura. Afecta también a la religión. Durante mucho tiempo los hombres han buscado seguridad en instituciones que parecían sólidas y permanentes. Pero hoy todas ellas muestran signos de agotamiento. La política no consigue resolver los problemas fundamentales de la humanidad. La economía tampoco. Y las religiones tradicionales experimentan igualmente dificultades para responder a las preguntas que plantea el hombre contemporáneo. Esto no significa que sean inútiles. Significa que ninguna de ellas puede presentarse ya como una solución completa y definitiva.

Quizá por eso asistimos a un fenómeno curioso. Cuanto más se tambalean las estructuras externas, más busca el hombre algo que le permita orientarse. Nadie se resigna fácilmente al hundimiento. Cuando una civilización entra en crisis, aparece inmediatamente una búsqueda apasionada de sentido. El hombre se resiste a aceptar que todo termine. Hay en él una especie de instinto profundo que le impulsa siempre hacia adelante.

Esta resistencia es uno de los signos más nobles de la condición humana. Incluso cuando todo parece perdido, el hombre sigue esperando. Sigue imaginando un futuro distinto. Sigue buscando una salida. Es como si estuviera hecho más para el futuro que para el presente. Como si perteneciera más a aquello que todavía no existe que a aquello que ya existe.

Precisamente en estos momentos aparecen fenómenos nuevos que conviene analizar con cuidado. Uno de ellos es la proliferación de nuevas formas de religiosidad. Cuando las religiones

tradicionales atraviesan períodos de incertidumbre, surgen múltiples propuestas espirituales que prometen respuestas inmediatas. Es un fenómeno recurrente en la historia. Allí donde existe una necesidad profunda aparecen también quienes intentan satisfacerla.

Esto obliga a distinguir cuidadosamente entre religiosidad y religión. La religiosidad pertenece a la esencia misma del hombre. El ser humano está hecho para buscar algo que lo trascienda. Está habitado por una sed de infinito que ninguna realidad finita consigue saciar completamente. Por eso puede afirmarse que la religiosidad forma parte del tejido mismo de la condición humana.

Las religiones son otra cosa. Son las formas históricas que esa búsqueda adopta en cada cultura. Judaísmo, cristianismo, islam, hinduismo o budismo son expresiones diferentes de una misma inquietud fundamental. Ninguna religión agota el misterio de Dios. Todas son caminos. Todas son intentos humanos de responder a una llamada que nace en lo más profundo del corazón.

El problema aparece cuando una religión olvida que es camino y pretende convertirse en meta. Cuando deja de conducir al hombre hacia el centro de sí mismo y comienza a presentarse como una realidad autosuficiente. Entonces corre el riesgo de fosilizarse. Pierde dinamismo. Deja de ser peregrina y se instala en la comodidad de las fórmulas repetidas.

Las grandes crisis históricas ponen de manifiesto precisamente esta tentación. Cuando una religión siente amenazada su posición, puede reaccionar encerrándose en sí misma. Intenta proteger lo que tiene. Refuerza sus fronteras. Multiplica las normas. Se vuelve defensiva. Pero al hacerlo corre el riesgo de olvidar que su verdadera misión consiste en acompañar al hombre en su búsqueda de Dios.

Al mismo tiempo surgen las sectas. Las sectas son un síntoma. Aparecen cuando existe una necesidad espiritual que no encuentra respuesta suficiente en las instituciones establecidas. En ese sentido constituyen una señal de alarma. Indican que algo importante está sucediendo.

Sin embargo, también representan un peligro. Muchas veces ofrecen soluciones excesivamente simples para problemas extraordinariamente complejos. Prometen certezas absolutas allí donde la realidad exige paciencia. Prometen salvación inmediata allí donde la vida exige un camino. Por eso resulta necesario acercarse a ellas con prudencia.

No todo en las sectas es falso. Con frecuencia conservan intuiciones valiosas que las grandes instituciones han olvidado. Pueden recordar aspectos auténticos de la experiencia espiritual que habían quedado relegados. Pero cuando intentan sustituir la libertad por la dependencia, cuando

convierten el camino en una prisión o cuando exigen adhesiones incondicionales, dejan de ayudar al hombre y comienzan a perjudicarlo.

La verdadera experiencia religiosa siempre conduce a una mayor libertad. Nunca encierra. Nunca inmoviliza. Nunca convierte al hombre en dependiente. Al contrario. Lo ayuda a crecer. Lo impulsa hacia adelante. Lo invita a profundizar cada vez más en el misterio de su propia existencia.

Y aquí aparece una de las intuiciones más importantes para comprender nuestro tiempo. Quizá la crisis actual no sea simplemente una decadencia. Quizá sea también una preparación. Tal vez todas estas estructuras que se agotan estén dejando espacio para algo nuevo que todavía no alcanzamos a ver con claridad.

Porque toda la historia humana parece orientarse hacia una plenitud que aún no ha llegado. El sufrimiento, las crisis y las transformaciones forman parte de ese proceso. Nada de lo que ocurre carece de sentido. Incluso los momentos más difíciles pueden convertirse en preparación para una realidad más profunda.

Por eso no debemos contemplar el derrumbe de las viejas estructuras únicamente con miedo. También podemos verlo como una invitación. Algo se está terminando, sin duda. Pero precisamente porque algo nuevo está intentando nacer. Y quizá la tarea más importante del hombre contemporáneo consista en aprender a reconocer los signos de ese nacimiento en medio de la confusión del presente.